
La última
Margaret
Alguien siempre vigila.
GADEPARart

Derechos de autor © 2026 GADEPAR ART

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456
ISBN: 9798241496942

CONTENIDO

Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24 - Sacrificio
AVANCE · DANIEL

"El cielo es el mismo. Yo no."
Sara

CAPÍTULO 1

No eres Margaret.

Despierto con un pitido agudo clavado en la cabeza.

Al principio pienso que es una alarma, o una tetera a punto de estallar. Luego me doy cuenta de que es mi propio oído, una especie de silbido continuo mezclado con un dolor que late detrás de la ceja derecha.

Intento abrir los ojos.

Luz blanca. Demasiada.

Parpadeo varias veces hasta que las formas empiezan a enfocar: techo blanco, grieta en diagonal, una mosca que insiste en recorrerla como si fuera una carretera. Bajo la mirada. Hay una barra metálica a un lado, una sábana demasiado rígida, un gotero.

Un hospital.

- ¿Margaret? - La voz de un hombre, cerca, suave pero tensa-. ¿Me oyes?

Giro la cabeza despacio. El movimiento hace que el mundo dé una vuelta completa antes de volver a su sitio.

Daniel está sentado a mi lado, con la camisa arremangada y la corbata floja. Sus ojos están enrojecidos. Cuando se da cuenta de que lo miro, se le rompe algo en la expresión: alivio, miedo, algo entre medias.

-Hola -consigo decir, pero suena más a aire que a palabra.

Él sonríe y me coge la mano, demasiado fuerte.

-Dios… -susurra-. Me has dado un susto de muerte.

Intento recordar qué ha pasado.

Hay huecos.

Sé que esta mañana estaba en casa. Sé que llevaba el vestido azul, el de flores pequeñas que le gusta a Daniel. Sé que había harina en la encimera. Estaba horneando algo para… algo importante. Una fiesta. Una reunión. Voces. Campanas a lo lejos.

Luego, nada.

-¿Qué…? -trago saliva, me duele la garganta-. ¿Qué ha pasado?

Daniel mira hacia la puerta, como si esperara a alguien que le diera permiso para hablar. Entonces entra un hombre con bata blanca, pelo gris y gafas gruesas que se resbalan por la nariz.

-Ah, ya está despierta -dice el médico-. Buenos días, Margaret.

No me gusta cómo pronuncia mi nombre. Lo separa demasiado, como si lo leyera por primera vez: Mar-ga-ret.

-Se cayó por las escaleras de casa -prosigue-. Golpe en la cabeza, pérdida de conciencia. Han sido unas horas, nada más. Una conmoción, pero las pruebas han salido bien.

Intento imaginar las escaleras. El rellano. La barandilla de madera barnizada. El cuadro torcido que siempre digo que voy a enderezar. Puedo ver todo eso, pero el momento de la caída es una niebla espesa.

-¿No recuerda nada? -pregunta el médico.

-Recuerdo… harina -respondo, y Daniel suelta una risa nerviosa-. Estaba cocinando.

-Estabas haciendo la tarta de manzana para el padre Elías -añade él-. Para el aniversario del pueblo, ¿te acuerdas? Has resbalado, eso

es todo. El suelo estaba mojado.

Aniversario del pueblo. Tarta de manzana. Padre Elías.

Las palabras encajan, pero no llenan el hueco.

El médico asiente, satisfecho.

-Es normal que tenga lagunas. El cerebro se protege. Lo importante es que el escáner está limpio. Puede que los próximos días tengas dolores de cabeza, mareos, alguna ligera desorientación. Nada grave. Descanso, ¿de acuerdo?

Asiento. Daniel me aprieta la mano otra vez, como si quisiera asegurarse de que sigo aquí, de que no me vuelvo a ir a ninguna parte.

El médico se acerca a revisar el gotero. Al hacerlo, veo algo que me hace fruncir el ceño.

En mi muñeca, justo debajo de la vía, hay una pulsera de plástico blanco con mi nombre escrito en mayúsculas.

MARGARET HOLLOWAY

Debajo, con bolígrafo azul, alguien ha escrito algo más. Solo distingo las primeras letras, porque una línea gruesa lo ha tachado con rabia.

SA…

Parpadeo. El corazón me da un vuelco extraño, como si hubiera tropezado en el aire.

-¿Qué pone ahí? -pregunto, señalando la pulsera.

El médico baja la mirada, apenas un segundo, y sonríe.

-Un error de enfermería. Nada importante. A veces se confunden al escribir. Lo hemos corregido.

-Pero… -intento insistir.

Daniel me acaricia el pelo, apartándome un mechón de la frente.

-No te preocupes por tonterías, cielo. Concéntrate en ponerte bien, ¿vale?

Quiero decirle que no es una tontería. Que mi nombre está bien escrito, que lo otro es lo raro. Que no conozco a ninguna Sa- lo que sea. Pero la lengua se me pega al paladar, pesada, y el zumbido en la cabeza aumenta, como si alguien hubiera subido el volumen de golpe.

El médico ajusta algo en el gotero. El mundo se vuelve un poco más blando en los bordes.

-Vamos a dejar que descanse -dice-. Si todo va bien, mañana podrá irse a casa.

Cuando abro los ojos otra vez, la luz ha cambiado.

Entra por la ventana en una franja dorada que corta la habitación en dos. Daniel ya no está. En la silla hay una chaqueta doblada y una bolsa de plástico con el logo de la panadería del pueblo. Huele a pan recién hecho y a desinfectante.

Me incorporo despacio. La cabeza me duele, pero menos. La pulsera de plástico sigue ahí.

MARGARET HOLLOWAY

Toco con la yema de los dedos la parte tachada. La tinta está aún ligeramente húmeda, como si alguien la hubiera repasado hace poco.

SA…

Sa…ra.
Sam…
Sof…

Nada cuadra. O sí. Una palabra empieza a formarse en mi mente, como una sombra detrás de un cristal esmerilado.

Sara.

La idea me atraviesa como un escalofrío. No porque reconozca el nombre, sino por la manera en que mi cuerpo reacciona a él: un temblor leve en las manos, un nudo en la garganta, como si algo en mí lo estuviera esperando.

-Sara -susurro, probando cómo suena en mi boca.

La puerta se abre.

-¿Qué has dicho? -La voz del padre Elías llena la habitación antes que su figura.

Va vestido de negro, con el alzacuello blanco perfectamente centrado. Lleva el cabello peinado hacia atrás, sin una sola cana fuera de sitio. Su sonrisa es amplia, cálida, cuidadosamente medida.

-Nada -respondo, demasiado rápido-. Creo que estaba hablando sola.

Se acerca a la cama con paso tranquilo, las manos juntas delante, como si estuviera a punto de dar una bendición.

-Eso significa que vuelves a ser tú -dice-. A veces, cuando despertamos del susto, nos hablamos para comprobar que seguimos aquí. ¿Cómo te encuentras, hija?

"Hija". Siempre me llama así, aunque no tenemos ninguna relación de sangre. Es el modo en que se dirige a todos desde el púlpito, pero cuando me lo dice a mí suena distinto. Más… posesivo.

-Me duele un poco la cabeza -admito.

Él asiente, con gesto compasivo.

-Es natural. El Señor te ha dado una segunda oportunidad. Podría haber sido peor. Podrías haberte roto el cuello en esa escalera -sonríe, como si aquello fuera casi un chiste. Luego se inclina un poco, bajando la voz-. Daniel estaba destrozado. Nunca lo había visto así. Te quiere mucho, Margaret.

Lo sé. Daniel me quiere. Lo repite a menudo, en pequeños gestos: el café preparado por la mañana, las flores en el jarrón los domingos,

su mano en mi espalda en la misa.

Debería sentirme tranquila. A salvo.

-El pueblo entero ha rezado por ti hoy -continúa el padre Elías-. En la iglesia, todos juntos. Ha sido… conmovedor.

Imagino las caras conocidas alineadas en los bancos de madera: la señora Collins con su rosario, los gemelos Harris peleándose a codazos, el alcalde en primera fila, como siempre. Veo sus labios murmurando mi nombre:

Margaret.

No Sara.

-¿Puedo irme pronto? -pregunto.

-Mañana, si Dios quiere -responde-. Y estará todo listo para el aniversario. No te preocupes por nada. Ya nos hemos organizado.

-La tarta…

-La tarta puede esperar. Lo importante es que estés bien. -Me mira con una atención que me resulta casi clínica-. ¿Recuerdas qué día es hoy?

Abro la boca. Y me paralizo.

Sé que es… verano. Sé que las flores del parque están abiertas, que hace calor por las tardes. Sé que hace unos días el padre Elías habló de la paciencia en la homilía. Pero cuando intento ponerle número al calendario, los dígitos se me escapan, como arena entre los dedos.

-Es… -empiezo, insegura-. ¿Martes?

Su sonrisa no se mueve, pero algo en sus ojos se afila un milímetro.

-Es jueves, Margaret. -Hace una pausa-. Es normal. Un golpe en la cabeza descoloca. Ya verás cómo en unos días todo vuelve a su sitio.

Quiero creerle.

De verdad.

El padre Elías se despide con una breve oración y una cruz dibujada en el aire sobre mi frente. Cuando se va, la habitación se queda más grande y más fría.

Cierro los ojos un momento. Intento recorrer mi vida como si fuera una casa, habitación por habitación: la cocina; la escalera; nuestro dormitorio con las cortinas beige; la iglesia; la plaza; la panadería; la biblioteca pequeña donde coloco los libros en orden alfabético cada martes.

En alguna puerta, algo no encaja. Hay un pasillo que no soy capaz de ver del todo. Una puerta que sé que existe, pero que mi mente rodea con cuidado.

Sara.

El nombre vuelve a aparecer, insistente, como un mosquito cerca del oído.

No soy de hablar sola, pero me oigo a mí misma susurrarlo otra vez.

-Sa…

La palabra se queda colgando. Un escalofrío me trepa por la espalda. Abro los ojos.

En la mesilla, junto a la cama, hay una vaso de plástico con agua y una pequeña Biblia de tapas gastadas, la que siempre llevo en el bolso. Dentro, asomando apenas, distingo el borde de un sobre blanco.

No lo recordaba ahí.

Alargo la mano con cuidado, tratando de no tirar de la vía. Cojo el sobre. No tiene sello ni remitente. Solo tres palabras, escritas con una letra que me resulta familiar:

PARA CUANDO DESPIERTES

El corazón empieza a golpearme en las costillas. Doy la vuelta al sobre. Está cerrado, pero no con pegamento: solo la solapa metida

hacia dentro, como si alguien hubiera querido que pudiera abrirlo con facilidad.

Miro hacia la puerta. Está entreabierta. En el pasillo se oye el sonido lejano de un carrito metálico y voces apagadas.

Trago saliva y saco la carta. Hay una sola hoja doblada en dos. La abro.

Reconozco la caligrafía antes de leer las palabras. Es la mía.

Mi letra.

Querida Margaret,
Si estás leyendo esto, es que algo ha salido mal.
O quizá, por fin, algo ha salido bien.

Mis manos empiezan a temblar. El zumbido en la cabeza se convierte en un rugido sordo.

Sigo leyendo.

No te asustes. Es normal que no recuerdes nada. Es lo que ellos quieren.
Tienes que confiar en mí. En nosotras.

Primero, una cosa importante:
No te llamas Margaret.
Te llamas Sara.

La hoja se me resbala entre los dedos.
Durante un segundo, todo el mundo se queda en silencio. Incluso el pitido del oído desaparece.

Solo queda esa frase, flotando sobre la cama como un cuchillo suspendido en el aire.

No te llamas Margaret. Te llamas Sara.

CAPÍTULO 2

La palabra equivocada

Miro mi nombre escrito en el papel hasta que las letras se empiezan a deformar.

No te llamas Margaret. Te llamas Sara.

Releo la frase como si en algún momento fuera a cambiar, como si al parpadear fuera a decir otra cosa, algo menos absurdo. Pero sigue igual. Misma caligrafía, mismos trazos firmes.

Mi caligrafía.

El pitido del monitor se acelera, delata el giro que ha dado mi pulso. Intento respirar hondo, como cuando el padre Elías habla de "llenar los pulmones de paz". Esta vez el aire no trae paz, trae preguntas.

¿Quién se sienta y escribe una carta para sí misma avisándose de que su nombre no es su nombre?

Un golpe de dolor me atraviesa la sien. Cierro un segundo los ojos.

Cuando los abro, hay algo más escrito bajo esa frase, pero la vista se me nubla. Distingo solo trozos:

…es normal que no recuerdes…

…no confíes en todo lo que te digan…

…busca… casa…

La puerta se abre de golpe.

Doblo la hoja sin pensar y la escondo bajo la sábana, junto a mi muslo. El movimiento me tira de la vía y suelto un leve quejido.

- Uy, perdona, cariño, no quería asustarte - dice una enfermera, entrando con una bandeja- . ¿Cómo va esa cabecita?

Sonríe con una familiaridad que no me gusta. Quizá sea que ahora sospecho de todo. De todos.

- Bien - miento- . Un poco mareada.

Dejo la mano encima de la sábana, tapando el bulto de la carta.

Ella me toma la tensión, me pregunta cosas rutinarias: si he vomitado, si veo borroso, si me acuerdo de mi nombre.

- Sí - respondo sin dudar- . Margaret Holloway.

La enfermera asiente, contenta, como si acabara de aprobar un examen.

- Perfecto. Memoria intacta. Ya verás como en un par de días esto queda en una anécdota. - Deja la bandeja de comida en la mesilla- . Te he traído sopa. A ver si conseguimos que recuperes fuerzas, ¿eh? El médico dice que si la toleras, mañana para casa.

Asiento. No tengo hambre, pero es más fácil decir que sí que explicar que siento un nudo de papel en el estómago.

- ¿Mi marido…? - pregunto, fingiendo naturalidad- . ¿Sigue aquí?

- Ha bajado a por un café. Lleva aquí desde que llegaste. No se ha separado de la puerta ni un segundo - responde, con una sonrisita cómplice- . Qué suerte tienes. No todos aguantan así.

No sé qué contestar, así que asiento otra vez. La suerte. Claro.

Cuando por fin sale, la hoja de la carta parece arder contra mi piel. La recupero despacio. El corazón sigue marcando su propia carrera

en el monitor.

La abro.

Las frases que había intuido se confirman, pero son pocas, cortas, como si quien las escribió hubiera tenido prisa o miedo de que alguien la pillara.

> *Es normal que no recuerdes. No es culpa tuya.*
> *No creas todo lo que te digan, ni aunque te parezca lógico.*
> *Hay cosas escondidas en casa. Las pusiste tú.*

Las letras se vuelven más apretadas hacia el final, casi ilegibles. Hay un lugar donde la tinta está corrida, como si una gota de agua hubiera caído encima.

Solo alcanzo a distinguir con claridad tres palabras, subrayadas dos veces:

CAJA GRIS. ARMARIO.

Nada más.

No hay explicación. No hay nombres, ni fechas, ni instrucciones detalladas. Solo ese mandato absurdo que podría significar cualquier cosa. Una caja gris. En un armario.

En mi mente, los armarios se abren como puertas de un pasillo: el del dormitorio, el de la entrada, el trastero bajo la escalera.

No te llamas Margaret. Te llamas Sara.

El nombre vuelve a expandirse dentro de mí, probando huecos.

Sara.

Lo pruebo en silencio, con la boca cerrada, solo con la lengua y los dientes. Es extraño, pero no hostil. No suena como un nombre prestado. Suena como una palabra que he dicho muchas veces en otro lugar, hasta gastarla.

Cierro los ojos y me dejo arrastrar por esa sensación.

Por un instante, no hay hospital. Hay un ruido diferente, una mezcla de voces y teclados, un zumbido eléctrico constante. Veo una pantalla delante de mí, una barra de progreso, correos abiertos en pestañas. Mis manos se mueven con rapidez sobre un teclado. Llevo una pulsera de cuero, no esta cosa de plástico. Alguien a mi derecha se ríe.

- Sara, si sigues así vas a quemarte - dice una voz femenina.

Me giro. Una mujer de pelo rizado me mira por encima del monitor de su ordenador, con una taza de café en la mano. Lleva una camiseta con un mensaje feminista que aquí, en el pueblo, haría fruncir el ceño a media parroquia.

- No me pagan por mirar por la ventana - respondo. Y mi voz suena distinta. Más firme. Más mía.

La imagen se rompe como un cristal cuando alguien golpea el marco de la puerta.

- ¿Puedo? - La voz de Daniel entra antes que su cuerpo.

Apresuro el movimiento y doblo la carta, metiéndola dentro de la almohada esta vez. No me fío de la mesilla. La Biblia puede quedarse sola un rato; lo que no quiero es que lo único que me habla de esa otra vida acabe en manos equivocadas.

Daniel entra con una bolsa en la mano y ojeras nuevas en la cara.

- Te he traído tu bata - dice, levantando la bolsa- . La de flores. Pensé que te gustaría ponértela mañana, cuando nos vayamos a casa.

Nos vayamos.

La palabra "casa" ahora tiene una sombra detrás. Una caja gris apoyada en algún estante, esperándome.

- Gracias - digo.

Se acerca y me besa en la frente, con cuidado de no rozar el vendaje.

- ¿Cómo te sientes?

- Rara.

No es la respuesta que espera, lo sé. Pero es la única que encuentro que no sea mentira total.

Él se sienta en la silla de siempre, esa que ya parece hecha a su forma. Me coge la mano, la mira como si esperara encontrar en ella un diagnóstico.

- Es normal. Ha sido un susto grande. - Sonríe, pero los ojos no le acompañan del todo- . El médico dice que has tenido suerte. Podría haber sido mucho peor.

Claro. Podría haberme roto el cuello. O podría no haber despertado. O podría no haber tenido este papel entre las manos. No sé cuál de las opciones me asusta más.

- ¿Recuerdas algo de la caída? - pregunta.

Niego despacio.

- Solo la harina - respondo- . Y… la escalera.

Él aprieta un poco más mi mano.

- El suelo estaba húmedo. Siempre te digo que tengas cuidado con esas prisas tuyas en la cocina.

Es curioso. No me recuerdo con prisas. Me recuerdo… cuidadosa, midiendo ingredientes, limpiando cada gota que cae. Pero ¿qué sé yo? Quizá sí voy demasiado rápida. Quizá siempre he ido, aquí y en esa oficina que aparece y desaparece como un sueño mal encajado.

- Me han dicho que mañana me dan el alta - añado, cambiando de tema.

- Sí - dice enseguida, con una sonrisa más franca- . El padre Elías ha venido a verme. Dice que todo el pueblo ha estado rezando. Están deseando tenerte de vuelta.

Tenerte de vuelta.

Como si fuera una pieza que falta en un puzle que no puede completarse sin mí.

- Siempre exageran - murmuro.

Daniel ríe.

- No en esto. - Se inclina un poco hacia mí- . Eres importante para ellos, Margaret. Para todos nosotros.

Sus ojos se suavizan. Ahí está de nuevo ese hombre que prepara café, que trae flores, que me arropa cuando tengo frío. El hombre que, en la superficie, cualquiera señalaría como "ejemplar".

Pienso en la carta, en las palabras torcidas: *no creas todo lo que te digan*. No dice que no confíe en él, no por ahora. No tan claro. Lo que tengo es una duda escrita con tinta rápida y unas instrucciones absurdas hacia una caja que podría no existir.

Podría estar volviéndome loca.

- ¿Alguna vez…? - empiezo, sin saber bien adónde voy con la frase.

Daniel arquea una ceja.

- ¿Alguna vez qué?

Respiro hondo.

¿Qué haría esa otra yo? ¿Esa Sara de traje y tacones que no se mordía la lengua?

- ¿Alguna vez me he quejado de vivir aquí? - pregunto- . ¿De… no encajar?

Su expresión cambia lo justo. Una mini arruga entre las cejas, un segundo de pausa antes de responder.

- Alguna vez has dicho que echas de menos la ciudad - admite- . Las tiendas, el cine, el ruido. Lo normal. A todos nos pasa de vez en cuando. Pero… - me mira con una sinceridad que casi duele- . Nunca te he visto tan… descolocada como hoy.

"Hoy". *Desde que tengo un papel que dice que me llamo de otra manera.*

- Es como si… - busco palabras- como si hubiera cosas que sé que debería recordar, pero no están. Y otras que aparecen de la nada.

El no parpadea. Me escucha. Me da la mano con más calma.

- Es la conmoción - dice- . El médico ya me ha explicado que es normal tener sensaciones extrañas después de un golpe. Tu cerebro está… reajustándose. - Sonríe- . En unos días volverás a ser la de siempre. Nuestra Margaret.

"Nuestra".

Aprieto los dientes por dentro. No digo nada.

- Si en algún momento sientes que es demasiado, hablaremos con el padre Elías - añade- . Ya sabes lo bien que se le dan estas cosas. Siempre sabe qué decir.

Lo sé. Siempre sabe qué decir. Demasiado.

- No quiero pastillas - suelto de golpe.

Él se inclina hacia atrás, sorprendido.

- ¿Qué?

- No quiero más pastillas. Ni gotas. Ni nada de eso. Me dejan atontada.

Es la primera vez que lo digo en voz alta. Siempre las he tomado sin protestar, porque el médico ha dicho, porque el padre Elías ha recomendado, porque Daniel ha puesto el vaso de agua en mi mano.

- Margaret… - Empieza con ese tono suave que usa cuando cree que estoy siendo irracional- . Las medicinas son por tu bien. Te ayudan con la ansiedad, con el sueño. No tiene nada de malo.

- Me siento… menos yo cuando las tomo - respondo- . Solo quiero ver cómo me encuentro unos días sin ellas. No es mucho pedir, ¿no?

No sé quién ha hablado, si Margaret o esa sombra de Sara. Pero las palabras salen con más firmeza de la que esperaba.

Daniel me mira un momento largo. Ahí está otra vez, en sus ojos, esa sombra de cálculo que he empezado a reconocer. Como si repasara una lista mental de pros y contras.

Luego suspira. Se pasa una mano por el cabello.

- Podemos hablarlo con el doctor - dice al fin- . Ver si puede ajustar la dosis, o…

- NO - lo interrumpo- . Quiero parar. Un tiempo.

Mis dedos se aprietan alrededor de los suyos, no para suplicar, sino para subrayar.

Él ladea la cabeza, como si estuviera viendo a alguien nuevo. O a alguien que creía haber dejado atrás.

- Estás distinta - murmura.

No sé si lo dice como un reproche o como un descubrimiento.

- He tenido un golpe en la cabeza - respondo- . Es normal, ¿no?

Se queda callado unos segundos más. Por fin, asiente.

- Está bien - dice- . Probamos unos días. Pero si te encuentras peor, si vuelves a tener… esos episodios, prometes que me dejarás ayudarte, ¿de acuerdo?

Episodios.

La palabra se queda flotando entre nosotros.

- Lo prometo - digo. No sé si es verdad. No sé qué voy a prometerle dentro de una semana. Pero ahora mismo necesito que baje la guardia.

Se relaja un poco. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano, con esa ternura medida que tanto ha tranquilizado a Margaret.

- Te quiero - susurra- . No lo olvides.

Asiento. Le dejo besarme. Le dejo acomodarme la almohada, subirme un poco la sábana, como si fuera de porcelana.

Cuando sale de la habitación, la carta late contra el colchón, justo donde mi cuerpo la aplasta.

Esperaré unos minutos, hasta que sus pasos ya no se oigan en el pasillo. Luego la sacaré, la releeré, buscaré esa caja gris en mi mente como quien busca un punto en un mapa borroso.

No sé si me llamo Margaret o Sara. No sé si estoy loca o si este golpe solo ha corrido una cortina que llevaba años allí.

Lo que sí sé es esto:

Por primera vez, la voz dentro de mi cabeza no pregunta qué esperaría el padre Elías o qué pensaría el pueblo.

Pregunta otra cosa, clara, insistente:

¿Qué harías tú, si nadie te hubiera dicho nunca quién tenías que ser?

CAPÍTULO 3

El pueblo de siempre

La mañana huele a desinfectante y café recalentado.

La enfermera entra con una carpeta en la mano y una sonrisa de fin de turno.

- Bueno, Margaret, buenas noticias - dice- . El doctor ha firmado el alta. Hoy te vas a casa.

"Casa".

La palabra ya no se apoya en un solo lugar. Una parte de mí ve la fachada blanca y las contraventanas verdes. Otra, más difusa, ve un piso alto con vistas a otras ventanas, ropa tendida en balcones, coches abajo.

Asiento.

- Genial.

La Biblia sigue en la mesilla, donde la dejé. Parece inocente. Dentro, entre los Salmos, la carta doblada espera como una espina de papel.

La enfermera me da instrucciones: reposo, nada de esfuerzos, volver si mareos, bla, bla. Yo solo pienso en una cosa: **no puedo irme sin la carta**.

- Tu marido está haciendo el papeleo - añade ella- . En cuanto acabe, te ayudamos a vestirte.

Me trae una bolsa de plástico. Dentro, mi ropa. El vestido sencillo que llevaba al ingresar, un par de prendas interiores, la bata de flores que Daniel trajo ayer.

Cuando se va, cojo la Biblia.

La abro por donde la tapa está un poco más vencida. La hoja doblada sigue ahí. Perfecta. La saco un momento, lo justo para ver la frase subrayada que podría haber soñado pero no: *No te llamas Margaret. Te llamas Sara.* La vuelvo a doblar todavía más pequeña y la meto en el bolsillo interior de la bata, ese diminuto bolsillito que casi nunca uso.

La tela es fina. Noto el rectángulo pegado contra mi costado. Me tranquiliza y me incomoda a la vez.

Cuando Daniel entra, ya estoy sentada al borde de la cama, con la bata puesta y el pelo recogido en una coleta alta que no termina de parecer mía.

- Mírate - dice, apoyado en el marco de la puerta- . Si casi pareces nueva.

Se acerca y me besa en la sien, con una delicadeza exagerada.

- ¿Lista para volver al pueblo? - pregunta.

- Supongo.

Me ayuda a levantarme. El mundo se tambalea un segundo, pero consigo mantenerme en pie sin agarrarme demasiado a él. No quiero que piense que no puedo sola. No quiero que nadie lo piense.

Firmas, explicaciones rápidas del médico, la típica recomendación de "nada de escaleras durante unos días" que Daniel asiente muy serio y yo escucho con una ironía que no dejo asomar.

Al salir del hospital, la luz me golpea de lleno. El aire de fuera es más fresco que el del interior. Huele a hierba cortada y a gasolina.

El coche de Daniel está aparcado en la puerta. Me abre la puerta del copiloto como si estuviéramos en un anuncio.

- Despacio - dice- . No hay prisa.

Se equivoca. Yo sí tengo prisa. No para caminar. Para llegar a esa "casa" donde hay, supuestamente, cosas que *yo* escondí.

En cuanto nos sentamos, el cinturón me aprieta justo sobre el bolsillo de la bata. La carta se clava un poco contra la piel. Me recuerda que está ahí, que no la he soñado.

Daniel enciende el motor y salimos del aparcamiento.

El hospital se queda atrás rápido, más pequeño de lo que parecía desde la cama. La carretera es estrecha, rodeada de campos y árboles. Todo demasiado verde, demasiado ordenado. Perfecto para una postal.

- Mira - dice él, señalando un punto en el horizonte- . ¿Ves aquel molino? Ayer, cuando veníamos detrás de la ambulancia, juraría que corría más que nosotros.

Sonríe, intentando hacer una broma. Antes, habría reído también, por inercia. Ahora solo esbozo una sonrisa mínima.

- Vas a tener a todo el mundo encima - continúa- . La señora Collins, los Harris, el alcalde… Prepárate para la invasión de visitas.

- No hace falta que vayan todos - respondo- . De verdad.

- Ya lo sé - dice- . Pero intenta pararlos. Tú eres la estrella del aniversario. Caerte por las escaleras el día antes solo te ha dado más popularidad.

"Estrella del aniversario".

La palabra me cae mal en el estómago. Siento más que nunca que voy de vuelta a un escenario, no a un hogar.

Mientras conduce, habla de cosas pequeñas: el tiempo, el panadero que ha cambiado el horario, el nuevo banco que han puesto en la plaza. Detalles de un mundo conocido.

Yo miro por la ventanilla.

Reconozco el camino. La curva amplia junto al campo de trigo, el puente sobre el riachuelo pequeño, el cartel de madera con letras talladas:

BIENVENIDOS A SAINT MARY'S

Debajo, alguien ha colgado unos banderines de colores. Preparativos para el aniversario. Todo alegre, festivo.

Trago saliva.

A la entrada del pueblo, las casas parecen recién pintadas. Fachadas limpias, jardines cortados al milímetro, macetas con flores demasiado perfectas.

Hay gente en la calle. Un hombre saca la basura. Dos mujeres hablan apoyadas en una valla. Un niño pasa en bici. Cuando el coche de Daniel aparece, todos giran la cabeza casi a la vez.

Sus miradas caen sobre mí, a través del cristal.

Él baja la velocidad y baja la ventanilla para saludar.

- ¡Mira quién vuelve! - grita alguien.

La señora Collins, con su eterno delantal de flores, agita una mano llena de espuma de jabón.

- ¡Ay, mi niña! - exclama- . Menudo susto nos diste. Estuve rezando toda la noche.

Asomo un poco la cabeza. Sonrío lo mejor que puedo.

- Gracias, señora Collins. Estoy bien.

- Ten cuidado con esas escaleras asesinas - añade, riendo- . Ya sabes que esa casa es traicionera.

Lo dice como si las escaleras tuviesen personalidad propia. Como si ya hubieran hecho tropezar a alguien antes.

- Lo tendré - contesto.

Daniel sigue avanzando despacio. Los gemelos Harris levantan la mano en un saludo desganado desde la esquina. El alcalde, desde la puerta del ayuntamiento, se quita el sombrero con teatralidad.

- El pueblo entero ha hablado de ti estos días - murmura Daniel, casi orgulloso- . Eres más famosa que el monumento a la fuente.

- Qué honor - respondo, intentando sonar ligera.

En la plaza, las campanas de la iglesia empiezan a sonar. El repique es claro, insistente. La puerta se abre y el padre Elías aparece en lo alto de las escaleras, como si nos hubiera estado esperando.

Daniel aparca junto a la fuente. El agua cae en un chorro constante, hipnótico.

- ¿Quieres que subamos a saludar? - pregunta.

Mi instinto dice que no. Mi educación dice que sí. Mi bolsillo, con el papel dentro, se encoge.

El padre Elías baja las escaleras él solo, sin dar opción.

- ¡Margaret! - extiende los brazos como si me fuera a abrazar desde lejos- . Qué alegría verte fuera de esa cama hija.

Cuando se acerca a la ventanilla, inclina la cabeza para verme mejor.

- Padre - saludo.

- Le damos gracias al Señor por tu recuperación - dice- . Todo el pueblo ha estado unido en oración. - Mira a Daniel- . Me alegra ver que la llevas directo a casa. Nada de vueltas innecesarias.

La frase me llama la atención. Nada de vueltas. Nada de desviarse del camino.

- Iba a llevarla a tomar un café al bar, para celebrar - responde Daniel, medio en broma.

El padre Elías sonríe, pero sus ojos no.

- Primero, reposar. La fiesta ya la tendrá mañana. - Vuelve a mirarme a mí- . ¿Te duele la cabeza, hija?

- Un poco - admito.

- Normal. El cuerpo recuerda los golpes con más claridad que la mente - dice- . Tú descansa. Deja que los que te queremos nos ocupemos del resto.

Siento una punzada extraña. Sus palabras son de consuelo, pero suenan casi como una orden: *déjanos ocuparnos de lo que recuerdas*.

- Lo haré - respondo.

Nos despide con una bendición rápida. Mientras se aleja, noto que su mirada se detiene un segundo en mi bolsillo, donde la tela hace un bulto mínimo. Es imposible que vea lo que hay dentro. Pero siento la necesidad inmediata de cruzar los brazos sobre el pecho, como si quisiera tapar un secreto.

- Vamos a casa - dice Daniel, arrancando de nuevo.

La casa no está lejos. Tres calles más allá de la plaza, en una pequeña cuesta. La he andado tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados.

Cuando el coche se detiene frente a ella, me quedo mirándola unos segundos desde el asiento.

Es exactamente como la recuerdo: fachada blanca, contraventanas verdes, puerta de madera oscura. Hay dos macetas con geranios a cada lado de la entrada. Una de las flores está ligeramente marchita, como si hubiera echado de menos el riego estos días.

Daniel rodea el coche y me abre la puerta.

- Bienvenida a casa - dice, con una sonrisa que suena a frase ensayada.

Pongo un pie en el suelo. Luego el otro. El olor de la casa llega antes de entrar: café, detergente, algo dulce.

Dentro, todo está impecable. Demasiado.

El recibidor brilla. No hay un zapato fuera de sitio, ni una chaqueta en el perchero. Las fotos en la pared muestran escenas que se supone que son mi vida: yo y Daniel en la playa; yo con un pastel en las manos; yo en la plaza, rodeada de vecinos.

Me detengo frente a una de las fotos.

Estoy riendo. Llevo el pelo más corto, una camisa que no recuerdo haber usado jamás. Detrás, la iglesia. Alguien ha escrito con rotulador plateado en una esquina: *Aniversario Saint Mary's, hace 3 años*.

Intento recordar ese día. No lo consigo. Es como intentar agarrar humo.

- ¿Todo bien? - pregunta Daniel, desde la puerta del salón.

- Sí - miento- . Solo… estoy cansada.

- Ven, siéntate un momento. - Se acerca, pone la mano en mi espalda- . Luego subimos al dormitorio. No quiero que subas las escaleras sola todavía.

Las escaleras. Una imagen rápida: madera, peldaños, un pie resbalando. No veo el golpe. Solo el vacío.

- Estoy bien - repito- . Puedo subir.

Él no discute, pero tampoco parece convencido.

- Te acompaño - dice.

Subimos despacio.

Cada peldaño hace un ligero crujido. Hay una marca en la pared, a mitad de tramo, como un roce reciente. Me pregunto si es de mi caída o lleva ahí años y nunca le presté atención.

El dormitorio está igual que en mi cabeza: cama grande, colcha clara, cortinas que dejan pasar una luz suave. Todo en tonos beige, suaves, tranquilos.

Demasiado tranquilos.

Mis ojos van directos al armario.

Es grande, de puertas correderas de espejo. En el reflejo me veo a mí misma: ojeras, venda en la frente, bata de flores, el pelo recogido en una coleta que no termina de reconocerme. Detrás, Daniel, con esa postura de hombre que quiere transmitir calma y control a la vez.

- ¿Quieres dormir un rato? - pregunta- . Puedo prepararte algo de comer y subirlo luego.

- Luego - respondo, sin apartar la vista del armario- . Solo quiero cambiarme.

- Te traigo ropa cómoda.

Va hacia la cómoda, abre un cajón. Saca un pantalón de chándal y una camiseta ancha. Los deja doblados sobre la cama.

- No tardes - dice- . Si te mareas, siéntate en el suelo y me llamas. ¿Vale?

Asiento. Él duda un segundo en la puerta, como si quisiera decir algo más. Al final, solo se inclina para besarme la mejilla.

- Me alegro de que estés aquí - susurra- . Te he echado de menos.

Cuando se va, el silencio cae sobre la habitación como una manta gruesa.

Me quedo un momento quieta, escuchando. Le oigo bajar las escaleras, el ligero eco, el sonido de la radio encendiéndose en la cocina.

Entonces me acerco al armario.

La palabra **ARMARIO** en la carta se enciende como un neón en la memoria. Y, debajo, **CAJA GRIS**.

Apoyo la mano sobre el tirador. El espejo está frío. Durante un segundo, me miro de frente.

Intento pronunciar mi nombre.

- Margaret - digo.

Suena correcto, familiar. Pero algo en mí se encoge.

- Sara - susurro.

El espejo no cambia, pero la sensación sí. Es como si la columna vertebral se enderezara un milímetro.

Corro la puerta.

Dentro, la ropa está ordenada con una precisión casi militar: vestidos colgados por colores, camisas dobladas igual, cajas de zapatos alineadas en el suelo.

Recorro con la mano las perchas, despacio. Alguna tela me resulta más extraña que otra. Me detengo en un vestido negro sencillo que no me pega con la imagen de "esposa perfecta de pueblo". Lo aparto. Detrás, nada.

Me agacho, miro el fondo. Solo cajas de zapatos marrones, todas del mismo tamaño.

Entonces levanto la vista.

En el altillo, casi pegada al techo, asomando apenas detrás de una pila de mantas, veo un borde.

Gris.

Parece el canto de una caja rectangular, de cartón liso. Sin dibujos. Sin etiquetas visibles desde ahí abajo.

El corazón me da un salto tan fuerte que casi escucho el clic de las costuras.

CAJA GRIS. ARMARIO.

Está ahí.

Tengo que ponerme de puntillas, estirar el brazo todo lo que puedo. Apenas la rozo con los dedos. Necesitaría una silla. O llamar a Daniel y decirle "baja esa caja, por favor" como si fuera cualquier cosa, un trasto viejo.

No.

No es para él.

No de momento.

Vuelvo a bajar el brazo, con el pulso acelerado.

Desde abajo, la caja gris parece una nube que se ha quedado atrapada en el techo del armario, esperando a que alguien tire de ella.

La carta, pegada a mi costado, quema.

Por primera vez desde que he despertado en el hospital, siento algo muy claro, muy definido, entre todo el mareo y la confusión:

No estoy loca. O al menos, no del todo.

Alguien - yo - sabía que esa caja estaba ahí antes de olvidarlo. Y se dejó un mensaje para sí misma.

Cierro la puerta del armario despacio, justo cuando oigo a Daniel subir de nuevo las escaleras.

- ¿Todo bien ahí arriba? - llama desde el pasillo.

Echo un último vistazo al espejo, donde mi cara intenta decidir a quién se parece más: a Margaret, a Sara o a alguien entre medias.

- Sí - respondo - . Todo bien.

Pero en mi cabeza, esa respuesta se completa sola:

Por ahora.

Antes de apagar la luz, oigo a alguien en la calle decir exactamente lo mismo que me han repetido todo el día: “Ya estás en casa”. La frase suena amable. El tono, no.

CAPÍTULO 4

Todo vuelve a la normalidad

Despierto con un ruido conocido: el tintineo de platos en la cocina.

Por un segundo no sé dónde estoy. Techo beige, cortinas claras, el cabecero de madera. La venda me tira un poco de la piel de la frente cuando frunzo el ceño.

La casa. Saint Mary's.

Anoche acabé tan cansada que apenas recuerdo cómo llegué a la cama. Solo flashes: Daniel ayudándome a ponerme el pijama, el sabor de una infusión, su voz diciéndome que descanse, que aquí estoy a salvo.

Me incorporo despacio. La cabeza late, pero menos que el día anterior. El sol se filtra suave por las cortinas. Todo tiene un aspecto tan… normal que, por un instante, la frase de la carta me parece ridícula.

No te llamas Margaret. Te llamas Sara.

Casi oigo mi propia risa, seca, nerviosa.

Claro. Porque es perfectamente lógico que te despiertes en un hospital después de una caída, con la cabeza vendada, y te pongas a escribir una nota a ti misma diciendo que en realidad eres otra persona.

El cerebro hace cosas raras. Eso lo he oído muchas veces. El padre Elías lo dice en sus homilías: "El corazón engaña, la mente también, por eso necesitamos algo más grande que nosotros para guiarnos".

Quizá solo fue eso. Un truco del cerebro. Una fantasía en mitad del caos.

El bolsillo de mi bata está colgado de la silla junto a la cama. Desde aquí no veo el bulto del papel, pero sé que está ahí. Ese cuadradito doblado que contradice la explicación tranquila que estoy intentando construir.

Oigo pasos en el pasillo. La puerta se abre con un ligero chirrido.

- ¿Ya despierta? - asoma la cabeza Daniel, con una bandeja en las manos- . Perfecto. El desayuno llega justo a tiempo.

Lleva una camiseta gris y unos vaqueros. Va descalzo. Huele a café y a tostadas. Podría ser cualquier mañana de cualquier año.

- Te iba a despertar igualmente - añade, entrando- . No quiero que duermas demasiado. El médico ha dicho que, por ahora, mejor si no haces maratones de sueño.

- Buenos días - digo.

Coloca la bandeja sobre mis piernas con un cuidado exagerado, como si yo fuera de cristal. Café con leche, zumo, tostadas con mermelada, un par de fresas cortadas en un cuenco pequeño.

- Esto no parece muy médico - bromeo, deslizando una tostada con el dedo.

- La señora Collins te ha enviado las fresas - responde- . Dice que son de su huerto y que el azúcar natural es bueno para el alma. Palabras textuales.

Sonrío, un poco a mi pesar.

Él se sienta a mi lado, de lado, con un codo apoyado en la cama.

- ¿Cómo has dormido?

- Bien - miento a medias- . He tenido sueños raros.

- Normal - dice- . Estás llena de medicación, susto y dramatismo de pueblo. Cualquier cerebro se confundiría.

La palabra "confundiría" resuena un poco más de la cuenta.

- ¿El médico ha dicho algo más? - pregunto.

- Lo llamé anoche cuando vi que estabas tan pálida - responde- . Me repitió lo que nos dijo en el hospital: mareos, dolores de cabeza, incluso pequeños lapsos de memoria o sensaciones extrañas… todo dentro de lo esperado. Me habló de…

Hace un gesto circular con la mano, buscando la palabra.

- ¿Confabulaciones? - dice por fin- . Algo así.

- ¿Confabulaciones? - repito.

- Cuando el cerebro intenta rellenar huecos - explica- . Mezcla recuerdos, inventa cosas, reconstruye historias para que todo tenga sentido. Es algo bastante común en golpes de este tipo. Me dijo que, si en algún momento dices cosas que no encajan, no me asuste. Que es parte del proceso.

"Mezcla recuerdos, inventa cosas."

Una oficina, tacones en un suelo de madera, una mujer de pelo rizado diciéndome que me voy a quemar si sigo a ese ritmo.

Trago saliva.

- ¿Te he dicho cosas que no encajan? - pregunto, intentando sonar casual.

Daniel duda una fracción de segundo. Lo suficiente.

- Has dicho que te sientes… rara. Que a veces te da la impresión de que no encajas aquí - responde, por fin- . Pero eso ya lo habías dicho otras veces, ¿no? Cuando echas de menos la ciudad.

Podría dejarlo ahí. Podría asentir y terminar el tema. Pero algo en mí quiere probar.

- ¿Te he hablado de… otros sitios? - pregunto- . ¿De otra vida?

Él me observa con atención, como si fuera una ecuación complicada.

- Has mencionado… cosas sueltas - admite- . Pero nada muy concreto. - Inclina un poco la cabeza- . ¿Has soñado con algo?

Pienso en la oficina. En la palabra "informe". En el nombre "Marta" flotando en mi cabeza sin contexto.

Podría decirle que sí. Podría poner nombres encima de la mesa. Pero la carta escondida en mi bata pesa.

- Sueños, nada más - contesto- . Cosas sin sentido. Será eso que dice el médico, que el cerebro rellena huecos.

Daniel asiente enseguida, casi aliviado de que yo misma saque esa conclusión.

- Exacto. No le des más vueltas. - Me señala la taza- . Come, anda. Si no, se te enfría.

Obedezco. El café sabe como siempre, con ese punto demasiado dulce que a él le encanta. Las tostadas crujen. La normalidad tiene sabor y textura.

Mientras mastico, Daniel habla del día. Tiene que pasar por el ayuntamiento a dejar unos papeles. Dice que volverá pronto, que hoy no piensa dejarme sola mucho tiempo. Menciona que el alcalde está preocupado por si el discurso del aniversario, -*sario*,… Todo suena a ruido de fondo.

- Ah - añade, como quien recuerda algo- . El padre Elías quiere pasarse un momento esta tarde, si te encuentras con fuerzas. Dice que no quiere agobiar, pero ya le conoces.

Ya le conozco.

- Está bien - respondo.

Termino el desayuno sin mucho entusiasmo. Cuando aparto la bandeja, Daniel se levanta.

- Te he dejado ropa cómoda en la silla - dice- . Nada de arreglarte mucho hoy, ¿eh? Mañana tendrás tiempo para eso.

- ¿Mañana?

- El aniversario - recuerda- . No vas a escaquearte. Todos te quieren ver bien. - Se inclina, me da un beso corto- . Si necesitas algo, grita. Voy a estar por aquí, no me voy lejos.

Asiento. Lo veo salir del dormitorio, cerrar la puerta a medias.

Respiro hondo.

La carta sigue en el bolsillo de la bata, colgada en la silla. Sé exactamente en qué pliegue está. Podría recitar de memoria lo poco que he leído.

Es normal que no recuerdes.
No creas todo lo que te digan.
Caja gris. Armario.

Miro el armario de reojo. La puerta está cerrada. Detrás, en el altillo, casi tocando el techo, la caja gris espera.

No voy a ponerme a trepar hoy. No con este mareo. No con Daniel moviéndose por la casa y el padre Elías planeando una visita pastoral. Sería absurdo.

Y, quizá, peligroso.

Además… ¿y si el médico tiene razón? ¿Y si de verdad he escrito esa nota en uno de esos momentos de "confabulación"? Tal vez un día, antes del golpe, me dio uno de mis ataques de ansiedad, me sentí fuera de lugar, cogí papel y me inventé una versión alternativa de mí misma. Más atrevida. Más libre. Más… ¿Sara?.

Sería una explicación fea, pero simple.

Cierro los ojos un momento. Me permito imaginarla otra vez: yo en un despacho, yo diciendo "no me pagan por mirar por la ventana", yo caminando con seguridad.

Es una imagen que me gusta demasiado como para no sospechar de ella.

¿Y si solo es un deseo?
¿Y si no es memoria, sino fantasía?

Abro los ojos. Decido algo.

Por hoy, voy a dejar de sujetar esa posibilidad con tanta fuerza. Voy a probar qué se siente al ser simplemente Margaret. A ver si, como dice todo el mundo, el cerebro se recoloca solo.

Me visto despacio. Pantalón cómodo, camiseta amplia. Bajo las escaleras agarrándome al pasamanos como si fuera la cuerda de un barco.

En la cocina, Daniel está recogiendo platos. La radio suena bajita con canciones antiguas.

- Te he dejado el café ahí, por si querías más - dice, al verme aparecer- . Y he cerrado con llave la puerta del sótano. No quiero accidentes extra.

- Nunca bajo al sótano - respondo, extrañada.

- Precisamente - dice él- . Así que mejor si nadie baja por un tiempo.

"No quiero accidentes extra."

La frase se queda flotando mientras me sirvo un poco más de café aunque no me apetezca.

El resto de la mañana transcurre en una especie de niebla tranquila.

Doblo ropa en el salón. Ordeno cojines. Hago cosas que sé hacer sin pensarlas. Mis manos se mueven en automático; mi mente va por otro lado.

La señora Collins aparece a media mañana con una olla.

- Sopa de pollo - anuncia antes siquiera de que abra del todo la puerta- . Mano de santo para cualquier cosa, desde un corazón roto a una pierna partida.

- Solo me he dado un golpe en la cabeza - protesto, pero ya la tengo dentro de casa, plantada en la cocina.

- La cabeza es lo más peligroso, cariño - dice, haciendo una cruz en el aire- . Los huesos se ven, los órganos se arreglan, pero la cabeza… la cabeza se pone a inventar cosas y ni te enteras.

Se ríe, como si fuera un chiste. A mí no me hace tanta gracia.

- El médico dice que es normal que vea cosas raras - comento, sirviéndole una taza de té a modo de defensa.

- Claro que sí - responde ella- . A mi difunto marido, cuando le dieron la anestesia para la vesícula, se pasó dos días diciendo que era rey de Inglaterra. - Da un sorbo- . Luego se le pasó. Al final, la verdad siempre se impone.

Su verdad y la mía no tienen por qué ser la misma, pero asiento.

- ¿Recuerdas que mañana tienes que llevar la tarta? - añade, cambiando de tema- . Bueno, este año podemos hacerlo entre todas. No hace falta que tú te mates.

- Puedo con una tarta - respondo- . No soy tan frágil.

Se me escapa un tono más firme de lo que pretendía. La señora Collins me mira un segundo, sorprendida, y luego sonríe.

- Eso es - dice- . Esa es mi chica.

Se va al rato, dejándome con la sopa, el olor a pollo y la sensación rara de haber jugado bien el papel de Margaret. La esposa que recibe visitas, que sonrie, que agradece, que no habla de cartas ni de nombres raros.

Por la tarde aparece el padre Elías, puntal como un revisor.

Llega con un pequeño ramo de flores silvestres y una Biblia más grande que la mía.

- No podía no pasar a ver a mi feligresa favorita - dice, plantándose en el salón- . ¿Cómo va esa cabeza?

Nos sentamos. Daniel se queda en la cocina, "dejándome intimidad", pero sé que está a distancia de oído.

- Mejor - respondo- . Un poco mareada a ratos.

- El cuerpo es sabio - dice él- . A veces nos obliga a parar cuando no queremos escuchar. - Me mira con atención, demasiado- . Daniel me ha dicho que has tenido… impresiones extrañas.

Me tenso.

- ¿Impresiones?

- Sensación de no encajar, de que algo no cuadra del todo - explica- . Es normal. Un golpe así sacude todo. No solo el cráneo, también el alma.

Juega con el crucifijo que cuelga de su cuello mientras habla.

- El doctor me hablaba de términos médicos - continúa- . Confabulaciones, creo que dijo. Pero yo prefiero verlo de otra forma: a veces la mente, herida, se agarra a imágenes que no nos pertenecen. A historias ajenas. Es una forma de huir del dolor.

- ¿Historias ajenas? - repito.

- Sueños que parecen recuerdos, vidas que no son nuestras pero que adoptamos como capricho - sonríe con suavidad- . No significa que estés rota, hija. Solo que estás en un momento delicado.

Podría decirle que no son "sueños" exactamente. Que hay detalles demasiado concretos: el nombre de una compañera de trabajo, el olor del café de máquina, la sensación de un teclado bajo mis dedos.

Pero estoy cansada. Muy cansada.

- Quizá solo… necesito tiempo - murmuro.

- Eso, tiempo - asiente él- . Y confianza. En los que te quieren, en el lugar que has construido, en la mujer que eres aquí. - Se inclina un poco hacia delante- . No dejes que voces que no sabes de dónde vienen te arranquen de donde sí sabes que perteneces.

Voces que no sabes de dónde vienen.

No te llamas Margaret. Te llamas Sara.

Siento que las paredes del salón se estrechan un poco.

- Rezaré por ti - añade- . Para que encuentres paz en lo que eres, no en fantasmas de lo que podrías haber sido.

Me toma las manos un segundo, las aprieta entre las suyas, calientes, firmes. Sus ojos no parpadean.

Asiento. No porque esté de acuerdo, sino porque no tengo fuerzas para discutir con un cura en mi salón.

Cuando se va, Daniel me mira desde la cocina con una mezcla de preocupación y alivio.

- ¿Mejor? - pregunta.

- Más cansada - respondo.

- Es normal. Todo el mundo quiere un trozo de ti - dice, acercándose- . Si quieres, puedo decirles que no vengan más por unos días.

- No - digo deprisa, casi sorprendida por mi tono- . No quiero… que parezca que estoy mal.

Él sonríe, tocándome la mejilla.

- Siempre tan orgullosa - bromea- . Esa es mi Margaret.

No sé si el orgullo viene de Margaret o de Sara. Quizá de las dos. Quizá de una tercera que aún no conozco.

El resto del día lo ocupan pequeñas cosas: doblar manteles para mañana, hacer lista de ingredientes para la tarta, contestar al teléfono cuando alguien llama para decir “qué alegría tenerte de vuelta”.

Y poco a poco, el peso de la carta, de la caja, del nombre prohibido, se va escondiendo debajo de capas de rutina.

Al caer la tarde, subo al dormitorio.

El sol entra en diagonal, tiñendo de naranja la colcha. El armario está ahí, silencioso. El espejo me devuelve mi imagen, agotada pero correcta.

Abro el cajón de la mesilla. Dentro está mi Biblia. La pequeña, la que llevaba al hospital.

La saco, la abro por donde las páginas están un poco separadas.

El papel sigue ahí, doblado, encajado entre los Salmos. Lo cojo. Lo abro.

La letra es mía. No hay duda. Los trazos firmes, seguros, sin temblor.

Releo lo poco que hay: la frase del nombre, el "es normal que no recuerdes", el "no creas todo lo que te digan", el "caja gris, armario".

Nada más. No hay explicación. No hay contexto. Podría ser, perfectamente, la nota paranoica de una mujer que se sintió fuera de lugar en su propio pueblo y decidió que debía pertenecer a otra vida.

Una vida donde se llamaba Sara y llevaba tacones.

Me siento en la cama. La carta en una mano, la otra apoyada en la colcha. Cierro los ojos.

Intento recordar algo de la infancia de Margaret. Una escena simple. Un cumpleaños en esta misma casa, una vela, un pastel, un regalo.

No aparece nada completo. Fragmentos, sensaciones: el olor a cera, una risa masculina, unas manos que aplauden. Todo suelto, como piezas de un puzzle de distintas cajas.

Intento hacer lo mismo con Sara. Una imagen sólida, un recuerdo claro.

La oficina vuelve enseguida. La mujer de pelo rizado. La sensación de caminar deprisa por una calle llena de gente, semáforos, coches. Semáforos. Aquí hay un solo stop oxidado.

Abro los ojos.

- Está bien - susurro, para mí misma- . Podría ser cualquier cosa.

Doblo la carta una vez más. En vez de volver a la Biblia, la meto en una cajita metálica donde guardo horquillas y gomillas de pelo. La cierro. La dejo en la mesilla.

Voy a hacer un experimento, pienso.

Voy a creer, por un rato, que el médico tiene razón. Que el golpe ha movido cosas, que mi mente ha mezclado recuerdos, que la nota es solo un síntoma más.

Voy a ser Margaret. Voy a hornear la tarta, a sonreír en la plaza, a dejar que el pueblo me mire como "su" Margaret.

Y, si después de todo eso, algo sigue chirriando…

Entonces volveré a abrir el armario. Y bajaré la caja gris aunque tenga que tirar toda la ropa al suelo.

Me tumbo un momento, solo para descansar los ojos.

Cuando los abro de nuevo, el cielo está más oscuro. En la ventana, la primera estrella se asoma.

Me incorporo, deseando anotar la lista de ingredientes que necesito para mañana. Abro el cajón buscando una libreta y un bolígrafo.

Encuentro ambos.

Me siento a la mesa pequeña, apoyo la punta del boli en la primera página limpia.

Escribo sin pensar:

Harina, azúcar, huevos, manzana, canela…

Cuando voy a poner mi nombre arriba - forma tonta de marcar la lista como mía- , la mano se me adelanta a la conciencia.

Escribo la "S" antes de poder detenerme.

La miro.

Es grande, segura, como el inicio de una firma que mi muñeca conoce de memoria.

Sigo el impulso. La pluma traza las letras siguientes como si no hiciera falta darles la orden.

S A R A

Me quedo quieta.

Podría haber escrito "Margaret" y haberme equivocado en la primera letra. Podría. Pero no lo he hecho.

He escrito "Sara" de carrerilla. Sin dudar. Sin pensar.

La tinta brilla aún fresca sobre el papel. El corazón me golpea en el pecho, lento pero contundente.

Quizá todo esto sea por el golpe. Quizá no.

Cierro la libreta despacio, como si dentro hubiera algo vivo.

No tiro la hoja. No la arranco. La dejo ahí, escondida entre la lista de la compra y las cosas que tengo que hacer mañana.

Me levanto. Bajo a la cocina. Pongo agua a hervir para el té. Daniel me pregunta desde el salón si me encuentro mejor. Digo que sí.

Pero mientras el hervor empieza a golpear la tapa de la olla, sé que, por mucho que intente vivir como si nada, hay una parte de mí que ya no encaja en la palabra "normalidad".

Y tiene cuatro letras.

Oigo a Daniel tararear desde abajo, feliz, doméstico, y por un instante la melodía me resulta conocida… pero no de esta casa. De otra. Y mi estómago lo reconoce antes que mi cabeza.

CAPÍTULO 5

Daniel, el marido perfecto

El olor a canela es lo primero que noto. Adoro la canela.

Todavía tengo los ojos cerrados, pero sé que viene de la cocina. La casa entera lo respira. Hay algo tranquilizador en eso: mi vida, al menos la que conozco, huele a tarta de manzana y café.

Abro los ojos.

El cuaderno sigue sobre la mesilla, donde lo dejé anoche. La tapa entreabierta deja ver el borde blanco de la hoja de arriba.

Lo cojo antes de que me dé tiempo a arrepentirme. Lo abro.

Ahí está. La lista de la compra, el "harina, azúcar, huevos, manzana…" y, encima, como un título involuntario: **SARA**.

La tinta se ha secado, pero aún parece fresca en mi cabeza.

Podría arrancar la hoja. Romperla en trozos pequeños, tirarla, fingir que nunca la escribí. Podría convencerme de que fue una simple broma del cerebro, un accidente de la mano.

No lo hago.

Doblo el cuaderno, cierro la tapa y lo meto en el cajón, debajo de varios pañuelos perfectamente doblados. No quiero verlo. Tampoco quiero perderlo.

- ¿Despierta? - La voz de Daniel sube por la escalera- . La cocina huele como el cielo. Y necesita a su dios pastelero.

Sonríe antes de aparecer, lo sé. Su tono ya viene con sonrisa incluida.

- Estoy viniendo - respondo.

Me levanto. La cabeza protesta un poco, pero menos que ayer. Me miro en el espejo del armario: ojeras ligeras, la venda asomando bajo el flequillo, pijama arrugado.

"Estrella del aniversario".

Me visto con ropa cómoda pero presentable: vaqueros, una blusa blanca. Cuando abro el armario, mis ojos suben instintivamente al altillo.

La caja gris sigue ahí, apenas visible detrás de las mantas. Un pedazo de silencio colgando del techo.

Hoy no, me digo. Hoy toca ser Margaret.

Bajo a la cocina.

El caos organizado de siempre: harina sobre la encimera, manzanas peladas en un bol, la radio encendida con música vieja, una olla con agua caliente para el té.

Daniel está de espaldas, removiendo algo en un cuenco grande.

- Mira quién se digna a bajar - dice, sin mirar- . Ya estaba a punto de llamar al cura para que te echara agua bendita.

- No hace falta cargar a Dios con tanto trabajo - respondo.

Se gira.

Tiene harina en la mejilla y en la camisa. Sonríe como si me viera por primera vez en semanas.

- Estás mejor - dice- . Se te nota en los ojos.

- Tú estás hecho un desastre - contesto, señalándole la cara.

Se limpia con el dorso de la mano, manchándose aún más. Nos reímos los dos, por primera vez en días sin que haya un filo escondido.

Por un momento, la escena podría ser de cualquier matrimonio normal en cualquier cocina normal de cualquier pueblo normal.

- Ven - dice- . Te necesito. La masa no se amasa sola, aunque la señora Collins crea que sí.

Me acerco. Me coloca el delantal alrededor de la cintura, haciendo un nudo en la espalda. Sus manos se quedan un segundo más de lo necesario sobre mi cintura.

- ¿Lista, chef? - pregunta, pegado a mi oído.

- Siempre lo he estado - respondo.

La frase sale con un tono que no sé si es más de Margaret o de la otra.

Nos ponemos manos a la obra.

La rutina me sale sola: harina, mantequilla, azúcar, la textura con los dedos, el punto exacto en el que la masa deja de pegarse pero todavía está blanda. Mi cuerpo recuerda incluso cuando mi cabeza duda de todo lo demás.

- Ves - dice Daniel, observándome- . Ni el golpe ha conseguido quitarte esto. Tendría que verte el alcalde. Estaba preocupado por si este año teníamos que comprar la tarta en la panadería.

- Sacrilegio - respondo- . Nos excomulgarían a todos.

- Algunos ya están en la lista - bromea- . Pero por cosas peores que una tarta comprada.

La conversación fluye ligera unos minutos.

Hablamos del aniversario, de quién va a ir, del concurso de tartas que "no es concurso pero todo el mundo sabe quién gana siempre". De la señora Collins y sus fresas. De cosas que no matan a nadie.

Mientras corto las manzanas, mi mente se escapa un segundo.

Un gesto mecánico, preciso: cuchillo, giro, lámina. Los dedos se mueven con seguridad. No me da miedo el filo. La idea de cortarme no me asusta. Me asusta, en cambio, lo fácil que me es estar aquí haciendo esto, como si nada más existiera.

¿Y si de verdad no hay nada más?
¿Y si Sara es solo un fantasma que me he inventado para huir de una vida demasiado apretada?

- ¿En qué piensas? - pregunta Daniel, como si hubiera notado el viaje.

- En nada concreto - miento a medias- . En que huele bien.

- Huele a que vas a dejar al pueblo entero sin dieta - dice- . Otra vez.

Mientras mezclamos las manzanas con azúcar y canela, él se acerca demasiado a menudo. Me roza el brazo, la espalda, la mejilla. No es torpe, no es bruto. Es suave, atento, casi tímido.

Hay amor ahí. Lo sé. Lo siento.

Eso no significa que no haya otras cosas debajo.

Cuando la tarta entra en el horno, se queda mirándola como si fuera una obra de arte.

- Si esto no causa una ovación hoy, dimito como representante de tu club de fans - dice.

- No sabía que tenías cargo oficial - respondo.

- Tampoco tú - réplica él- , y mira, todo el pueblo te tiene por su santa patrona de la repostería.

Se apoya en la encimera, cruzando los brazos. Me observa un momento en silencio.

- ¿Qué? - pregunto.

- Nada. Solo… - se encoge de hombros- . Cuando llegué anoche y te vi dormir aquí, en nuestra cama, pensé que no quería volver a sentir lo que sentí en el hospital.

Su tono cambia. Es más bajo, más serio.

- Te vi en el suelo - continúa- . Tan quieta. - Hace una pausa- . Por un segundo creí que…

No termina la frase.

Yo tampoco se la exijo.

Se acerca. Me rodea con los brazos por la cintura, apoya la frente en mi hombro.

- No te me vuelvas a caer por las escaleras - murmura- . Ni por nada.

Hay algo en la forma en que lo dice que no es solo miedo a perderme. Es otra cosa. Algo más amplio, más antiguo.

Le devuelvo el abrazo.

Por un momento, pienso que podría quedarme así. Olvidar la carta, el nombre, la caja. Ser solo esto: una mujer en la cocina de un pueblo, con un marido que huele a café y harina y miedo.

La tarta crepita en el horno como si aplaudiera la escena.

◆ ◆ ◆

Más tarde, mientras la masa se enfría y el pueblo entero se prepara para el acto en la plaza, Daniel sube las escaleras cargando la tarta como si fuera un santo procesional.

- Voy a llevarla al centro comunitario antes de que lleguen los buitres - dice- . Tú termina de arreglarte. No quiero que te canses de pie toda la tarde.

- No soy de cristal - respondo, por costumbre.

- Para mí sí - dice, dándome un beso rápido- . Vuelvo en veinte minutos. No te subas a ninguna escalera en mi ausencia, por favor.

- Sí, señor - respondo, medio en broma.

Cuando se va, la casa queda en silencio.

Estoy en el dormitorio, frente al armario. Me he puesto un vestido que, al menos, he reconocido como "mío" al verlo: azul marino, sencillo, que me queda bien sin esforzarme demasiado.

Podría aprovechar para arrastrar una silla, trepar y coger la caja gris. Podría.

Pero las palabras del médico, del padre Elías, de la señora Collins, se superponen como capas de barniz: confabulaciones, la mente inventa, la cabeza es peligrosa, los sueños parecen recuerdos.

Hoy no, me repito.

Cierro el armario.

Voy a la cómoda para coger un collar. Abro el cajón equivocado. Dentro, además de joyas, hay una carpeta fina, azul, con el borde asomando entre pañuelos.

La saco sin pensar.

En la portada, un logo pequeño: una especie de círculo con una cruz estilizada en medio. Debajo, en letras discretas:

Fundación Saint Lucius – Programa de Acompañamiento Familiar

Saint Lucius. No me suena de nada.

La carpeta está cerrada con una gomita. Podría abrirla.

El corazón me da un pequeño salto cuando veo, escrito en la esquina, con bolígrafo negro:

D. Holloway

La D podría ser de Daniel. O de "Don". O de cualquier cosa. Pero la letra se parece demasiado a la suya.

Escucho.

Nada.

La casa está en silencio. El horno apagado, la radio silenciada, la calle amortiguada por las paredes.

Tiro de la gomita. Abro la carpeta.

Dentro hay folletos doblados, papeles con membrete, un par de tarjetas de visita.

Cojo la primera hoja que encuentro.

> **"La Fundación Saint Lucius trabaja desde hace décadas con familias que han sufrido pérdidas traumáticas. Nuestro objetivo es ofrecer entornos seguros y controlados donde sanar, reconstruir y empezar de nuevo."**

Palabras bonitas. Entornos seguros. Controlados.

Paso al siguiente papel.

Es un e-mail impreso. El encabezado muestra una dirección que no reconozco y otra que sí: la de Daniel.

El asunto: **"Reunión previa - Nuevos perfiles"**

El cuerpo es breve:

> Estimado Sr. Holloway,
> Confirmamos la reunión del próximo día 23 para revisar nuevos perfiles adecuados al Programa. Adjuntamos informes preliminares. Agradecemos, como siempre, su implicación y discreción.
>
> Atentamente,
>
> Dra. L. Ward
> Fundación Saint Lucius

“Perfiles adecuados”.

Podría ser cualquier cosa. Trabajo, donaciones, voluntariado. Daniel siempre ha hablado de reuniones, viajes, clientes. Nunca especifica demasiado. Yo nunca he preguntado más.

No hay informes adjuntos en la carpeta. Solo ese papel. Deberían estar en otra parte. O no haber llegado nunca.

Una parte de mí quiere creer que es algo noble: ayudar a familias rotas. Otra parte ve las palabras “entornos controlados” y piensa en pueblos que parecen sacados de una maqueta.

Un coche arranca fuera.

Sobresaltada, guardo la hoja dentro de la carpeta. La cierro, pongo la gomita y la devuelvo exactamente donde estaba. Encima, los pañuelos. Cierro el cajón.

Mi respiración va demasiado rápido para lo poco que he hecho.

Me miro al espejo.

He tardado menos de un minuto en vestir de sospecha lo que, objetivamente, podrían ser solo papeles de un trabajo cualquiera. Pero mi cabeza ya está funcionando de otra forma. Algo se ha despertado y no quiere volver a dormirse solo porque todos los demás digan que es lo mejor.

Bajo al salón.

La puerta se abre justo cuando llego al último peldaño. Daniel entra, sin la tarta.

- La he dejado en el centro comunitario - anuncia- . La señora Collins casi se lanza encima. He tenido que prometerle que le guardo un trozo.

Se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo del sofá. Luego se acerca a mí.

- Estás preciosa - dice.

Se me hace raro oírlo. No por la palabra, sino porque, por primera vez, escucho detrás una especie de evaluación, como si estuviera pasando lista: pelo recogido, vestido correcto, sonrisa en su sitio.

- Estoy bien - respondo.

- Más que bien - corrige- .Se aleja un paso, me mira de arriba abajo- . Vas a dejar al padre Elías sin sermón cuando te vea.

La mención del cura me tensa los hombros.

- ¿Tú vendrás conmigo todo el rato? - pregunto, sorprendida de que me importe.

- Claro - responde- . No pienso dejarte sola con esa jauría ni cinco minutos.

Lo dice en tono de broma, pero hay algo serio debajo.

Me acerco al sofá. Cojo su chaqueta para colgarla. Al hacerlo, algo pequeño y duro cae del bolsillo al suelo con un sonido leve.

Una tarjeta de plástico.

Me agacho para cogerla antes de que él lo haga.

Es del tamaño de una tarjeta de crédito. En un lado, el mismo logo que he visto en la carpeta: círculo, cruz estilizada. Debajo, otra vez, el nombre:

Fundación Saint Lucius

Y, más abajo, en letras pequeñas:

Daniel Holloway – Colaborador externo

En el reverso, a bolígrafo, hay una anotación rápida:

Lunes 23 - 10:00
"Candidata"

Las comillas alrededor de la palabra me llaman más la atención que la palabra en sí.

Me quedo mirándola unos segundos.

No sé qué día es hoy, pero sé que el aniversario es un sábado. Lunes no está lejos.

- Ah, eso - dice Daniel, acercándose- . Se me habrá caído del bolsillo.

Me la quita de la mano con un gesto ligero, casi despreocupado. Pero sus dedos van más rápidos de lo normal.

- ¿Qué es exactamente? - pregunto, como si solo sintiera curiosidad.

- Nada importante - responde- . Cosas del trabajo. ¿Te apetece que vayamos dando un paseo a la plaza? Así ves cómo están decorándolo todo antes de que llegue la gente.

No responde a mi pregunta.

- Fundación Saint Lucius - repito, en voz baja- . Suena… religioso.

Se ríe.

- Todo suena religioso cuando le pones "Saint" delante. - Se guarda la tarjeta en la cartera, sin mirarla- . Es una fundación con la que colaboro a veces. Ayudan a familias que han perdido a alguien. Ya te lo he contado.

No recuerdo que me lo haya contado, pero lo dejo pasar.

- ¿Y lo de "candidata"? - insisto- . Parece una entrevista de trabajo.

- Algo así - dice, restándole importancia- . Ya te hablaré de eso otro día. Hoy bastante tienes con aguantar a medio pueblo.

Me ofrece el brazo.

- ¿Lista, señora Holloway?

Lo miro.

Podría seguir preguntando. Podría mencionarle la carpeta, el correo impreso, la palabra "perfiles". Podría decirle que no recuerdo ni un solo momento en que me haya hablado con claridad de lo que hace cuando "viaja por trabajo".

No lo hago.

Le cojo el brazo.

- Lista - respondo.

Salimos de la casa.

El sol cae de lleno sobre la plaza cuando llegamos. Hay banderines, mesas alargadas, voces, risas. El pueblo entero parece haber volcado toda su energía en ese pequeño espacio.

Desde fuera, es la foto perfecta.

Desde dentro, siento que alguien ha movido el foco. Las sombras se ven más largas que antes.

La mano de Daniel aprieta ligeramente mi brazo, como si me presentara al público. O como si se asegurara de que no me escape.

Yo sonrío.

Margaret sonríe.

Pero en algún lugar, justo debajo de la piel, una pregunta se queda clavada como una astilla:

¿Qué clase de fundación necesita “candidatas” que nunca he visto?

CAPÍTULO 6

Todos te miran

El pueblo huele a azúcar, cerveza y césped pisado.

La plaza está irreconocible: banderines de colores cruzando de un balcón a otro, mesas largas con manteles de papel, niños corriendo entre las piernas de los adultos, música enlatada saliendo de unos altavoces demasiado pequeños para tanto entusiasmo.

La tarta está en la mesa central, rodeada de otras: de chocolate, de queso, algunas torcidas, otras perfectas. La mía destaca sin querer: el enrejado dorado, las manzanas brillando con el barniz de huevo, el borde impecable.

- Te lo dije - susurra Daniel a mi oído- . Vas a humillar al resto sin querer.

- Eso no suena muy cristiano - respondo.

- Para compensar, luego te confiesas - replica, riéndose.

Hay una mezcla peligrosa entre sus bromas y la realidad. El cura, la culpa, la perfección. Todo se enreda.

Gente se nos acerca en oleadas.

- ¡Margaret! - Una mujer me abraza sin esperar permiso- . Pensábamos que no llegarías a tiempo este año.

- No nos des más sustos, ¿eh? - dice otro, dándome un golpecito amistoso en el hombro- . El aniversario sin tu tarta no sería lo mismo.

- Estás preciosa, cariño - añade la señora Collins, agarrándome las manos- . El golpe te ha dejado más guapa aún. ¡Eso sí que es un milagro!

Ríen. Yo sonrío, asiento, doy las gracias. Frases automáticas salen de mi boca sin que tenga que pensarlas: "Estoy mejor, gracias", "Sí, fue un susto", "No recuerdo nada", "El médico dice que fue poca cosa".

Por dentro, siento que camino sobre un escenario.

Las mesas empiezan a llenarse. Los niños se pelean por los vasos de refresco. El alcalde sube al pequeño estrado improvisado junto a la fuente. Lleva su mejor traje y el pelo peinado hacia atrás con demasiado fijador.

Daniel y yo nos colocamos cerca del frente, lo bastante cerca para que nadie se ofenda, lo bastante lejos para no ser el centro exacto de todo.

- Queridos vecinos… - empieza el alcalde, elevando la voz por encima del murmullo.

Las palabras se amontonan: convivencia, tradición, comunidad, familia. Las he oído mil veces. Podría recitar este discurso con los ojos cerrados. Siempre habla de cómo Saint Mary's es un oasis, un lugar especial, diferente del caos de fuera.

"Un entorno seguro", dijo el folleto de la Fundación.

- …y este año, además, tenemos doble motivo de celebración - dice el alcalde- . Nuestra querida Margaret está aquí con nosotros, después del pequeño susto de la semana pasada. - Extiende la mano hacia mí- . Un aplauso para ella.

El sonido llega como una ola.

Palmas, silbidos, alguna voz que grita mi nombre: "¡Margaret!". Sonrío porque es lo que se espera. Siento que mis mejillas se calientan. No sé si de vergüenza o de algo más.

Daniel me empuja suavemente hacia delante, animándome a hacer un gesto.

Levanto la mano, hago un pequeño saludo. Por un momento, mi mirada recorre las caras: la señora Collins, los Harris, el panadero, el farmacéutico, el alcalde, el padre Elías de pie al lado del estrado, con las manos juntas y la sonrisa perfectamente calibrada.

Todos me miran como si fuera una pieza clave de este pequeño teatro.

Nuestra Margaret, dijo el alcalde. *Nuestra*.

- Podría pedirte que digas unas palabras - susurra Daniel, divertido- , pero temo que el pueblo entre en shock.

- No pienso competir con el alcalde - respondo- . Él tiene más experiencia en monólogos.

El discurso termina, las campanas repican, alguien enciende una música más animada. La gente se dispersa hacia la comida como un rebaño bien entrenado.

La primera en lanzarse a por la tarta es, por supuesto, la señora Collins.

- Solo un trocito pequeño - dice- . Para probar que sigues en forma.

Corto la primera porción. La mano no me tiembla. Es un gesto familiar, casi íntimo. La primera porción siempre es para ella, todos los años. Un ritual.

- ¿Ves? - dice Daniel, clavando un tenedor en un trozo- . Nadie diría que tuviste un golpe.

- Porque no han visto la cicatriz - respondo.

Él se inclina, susurra:

- Las cicatrices te hacen interesante.

Se ríe. Yo no sé si reír o apartarle. Hago una mezcla rara que podría ser las dos cosas.

◆ ◆ ◆

Más tarde, cuando el sol empieza a bajar y las luces de los farolillos se vuelven necesarias, me aparto un momento hacia la fuente. El ruido me cansa. Las risas, la música, los niños, las mismas conversaciones de siempre.

Un grupo de adolescentes pasa corriendo, casi me empujan. Uno de ellos se gira.

- Perdona, Margaret - dice, sin dejar de caminar hacia el grupo de amigos.

Me pregunto cómo me verá él. ¿Como una señora? ¿Como una especie de tía joven? ¿Como parte del decorado?

Me apoyo en el borde de la fuente. El agua se mueve en círculos, reflejando las luces de colores. Una niña pequeña se acerca con un vaso de plástico y lo moja, riéndose sola.

- No deberías estar tan sola en medio de tanta gente - dice una voz a mi lado.

Me giro.

Es la señora Harris, la madre de los gemelos. Lleva el pelo recogido en un moño apretado y un vestido que le queda ligeramente grande. Siempre me ha mirado con una mezcla extraña de admiración y recelo.

- No estoy sola - respondo- . Daniel está por ahí, supongo.

Miro alrededor. Lo veo junto a la mesa de la cerveza, riendo con el alcalde y otro hombre que no reconozco de primera.

Es alto, traje demasiado bueno para este pueblo, postura de quien está acostumbrado a mandar. Hablan en voz baja. El forastero

gesticula con una mano, Daniel escucha, serio, luego asiente.

- Ha llegado mucha gente de fuera este año - comenta la señora Harris, siguiendo mi mirada- . Dice el alcalde que es bueno para el pueblo. Yo no sé. A veces me da la impresión de que aquí ya somos suficientes.

- ¿Quién es el hombre con Daniel? - pregunto, intentando sonar casual.

Ella entrecierra los ojos.

- Creo que es alguien de una fundación… ¿cómo se llamaba? - chasquea los dedos- . Saint… algo. Saint Lucius, puede ser. Vinieron el año pasado también, ¿no te acuerdas?

No.

No me acuerdo.

- No mucho - admito.

- Será el golpe - dice ella enseguida- . No te preocupes. Para eso están ellos. - Hace un gesto vago con la cabeza hacia el grupo de hombres- . Para que no nos falte de nada cuando las cosas se ponen feas.

Vuelve a mirar hacia la comida.

- Bueno, voy a ver qué están haciendo mis hijos antes de que incendien algo - añade, alejándose.

Me quedo un momento más junto a la fuente.

El hombre de la fundación estrecha la mano del alcalde, luego la de Daniel. Su sonrisa es blanca, exacta. Llevan traje los dos, demasiado formal para este calor. Por un segundo, el forastero gira la cabeza hacia mí.

No es una mirada larga, solo un gesto de barrido, pero siento que me recorre como un escáner: ojos, boca, postura, la venda todavía visible en mi frente. Algo en su expresión cambia un milímetro. No sé decir si para bien o para mal.

Daniel nota el gesto. Le dice algo en voz baja. El otro asiente. Daniel levanta la mano y me saluda desde lejos, como para tranquilizarme.

Respondo con un gesto pequeño. Mi corazón late un poco más rápido.

Fundación Saint Lucius. Candidata.

La palabra me taladra.

◆ ◆ ◆

- Bailan, bailan, bailan - canta alguien, ya borracho.

La música cambia a algo lento. Algunas parejas se levantan y se mueven torpemente por el espacio entre mesas. No hay pista de baile, pero la inventan.

Daniel aparece a mi lado con dos vasos de limonada.

- ¿Me concede este baile, señora Holloway? - pregunta, haciendo una pequeña reverencia ridícula.

- No sé si es buena idea con mi cabeza - digo.

- Vamos despacio - insiste- . Te prometo que no te soltaré.

La frase tiene más capas de las que quizás él mismo percibe.

Dejo el vaso en la mesa más cercana. Le doy la mano.

Nos colocamos en un rincón menos abarrotado. La música es una balada antigua que todo el mundo parece saber. Las letras hablan de hogares, de quedarse, de no irse nunca.

Daniel pone una mano en mi cintura, la otra sostiene mi mano, y empezamos a movernos despacio.

- Desde fuera parecemos una postal - comento.

- Desde dentro también - responde, acercándome un poco más.

Su mentón roza mi frente.

Podría relajarme. Cerrar los ojos. Dejar que el mundo se reduzca a este movimiento lento, a esta música, a este hombre que, al menos en este momento, parece honradamente feliz de estar aquí conmigo.

Pero mi mirada se va, inevitable, hacia el borde de la plaza.

Cerca del ayuntamiento han colocado un panel de corcho grande con fotos de años anteriores. Es un clásico de cada aniversario: recuerdos de fiestas pasadas, caras más jóvenes, niños que ahora son adolescentes, parejas que ya no lo son.

El panel está lleno de imágenes: globos, bailes, discursos, tartas. En algunas estoy yo, reconozco mi vestido, mi pelo. En otras no estoy o no lo recuerdo.

En el centro, casi como un foco, hay una foto ampliada.

Un aniversario de hace años. La iluminación es peor, hay menos banderines, algunas caras repetidas.

Y, en el medio de la imagen, al lado del alcalde, el padre Elías y Daniel… una mujer con un vestido blanco, tarta en las manos, sonrisa amplia.

Por un segundo, pienso que soy yo.

Luego me fijo mejor.

El pelo es diferente. Más corto, color ligeramente distinto. El corte de la cara se parece, pero no es el mismo. Algo en la forma de los ojos, del mentón, de la nariz. Parecidas, pero no iguales. Como una prima, una hermana. Una versión casi.

Debajo de la foto, en un cartelito impreso con impresora barata, se lee:

“Aniversario Saint Mary’s – Hace 7 años
Margaret Holloway corta la tarta del pueblo.”

Siento que el suelo se mueve bajo mis pies.

- ¿Te mareas? - pregunta Daniel, al notar el pequeño tropiezo- . ¿Quieres sentarte?

No aparto la vista de la foto.

- ¿Eso… soy yo? - pregunto.

Él gira la cabeza, sigue mi mirada.

- Claro - responde, sin dudar- . ¿Quién va a ser si no?

La mujer del vestido blanco sonríe eternamente. Sus manos sujetan la tarta con la seguridad de quien lleva años haciendo lo mismo.

- Pero… - empiezo.

"Hace 7 años".

Hago el cálculo mental como puedo, con la cabeza aún espesa. La edad no cuadra. O sí. En teoría, podría ser. Pero hay algo más. No recuerdo ese vestido. No recuerdo esa noche. No recuerdo haber cortado la tarta hace siete años.

- No recuerdo esa foto - digo.

Daniel me gira suavemente hacia él, apartándome la visión del panel.

- Margaret - dice, en tono paciente- . No recuerdas muchas cosas. Es normal. El doctor lo dijo. El golpe, el estrés…

- No es el golpe de la semana pasada - le corto- . Son siete años.

El murmullo de la gente sigue alrededor. Nosotros estamos en una burbuja rara en mitad del ruido.

- Antes del golpe también hay lagunas - admite- . Siempre las ha habido. Lo hemos hablado. ¿Te acuerdas? - Me mira a los ojos- . Dijiste que te pasaba a veces, que había periodos de tu vida que sentías borrosos. Por eso empezaste con la medicación. Para la ansiedad.

No lo recuerdo así.

No recuerdo haber dicho esas palabras. No recuerdo haber decidido tomar nada.

Siento que se me encoge la garganta.

- Es solo una foto - dice él, bajando la voz- . Has horneado tantas tartas, has venido a tantos aniversarios… ¿De verdad puedes distinguir uno de otro?

Podría ser un argumento razonable. Las fiestas se parecen entre sí. Las fotos engañan. La memoria no es perfecta.

Pero la lista de la compra con "SARA" en grande, la carta doblada, la caja gris en el armario, la tarjeta de la fundación en su bolsillo… todo eso hace que una simple foto se convierta en algo más pesado.

- ¿Y si no soy yo? - pregunto, en un susurro.

Daniel frunce el ceño.

- No empieces - dice, con una dureza que no le había oído antes- . No hoy. No delante de todo el mundo. No hagas esto aquí.

No hagas esto.

Como si estuviera a punto de romper un hechizo.

La canción termina. La gente aplaude.

Nos quedamos quietos un segundo, en medio de la plaza, sin saber si seguir moviéndonos o separarnos.

En el estrado, el padre Elías sube los escalones con su paso tranquilo. Levanta las manos, reclamando silencio.

- Queridos hermanos - dice- . Si me permiten robarles un instante, me gustaría dar gracias, como cada año, por la continuidad de nuestra pequeña familia.

"Continuidad".

- No damos por sentada la paz - continúa- . No damos por sentado el tener un hogar, una mesa, a nuestros seres queridos. - Hace una pausa- . A veces, la vida nos arrebata a alguien que queremos. A veces, en su misteriosa misericordia, también nos lo devuelve.

La gente asiente, algunos hacen el signo de la cruz.

Yo siento un escalofrío.

- Hoy damos gracias porque Margaret sigue aquí con nosotros - prosigue- . Podría haberse ido. Podría haberse… caído para siempre. Pero aquí está. - Sonríe, mirando hacia donde estamos- . Y, mientras haya una Margaret en esta plaza, sabemos que la vida sigue.

La frase me golpea con más fuerza de la que debería.

Mientras haya una Margaret en esta plaza, sabemos que la vida sigue.

Suena a refrán. A algo repetido muchas veces, ensayado.

¿Siempre ha dicho eso? ¿O lo ha empezado a decir hace poco?

La gente aplaude otra vez. Algunos se giran para mirarme mientras lo hacen. Siento que el aire se espesa alrededor.

Daniel se inclina.

- Vamos a sentarnos un rato - susurra- . Estás muy pálida.

Me lleva hacia una mesa menos ocupada. Me siento. Alguien deja un plato con un trozo de mi tarta delante de mí.

La miro sin verla.

En el panel de fotos, la mujer con el vestido blanco sigue sonriendo. *Margaret Holloway*, dice el cartelito. Hace siete años.

En el estrado, el forastero de traje habla ahora con el alcalde y el padre Elías. Los tres ríen, serios. El logo de la Fundación Saint Lucius brilla discretamente en la acreditación que cuelga de la solapa del hombre.

En mi cabeza, voces que no encajan se solapan:

Es normal que no recuerdes.
No creas todo lo que te digan.
Mientras haya una Margaret…

Cojo el tenedor. El trozo de tarta tiembla solo un poco antes de tocar mi boca. Está perfecta. Exactamente igual que todos los años.

Es lo único, esta noche, que me sabe como debería.

CAPÍTULO 7

La otra Margaret

Amanezco con resaca… pero no de alcohol.

Resaca de gente, de aplausos, de miradas. De palabras que se han quedado pegadas como confeti húmedo en la piel.

La casa está en silencio. Daniel no está en la cama. En su lado, la sábana aún guarda el hueco de su cuerpo. Huele a café, a jabón y a ese aftershave que siempre se pone cuando sabe que va a ver a medio pueblo.

Me incorporo despacio. La venda me tira un poco. El cuarto parece más pequeño que ayer, como si las paredes se hubieran acercado un centímetro mientras dormía.

En la mesilla está el cuaderno donde escribí la lista de la compra. Lo abro lo justo para comprobar que no lo he soñado.

Ahí sigue, en la parte de arriba, antes de "harina, azúcar, huevos": **SARA**.

La tinta ya no brilla, pero la palabra sí.

Lo cierro. Lo dejo donde estaba. Hoy no tengo fuerzas para pelear con letras.

Bajo a la cocina.

Daniel está sentado a la mesa con el periódico local desplegado. Lleva una camiseta limpia y el pelo todavía húmedo. Una taza de café humea delante de él.

- Buenos días, dormilona - dice, sin levantar la vista- . El pueblo ya lleva dos horas comentando lo guapa que estabas anoche.

- ¿Es eso lo que dice el periódico? - pregunto, acercándome.

- Eso y que la tarta debería tener su propia fiesta nacional - responde, doblando el diario para enseñarme la portada.

Hay una foto de la plaza, con gente borrosa de fondo, banderines, luces. En primer plano, yo, sosteniendo el cuchillo justo antes de cortar la tarta. Sonrío. Parece que no me duele nada.

El titular dice:
"Saint Mary's celebra su aniversario con susto superado y esperanza renovada"

Debajo, en el subtítulo:
"Mientras haya una Margaret, la vida seguirá", afirma el padre Elías.

Siento un escalofrío. Ver la frase escrita es peor que oírla.

- Bonita frase - comenta Daniel, como si leyera mis pensamientos- . Ha gustado mucho.

- Parece un eslogan - respondo.

- Un buen pueblo necesita lemas - dice- . Y símbolos.

Pasa página. Hay una pequeña crónica: menciona al alcalde, a la tarta, a la música, a mí.

"*Margaret Holloway, vecina muy querida por todos, volvió a demostrar que es el corazón dulce de nuestro pueblo",* leo en voz baja.

Corazón dulce.

- ¿No te gusta cómo suena? - pregunta Daniel, al notar mi mueca.

- Es raro - respondo- . Como si yo fuera… no sé. Una estatua.

- Una estatua que hornea - bromea él- . No está mal para un epitafio.

La palabra epitafio me pincha.

- No hagas chistes con eso - respondo, más seria de lo que pretendía.

Él levanta las manos, en señal de paz.

- Perdón. Humor negro, ya sabes. - Hace una pausa- . Por cierto, mañana tengo que hacer un viaje corto.

Ahí está. El latigazo en la conversación.

- ¿Mañana? - pregunto- . ¿Lunes?

- Sí. Solo un par de días - dice- . Una reunión con la fundación. Nada grave. Estaré de vuelta antes de que te canses de mí.

Fundación. Candidata.

La tarjeta de plástico de ayer parece pesar en mi memoria más que la tarta entera.

- ¿No puedes… posponerlo? - pregunto, sorprendida de lo rápido que sale la frase.

Él se inclina hacia atrás en la silla, como si no se esperara esa reacción.

- Es importante - dice- . Ya lo retrasé la semana pasada por lo del hospital. No puedo seguir alargando.

- Pero yo… - me detengo. ¿Qué exactamente? ¿Que me da miedo quedarme sola? ¿Que no me fío de lo que hace cuando no está? ¿Que me rechina esa palabra, "candidata", sin saber por qué?- . Aún me mareo - termino, agarrándome a la excusa más obvia.

Daniel me mira, más en serio.

- No vas a estar sola - responde- . El padre Elías ha dicho que puede pasarse una noche, por si te da miedo. Y la señora Collins ya se ha ofrecido a traerte comida para una semana.

Me imagino al cura durmiendo en el sofá, a la señora Collins apareciendo con ollas, a todo el pueblo turnándose para "cuidar de Margaret".

- No soy una niña - digo.

- Lo sé - responde- . Pero has tenido un golpe serio. Y solo serán dos días.

- ¿Qué hace exactamente tu fundación? - pregunto, antes de que pueda frenar la lengua- . Quiero decir… exactamente.

Él se queda un segundo callado. No mucho. Lo justo.

- Ya te lo he contado - dice- . Ayudamos a familias rotas. Damos apoyo, recursos, orientación. Es aburrido hablar de eso, créeme. Mucho papeleo.

- ¿Y lo de "candidata"? - insisto- . ¿Tenéis que entrevistar a la gente como si fueran… puestos de trabajo?

- Hay procesos - responde, con una sonrisa que no llega del todo a los ojos- . Formularios, valoraciones. No todos los casos son adecuados. No todos quieren ayuda. Algunos ni siquiera se dan cuenta de que la necesitan.

"Perfiles adecuados". "Entornos controlados".

- ¿Y tú… decides quién encaja? - pregunto.

- No yo solo - dice- . Es un equipo. Yo solo colaboro. Hago contactos, presento casos, ese tipo de cosas.

Me gustaría preguntarle si yo también fui alguna vez un "caso presentado". Si mi cara, mi nombre - Sara, Margaret, lo que sea- ha estado en algún informe.

No lo hago.

En vez de eso, asiento.

- Dos días - repito- . Está bien.

Sus hombros se relajan apenas.

- Te prometo que, cuando vuelva, nos tomaremos unos días solo para nosotros - dice- . Sin curas, sin alcaldes, sin tartas. Solo tú y yo.

Suena casi a vacaciones. A normalidad. A cárcel blanda.

◆ ◆ ◆

La mañana se escurre entre tareas pequeñas.

Recojo platos que quedaron de anoche, doblo manteles, escucho cómo el pueblo vuelve poco a poco a su rutina. Los niños vuelven a gritar en la calle, pero ya no hay música. Solo el runrún normal de coches lejanos y voces conocidas.

A media mañana, suena el timbre.

Es la señora Collins, por supuesto, con otro tupper en la mano.

- Te lo dije - dice, entrando sin preguntar- . Siempre sobra. Y odio tirar comida. Toma, pastel de carne. Te vendrá bien cuando tu marido te deje sola con tus pensamientos.

- Daniel solo se va dos días - respondo, llevándola a la cocina.

- Dos días dan para mucho pensar, cariño - contesta ella, dejando el tupper sobre la encimera- . Cuando el mío se iba de viaje, yo acababa limpiando los armarios de arriba abajo. La cabeza necesita entretenerse.

Armario. Caja gris.

Intento que no se me note el respingo.

- Hablando de armarios… - dice ella, como si hubiera leído mi mente- . ¿Te importa llevarle algo a la señora Turner?

- ¿A la señora Turner? - repito.

La señora Turner es la anciana que vive al final de la calle vieja, en la casa con el jardín descuidado. No sale casi nunca. Dicen que fue muy guapa de joven. Dicen muchas cosas.

- No vino ayer al aniversario - continúa la señora Collins- . Desde que murió su hija, le cuesta salir. Le guardé un poco de tu tarta, ya sabes que era su favorita. Pero tengo que ir a ayudar en la iglesia y no me da tiempo. Y como tú estás "de baja", puedes aprovechar para dar un paseo.

Su tono cariñoso no oculta la orden disfrazada. Margaret, la convaleciente útil.

- Claro - respondo- . Se la llevo.

La señora Collins me pone la tarta en un plato con tapa, me da unos besos ruidosos en las mejillas y se va, dejándome con el pastel de carne y el recado.

Cuando cierro la puerta detrás de ella, respiro hondo.

Podría decirle a Daniel que no voy. Podría quedarme aquí, mirando el armario sin subir a por la caja. Podría seguir jugando a la normalidad.

O podría, simplemente, llevarle la tarta a una anciana y ver qué pasa.

Cojo el plato. Salgo.

El aire en la calle es fresco. El pueblo parece más apagado sin banderines. Algunas guirnaldas todavía cuelgan, flojas, como si estuvieran resacosas también.

La casa de la señora Turner está al final de una calle que sube ligeramente. La fachada ha visto tiempos mejores. La pintura está desconchada, las ventanas un poco sucias, el jardín lleno de plantas que no deciden si son flores o malas hierbas.

Llamo al timbre. No pasa nada.

Vuelvo a intentarlo. Oigo un ruido dentro, arrastrar de pasos, algo que golpea.

La puerta se abre un poco, lo justo para que vea un ojo azul, muy claro.

- ¿Sí? - pregunta una voz cascada.

- Soy Margaret, señora Turner - digo- . Le traigo un poco de tarta del aniversario.

La puerta se abre un poco más.

La señora Turner es más pequeña de lo que recordaba. O quizá se ha encogido. Tiene el pelo blanco recogido en un moño deshecho, una bata vieja con flores desvaídas. Sus ojos, eso sí, son nítidos como cuchillos.

- Ah… Margaret - dice, alargando la "a"- . Pasa, pasa.

Entro. La casa huele a polvo, a té y a algo ligeramente rancio. Hay fotos en todas las paredes, marcos desparejados, estanterías abarrotadas de figuritas.

- La señora Collins me ha dicho que no pudo ir ayer - comento, mientras la sigo hasta la cocina.

- No me gustan las multitudes - responde- . Ni los discursos. Ni que el alcalde se escuche a sí mismo. Pero la tarta… la tarta sí me gusta.

Sonríe, y por un momento veo un brillo de la mujer que debió de ser hace muchos años.

Dejo el plato sobre la mesa.

- Es la misma de siempre - digo- . Tarta de manzana con canela.

- Lo sé, lo sé - murmura- . Por eso he vivido tanto. El secreto está en el azúcar y en no hacer caso a los médicos.

Se ríe sola. Luego me mira, más fija.

- Déjame verte - dice.

Se acerca. Me toma la cara entre las manos, con dedos huesudos pero firmes. Me gira un poco hacia la ventana, como si quisiera comprobar cómo me da la luz.

- Has tenido un golpe - afirma, sin preguntar- . Lo vi en el periódico. Siempre se caen por las escaleras, qué cosas.

- ¿Siempre? - repito.

- Bah - responde, soltándome- . La gente siempre se cae de las cosas. Escaleras, sillas, vidas.

Se sienta en una silla y me hace un gesto para que me siente enfrente.

- ¿Cómo te sientes, de verdad? - pregunta- . No la versión para el cura ni para la señora Collins. La de dentro.

La pregunta me descoloca.

- Rara - respondo, sin pensar demasiado- . Como si… como si llevara un traje que me queda bien pero no es mío.

La señora Turner asiente despacio.

- Eso les pasa a todas - dice.

- ¿A todas…? - empiezo.

- A todas las que se quedan - murmura- . A todas las que aceptan.

Clava la cuchara en la tarta, se mete un trozo en la boca. Cierra los ojos al saborearla.

- Ah… - suspira- . Igualita que la otra.

- ¿La otra? - pregunto.

- La otra Margaret - dice, como si fuera obvio- . La de antes.

El corazón se me detiene un segundo.

- ¿La… de antes? - repito, con cuidado.

La señora Turner abre los ojos. Se me queda mirando, como si hubiera dicho algo inconveniente.

- No hagas caso a una vieja - dice- . Yo mezclo nombres. - Se da un golpecito en la sien- . La cabeza hace cosas raras. Igual que la tuya ahora.

- ¿Conoció a… otra Margaret? - insisto, con la voz baja.

Ella se encoge de hombros.

- Siempre ha habido una Margaret - responde- . Desde que tengo memoria. Muchas fiestas, muchas tartas. A veces creo que el tiempo se dobla. O que las fotos mienten. - Se ríe, pero hay algo triste- . O que soy yo, que ya no sé contar.

Sus palabras caen como migas entre nosotras.

- Me acuerdo de una… - continúa, sin que yo pregunte- . Tenía el pelo más corto. Se reía más fuerte. No era tan… - me mira, busca una palabra- . Mansa. - Sonríe- . Al padre Elías le daba dolor de cabeza. A mí me gustaba.

Siento que la silla se me hace pequeña.

- ¿Qué… le pasó? - pregunto- . A esa Margaret.

La señora Turner se lleva otro trozo de tarta a la boca. Mastica despacio. Tarda demasiado en responder.

- Se fue - dice al fin.

- ¿Se fue? - repito.

- Eso dijeron - responde- . Que no era feliz, que necesitaba otra cosa, que el pueblo le quedaba pequeño. - Se encoge de hombros- . A veces pienso que yo también debería haber hecho lo mismo. Pero las rodillas no me acompañaban.

- ¿Y usted cree que se fue? - pregunto.

Sus ojos azules se clavan en los míos.

- Creo muchas cosas - dice- . Y ninguna le interesa al cura. - Sonríe de lado- . Ni al alcalde. Ni a tu marido.

El aire de la cocina se hace denso.

- ¿Por qué dice eso? - pregunto, sintiendo que la piel de los brazos se me eriza.

- Porque no les gusta que las mujeres hagamos preguntas - responde, como si hablara del clima- . Prefieren que hagamos tartas. - Se come otro trozo- . Tú haces las mejores. - Me mira, más blanda- . No te enfades conmigo, hija. Es solo que… esta cabecita ha visto demasiado.

Se señala la sien.

- ¿Demasiado de qué? - susurro.

La señora Turner suspira.

- El padre Elías dice que no hable de esas cosas. Que confundo a la gente. - Se inclina hacia mí- . Pero te diré una, solo una: nunca dejan que las Margarets se hagan demasiado viejas.

La frase se queda flotando entre nosotras, pesada.

- ¿Qué… significa eso? - pregunto, con la garganta seca.

Ella se ríe, pero la risa suena hueca.

- Significa que no me hagas caso - dice- . Que la tarta está deliciosa y que deberías irte antes de que tu marido venga a buscarte con cara de susto. No quiero líos.

Se levanta con esfuerzo, lleva el plato al fregadero, como si la conversación hubiera terminado.

Yo me quedo sentada, con las manos frías sobre las rodillas.

"Nunca dejan que las Margarets se hagan demasiado viejas."

Mientras haya una Margaret en esta plaza, la vida sigue.

En la pared, detrás de ella, hay un collage de fotos pegadas con cinta: nietos, bodas, navidades. Entre ellas distingo una imagen pequeña, algo borrosa, del aniversario de hace años. La misma escena de la plaza, una tarta, gente aplaudiendo.

La mujer que sostiene la tarta no soy yo.

Es la del vestido blanco.

La foto es tan pequeña que podría engañar. Podría decirme que la calidad engaña, que mi memoria falla. Podría.

O podría aceptar que esa mujer, esa otra Margaret, existió de verdad.

Y que ya no está.

- Gracias por venir, hija - dice la señora Turner, sacándome de mis pensamientos- . Dale las gracias a la chismosa de la Collins por la tarta. Y dile que la próxima vez, si quiere verme, que venga ella y que se traiga el rosario, que se lo voy a hacer tragar.

La imagen me arranca una sonrisa débil.

- Se lo diré - respondo.

Me acompaña a la puerta. Antes de dejarme salir, me agarra la muñeca con una fuerza que no esperaba.

- Una cosa más - murmura, bajito- . Si alguna vez sientes que te quieren convencer de que lo que ves no es real, hazme caso: el problema no son tus ojos.

La suelta. Abre la puerta. La luz del mediodía me golpea de lleno.

- Cuídate, Margaret - dice, remarcando el nombre- . O como te llames hoy.

Cierro la puerta detrás de mí.

Bajo por la calle despacio, con el plato ya vacío en la mano, la cabeza llena de ecos que no encajan con las versiones oficiales.

Al pasar frente al pequeño camino que lleva al cementerio, mis pies se detienen solos.

La verja está entreabierta. Dentro, solo se ve la punta de algunas cruces y el brillo de mármoles.

No dejan que las Margarets se hagan demasiado viejas.

No tenía intención de ir allí hoy. Hasta ahora.

CAPÍTULO 8

Tumbas que no deberían existir

No tenía pensado entrar.

Solo quería volver a casa, dejar el plato en la encimera, fingir que la visita a la señora Turner había sido una excentricidad más de una vieja.

Pero la verja del cementerio está entreabierta.

Cruje con ese sonido oxidado de cosas que se abren poco y mal. Me quedo un segundo en el borde, con el plato vacío en la mano, como si ese trozo de loza fuera una excusa para no cruzar.

Nunca dejan que las Margarets se hagan demasiado viejas.

La frase de la señora Turner me empuja más que mis piernas. Entro.

El aire dentro es distinto. Más frío, aunque el sol sea el mismo. Huele a tierra húmeda, a flores cortadas hace días, a piedra vieja.

El cementerio es pequeño, como todo en Saint Mary's. Un caminito central de grava, dos filas de tumbas a cada lado, alguna cruz alta dominando el resto. Al fondo, una capillita encalada con la puerta entrecerrada.

Cierro la verja detrás de mí sin llegar a que encaje del todo. No quiero oír el clic definitivo.

Camino despacio.

Los nombres se suceden en las lápidas: O'Connor, Lewis, Collins, Harris. Apellidos que podrían estar ahora mismo en la plaza bebiendo cerveza. Fechas. 1972–2010. 1933–2001. Algunos mármoles impolutos, otros con musgo.

Busco sin querer.

No sé qué exactamente, pero busco.

Llego a una esquina donde el camino se bifurca. A la derecha, tumbas más antiguas, de piedra oscura, inscripciones desgastadas por la lluvia. A la izquierda, una zona más nueva: mármol claro, flores plásticas todavía con brillo.

Giro a la izquierda.

Mis ojos van leyendo apellidos como si pasara lista.

Y entonces lo veo.

HOLLOWAY

Las letras negras destacan sobre el mármol blanco.

Me quedo quieta. El corazón se me sube a la garganta.

Me acerco.

La lápida es sencilla: una cruz grabada arriba, el apellido en grande en el centro. Debajo, dos líneas.

La primera:

Robert Holloway
1958 – 2015

La segunda:

Margaret H.
1983 – 2015

No pone el apellido entero en la segunda. Solo la inicial. H.

Me agacho un poco, como si acercar el cuerpo pudiera cambiar la inscripción.

Las flores que hay delante están mustias. Un ramo viejo de plástico asoma por un lado, descolorido por el sol.

Estoy segura de que nací en 1983. O al menos eso dice el carnet que llevo en la cartera. Lo he visto cientos de veces al pagar, al votar, al recoger paquetes en la oficina de correos del pueblo.

Cierro los ojos un momento. Intento encajar fechas.

Si aquí pone 1983-2015, esa "Margaret H." habría muerto hace diez años.

Yo tengo más de treinta. He estado aquí estos últimos años. He horneado tartas, he ido a misa, he saludado al alcalde.

No puedo haber muerto hace diez años.

A menos que…

Me obligo a abrir los ojos.

La piedra sigue ahí. No se ha borrado.

Margaret H.
1983 – 2015

Puede ser cualquiera, me digo. Puede ser otra Margaret. H de Henderson, H de Hall, H de cualquier cosa. No todos los Holloway del mundo son familia de Daniel. Podrían ser primos lejanos. Coincidencias. La vida está llena de ellas.

Pero el apellido en grande sobre los dos nombres, compartido, me dice otra cosa: esa tumba es de un matrimonio. Robert y Margaret. Ambos Holloway. Ambos muertos el mismo año.

Trago saliva.

- No es buen sitio para pasear sola, ¿sabes?

La voz me sobresalta tanto que doy un salto y casi piso un ramo.

Me giro.

El padre Elías está a unos metros, sobre el caminito de grava. Va vestido de negro, sin sotana, pero el alzacuello blanco brilla como una etiqueta. Tiene las manos cruzadas a la espalda. No sé cuánto tiempo lleva ahí.

- Lo siento - digo- . No pretendía…

- No tienes que disculparte - sonríe- . Este lugar también es tuyo. Para eso es el cementerio. Para recordar.

Camina hacia mí despacio. Sus zapatos apenas hacen ruido.

- ¿Conocía a…? - señalo la tumba- . A ellos.

Él baja la mirada. Una sombra le cruza la cara, rápida.

- Conozco a todos los que están aquí - responde- . Algunos mejor que a otros, claro. - Se queda mirando las inscripciones- . Robert era un buen hombre. Demasiado impulsivo, quizás. - Hace una pausa- . La vida no siempre nos da segundas oportunidades.

- ¿Y ella? - pregunto- . ¿La… Margaret?

Digo el nombre como si probara un sabor nuevo.

- También era una buena mujer - dice- . Tenía… dificultades. - Elige la palabra con cuidado- . La cabeza puede ser un lugar cruel. A veces, ni la fe ni la medicina son suficientes.

Acaricia con la punta de los dedos el borde de la lápida. Es un gesto íntimo, casi cariñoso.

- ¿Cómo… murieron? - me oigo preguntar, aunque una parte de mí no quiere saber la respuesta.

- Fue una tragedia - responde, sin mirarme- . Un accidente. Un coche. Lluvia, mala visibilidad. - Suspira- . Las carreteras aquí pueden ser traicioneras cuando el cielo se enfada.

No sé si siento alivio o desconfianza. Un accidente de coche es tan genérico, tan perfecto, tan fácil de decir. Podría ser cierto. Podría ser una historia inventada tantas veces que ya nadie recuerde qué pasó de verdad.

- ¿Pasó…? - me aclaro la garganta- . ¿Pasó antes de que yo llegara?

Él me mira por primera vez desde que hemos empezado a hablar de la tumba.

- ¿Antes de que tú…? - repite.

- Antes de que yo viniera a Saint Mary's - aclaro- . No recuerdo… a Robert. Ni a otra Margaret.

Una pequeña arruga aparece entre sus cejas.

- Has vivido muchas cosas en estos años - dice- . No es raro que algunos nombres se escapen. - Inclina la cabeza- . Pero sí. Fue… antes de que tú formaras parte de esta comunidad tal y como la conoces ahora.

Tal y como la conoces ahora.

La frase se queda colgando.

- ¿Y cómo… la conocía antes? - pregunto, sin poder evitarlo.

Sus ojos se entornan apenas, como si hubiera cruzado una línea invisible.

- Margaret - dice, con tono suave pero firme- . Acabas de tener un golpe serio. Has pasado por un gran susto. La mente hace cosas extrañas en estas circunstancias. Mezcla tiempos, caras, vidas. Empieza a preguntarse "¿y si…?" hasta que ya no recuerda qué fue real y qué no.

Se acerca un paso más.

- Tú estás aquí - continúa- . Estás viva. El médico lo ha confirmado. Tu marido lo ha confirmado. Yo lo he visto con mis propios ojos. - Señala la lápida- . Ellos no. Es triste, pero es así.

Yo. Ellos.

Vivo. Muertos.

Real. No real.

- No deberías recrearte en comparaciones - añade- . No te hace bien. No le hace bien a nadie.

Cierro los dedos alrededor del plato vacío que todavía tengo en la mano, como si fuera un ancla.

- Es que… - empiezo.

Es que hay una mujer en una foto con mi nombre que no soy yo.
Es que una vieja dice que hubo otra Margaret.
Es que he escrito "Sara" sin saber cómo.
Es que hay una caja gris en mi armario que parece gritar mi nombre cada vez que abro la puerta.

- …me da miedo olvidar cosas importantes - termino, tomando el atajo más seguro- . O inventarlas.

El padre Elías asiente, comprensivo.

- Es un miedo muy humano - dice- . Por eso necesitamos… - abre las manos, señalando el lugar- este tipo de sitios. Piedras. Fechas. Nombres. Testimonios de que lo que fue, fue. Ni más ni menos.

Sus palabras suenan bien. Correctas. Ordenadas.

Me pregunto quién eligió borrar el apellido de la segunda línea y dejarla en "Margaret H.". Me pregunto si alguien más ha preguntado por eso y qué respuesta ha recibido.

- ¿Puedo…? - digo- . ¿Puedo saber qué significaba la H?

Es una pregunta estúpida, pero no se me ocurre otra.

Él sonríe, pero sus ojos se endurecen un poco.

- Holloway, por supuesto - responde- . Era la esposa de Robert.

Lo dice como si fuera obvio. Como si yo misma, con un poco de esfuerzo, debería recordarlo.

- A veces pienso que fue cruel que nos dejara tan pronto - añade- . Pero también creo que está en un lugar mejor. Sin tormentos. - Me mira- . Y tú estás aquí. Con otra oportunidad.

“Otra oportunidad”.

La cabeza me zumba.

- No quiero que te obsesiones con las tumbas - continúa- . Ni con las fotos viejas. El pasado tiene su lugar, y no es este. - Señala su pecho- . Es ahí donde hace daño.

Se da la vuelta, como si diera por terminada la conversación.

- Ven - dice- . Te acompaño a la salida. El sol está fuerte y no quiero que tengas otro mareo aquí. Le daría un infarto al alcalde.

Intento lo imposible: no mirar atrás mientras caminamos hacia la verja. Pero mis ojos se desvían, una vez más, hacia la lápida de los Holloway.

Robert Holloway
1958 – 2015

Margaret H.
1983 – 2015

Dos nombres. Dos fechas. Dos vidas cerradas.

Y la mía, que se supone que sigue abierta, encajada en medio como una pieza que no encaja en ningún puzzle.

Al llegar a la verja, el padre Elías se detiene.

- Margaret - dice- . ¿Confías en mí?

Es una pregunta trampa. Lo sé. Lo sabe.

- Siempre lo he hecho - respondo, porque es la respuesta que llevo años dando, aunque últimamente algo en mí la diga con la boca más que con el pecho.

Él asiente, satisfecho.

- Entonces, por favor, confía cuando te digo que estás bien - continúa- . Que lo que te está pasando es una consecuencia del golpe, del susto, quizá de cosas que arrastras de antes. - Hace una

pausa- . No de fantasmas. No de conspiraciones. No de historias que solo te harán daño.

"Conspiraciones".

Es la primera vez que alguien usa una palabra tan grande para referirse a algo que yo ni siquiera me he atrevido a nombrar así.

- Y si en algún momento sientes que no puedes con ello - añade- , ven a verme. Hablaremos. Rezaremos. Ajustaremos la medicación, si hace falta. Pero no te pierdas sola por caminos que no llevan a ninguna parte.

Abre la verja.

El pueblo está ahí fuera, igual que lo dejé: casas, coches, un perro que ladra a algo invisible.

- No eres la que está en esa tumba - dice, bajando la voz- . No dejes que nadie - ni siquiera tú misma- te convenza de lo contrario.

Cruzo la verja.

Por un segundo, el sol me deslumbra. Cierro los ojos.

Cuando los abro, el padre Elías ya está de vuelta dentro, caminando por el sendero central, manos a la espalda. Parece contar las tumbas con la mirada, como si fueran fichas de un inventario que solo él maneja.

Empiezo a andar hacia casa.

Cada paso pesa más que el anterior. No sé si es el calor o el peso de tantas versiones de "la verdad" chocando en mi cabeza.

En una esquina, casi al llegar a mi calle, paso junto a un panel de anuncios del pueblo: clases de yoga, venta de huevos, misa especial. En un lateral, un papel plastificado llama mi atención.

No es muy grande. Apenas un folio, pegado con celo.

"La Fundación Saint Lucius agradece al pueblo de Saint Mary's su colaboración y apoyo continuado.

Entornos seguros. Comunidades fuertes. Familias restauradas.”

Debajo, el logo que ya conozco: el círculo con la cruz estilizada.

Y una frase en negrita:

“Porque algunas historias merecen ser reescritas.”

Me quedo mirándolo demasiado rato.

Reescritas.

Pienso en la tumba. En la foto de la otra Margaret. En mi firma con un nombre que nadie admite.

En la caja gris, esperando en el altillo.

Al final, sigo caminando. No corro. No grito. No doy media vuelta hacia el cementerio ni hacia la fundación ni hacia ninguna parte.

Simplemente vuelvo a casa, con la sensación muy clara de estar viviendo en un libro donde alguien más ha estado corrigiendo frases con boli rojo antes de que yo pueda leerlas.

CAPÍTULO 9

La caja gris

Daniel hace siempre la misma cosa cuando se va de viaje.

No es consciente, creo. Pero yo lo sé: el día antes está más cariñoso de lo normal, se levanta antes, hace más café del que vamos a beber, recoge cosas que nunca recoge. Es como si intentara dejar la casa perfecta para que su ausencia desentone menos.

Esta mañana no es distinta.

- Te he puesto el doble de azúcar - dice, dejándome la taza delante- . Para que no me eches tanto de menos.

- Entonces igual me da un coma diabético y ni lo noto - respondo.

Se ríe. El chiste le hace gracia. A mí solo me sale una sonrisa floja.

La radio está apagada. La casa está en ese silencio extraño de los días raros. La maleta de Daniel espera junto a la puerta del recibidor: negra, discreta, con la etiqueta de la aerolínea de su último viaje aún pegada al asa.

- El padre Elías vendrá esta tarde a verte - comenta, sentándose frente a mí- . Solo un ratito. No quiere agobiarte, pero ya le conozco.

- Dice eso y luego se queda tres horas - murmuro.

- Si se alarga, le echo yo - responde, con una sonrisa.

No estará aquí para echar a nadie.

Coge su taza, la gira entre los dedos.

- Te he dejado la lista del supermercado en la nevera - añade- . Pero no tienes que ir si no te apetece. La señora Collins ya ha dicho que puede traerte lo que haga falta.

- Voy a sobrevivir dos días - respondo- . No estás mandándome a la guerra.

- No te he visto bajar aún al supermercado desde el golpe - dice- . No me quedo tranquilo si te imagino desmayada entre las ofertas del pasillo de los cereales.

Su preocupación suena sincera. No sé dónde acaba el cuidado y empieza el control.

- Prometo no desmayarme - digo, dando un sorbo.

El café está demasiado dulce. Casi empalagoso.

Él me mira por encima del borde de la taza durante un momento. Hay algo en su expresión que no sé leer del todo.

- Estás diferente - dice.

- ¿Otra vez? - bromeo, sin querer que la frase pese demasiado.

- En serio - insiste- . No sé si es por el golpe o por… - hace un gesto vago con la mano- . Por todo. Pero te noto… más lejos. Como si estuvieras aquí y no.

Quiero decirle que yo también me noto lejos de mí misma. Que hay una parte de mí sentada a esta mesa y otra mirando una tumba en el cementerio, otra atrapada en una foto antigua de una mujer que se parece a mí pero no soy yo, otra en una oficina que puede que exista o no.

En vez de eso, digo:

- Es solo cansancio.

Él deja la taza. Se levanta. Rodea la mesa y se coloca detrás de mí. Me pone las manos en los hombros, me masajea con movimientos

suaves.

- Si en algún momento sientes que te agobias - dice- , llámame. Aunque esté en reunión. Aunque sea tarde. Me da igual. ¿Vale?

Asiento.

Sus dedos se detienen un segundo. Luego se inclina y me besa en la nuca.

- Te quiero, Margaret - susurra- . No te olvides de eso tampoco.

No sé si lo que siento es ternura o un vértigo raro.

◆ ◆ ◆

Se va a media mañana.

El taxi que viene a buscarle levanta un poco de polvo al frenar en la calle. Daniel revisa el reloj, la cartera, la maleta. Vuelve a la cocina dos veces porque "siempre se me olvida algo".

- Llaves - dice, mostrándomelas antes de meterlas en el bolsillo- . Móvil. Billete. Cartera. Ya está.

- Te falta la capa de superhéroe - respondo, apoyada en el marco de la puerta.

- La llevo por dentro - bromea.

Me abraza en el recibidor, con fuerza. Huele a su aftershave de siempre, al suavizante de la ropa, a algo que reconozco desde hace años.

- Dos días - repite- . Pasan volando.

"Candidata", dice su tarjeta en mi cabeza.

- Ten cuidado - respondo.

- Siempre lo tengo - dice, y no sé si creerle.

Me da un beso más, breve pero firme, y sale con la maleta. Desde la puerta, lo veo meterla en el maletero del taxi, hablar con el

conductor, hacer un gesto en dirección a la casa. Podría ser un saludo. Podría ser un "vigílala".

Levanto la mano.

El taxi arranca.

La casa se queda en silencio.

◆ ◆ ◆

No estoy acostumbrada a estar sola.

O lo estaba, antes. No lo sé. La Margaret de estos últimos años vive rodeada de gente: vecinos, parroquia, Daniel y su presencia constante. La idea de tener dos días enteros sin nadie entrando y saliendo de la casa debería ser un regalo.

En cambio, el silencio se me echa encima.

Recoloco tazas que no lo necesitan. Paso un paño por la encimera limpia. Abro el grifo, lo cierro. Escucho el eco de mis propios movimientos.

Subo al dormitorio, bajo al salón. Subo otra vez. Abro la ventana, la cierro.

El armario está ahí, como siempre. El espejo refleja mi figura inquieta.

Miro hacia el altillo.

La caja gris sigue asomando, apenas, detrás de las mantas.

Caja gris. Armario.

La carta no dice nada más. No dice "ábrela cuando Daniel no esté", pero suena implícito.

Apoyo las manos en las caderas. Inspiro hondo.

- No soy una niña - me digo en voz baja.

Voy al pasillo. Cojo una de las sillas del comedor, la arrastro al dormitorio. El sonido de las patas rozando el suelo parece un grito en la casa vacía.

Coloco la silla frente al armario. Subo despacio. La madera cruje un poco. Pongo una mano en la pared para equilibrarme.

Corro la puerta del armario.

La ropa cuelga, ordenada, como siempre. Me estiro. La punta de los dedos roza el cartón de la caja. Me falta medio centímetro.

- Vamos, Margaret - murmuro- . O Sara. O quien seas.

Me incorporo un poco más, apoyando el peso sobre la punta de los pies. El mundo se inclina un poco. La venda me tira. El corazón me late en las sienes.

Por fin, consigo deslizar la caja hacia mí. La arrastro, la arrimo al borde del altillo, la cojo con las dos manos y la bajo contra el pecho. Pesa más de lo que esperaba.

Me bajo de la silla con cuidado, como si estuviera sosteniendo algo frágil. Dejo la caja sobre la cama.

Es sencilla: cartón gris claro, tapa encajada, sin etiquetas. Podría contener fotos viejas, adornos de Navidad, documentos del banco.

Podría.

No tiene cierre. Solo la tapa.

Apoyo los dedos en el borde.

Durante un segundo, me quedo quieta, con las manos ahí, sin tirar. Una parte de mí grita que no lo haga. Otra, más pequeña pero más terca, empuja.

Levanto la tapa.

El olor que sale de la caja no es a papel viejo, como esperaba. Huele a algo encerrado hace tiempo: perfume tenue, cuero, un toque metálico.

Lo primero que veo es tela.

Una sudadera gris, doblada encima del resto. No es de mi estilo actual. Demasiado urbana, demasiado… ciudad. La aparto.

Debajo hay objetos envueltos en papel de seda y otros sueltos: un llavero, una cartera plana, un pequeño neceser, un móvil antiguo con la pantalla agrietada.

Cojo la cartera.

Es negra, lisa, de piel gastada. La abro.

Dentro, varias tarjetas: una de crédito caducada, una tarjeta del gimnasio de una ciudad que no es Saint Mary's, un abono transporte con líneas de metro dibujadas, un carnet de la biblioteca municipal de… *Bristol*.

En todas ellas, el mismo nombre impreso:

SARA K. DUNCAN

Y debajo, la misma foto.

Mi cara.

No una parecida. La misma estructura de mandíbula, la misma forma de los ojos, el mismo lunar cerca de la ceja. El pelo diferente: más corto, con mechas más claras. Pero soy yo.

Soy yo con otro nombre.

Mi estómago se contrae.

Cojo el carnet de la biblioteca. Lo acerco más. La fecha de expedición es de hace varios años. Antes de que, en teoría, yo llegara al pueblo. Antes de que, en teoría, me casara con Daniel.

Antes de que, en teoría, fuera Margaret.

Las manos me tiemblan.

Dejo el carnet sobre la cama, al lado de la cartera. Cojo el abono transporte. Lo giro. Hay zonas marcadas: líneas que no existen en

ningún mapa de aquí. Estaciones con nombres que me suenan vagamente. Recuerdos de un vagón lleno, de gente pegada, de anuncios en pantallas.

Un flash.

Estoy de pie, agarrada a una barra de metal en el metro. La sudadera gris que acabo de apartar me cubre los hombros. Llevo auriculares. Una voz metálica anuncia una parada: *"Próxima parada, Plaza Cataluña*. Me bajo deprisa, esquivando cuerpos.

La imagen se corta.

Vuelvo a la habitación.

Saco el móvil de la caja. Es un modelo antiguo, con una pegatina medio arrancada en la parte trasera. Pulso el botón lateral por inercia. Nada. Sin batería, claro.

Aun así, el gesto me provoca una punzada. Lo he hecho antes. Muchas veces.

Lo dejo junto a la cartera.

Bajo la vista.

Hay un sobre manila, grande, en el fondo de la caja. Tiene mi letra. Pone solamente:

DOCUMENTOS

Lo abro.

Dentro hay varias hojas dobladas. La primera es un contrato, o algo muy parecido.

"Fundación Saint Lucius
Programa de Retiro y Restauración"

Empiezo a leer.

"Yo, abajo firmante, acepto participar voluntariamente en el programa de la Fundación Saint Lucius, destinado a facilitar procesos de duelo y reconstrucción personal en un entorno protegido…"

Las palabras se me mezclan. “Voluntariamente”. “Entorno protegido”. “Reconstrucción”. “Participar en una experiencia inmersiva”.

Voy directo al final.

Hay una firma.

La mía.

No la de Margaret, esa que estampo en las listas de la parroquia con cuidado. Es otra: más rápida, más decidida. La misma que escribí anoche en el cuaderno sin darme cuenta.

Sara K. Duncan

La fecha al lado: **Febrero de 2015**.

Mi cabeza hace cálculos que no quiere hacer.

Febrero de 2015: firma de un contrato para entrar en un “retiro” de una fundación.

2015: fecha en la lápida de una tal “Margaret H.”

Trago saliva.

La segunda hoja es un formulario con casillas marcadas.

“Pérdida cercana: hermana.”
“Síntomas: insomnio, rabia, dificultad para integrar el duelo, conducta autodestructiva.”
“Recomendación: programa residencial intensivo.”

En la parte superior, mi nombre: **Sara K. Duncan**. Una dirección en Bristol. Un número de teléfono que, al leerlo, sé que me lo sabía de memoria.

No sé si el mareo viene del golpe, de la avalancha de información o de la sensación de que alguien ha tirado de una alfombra debajo de mi vida.

Dejo las hojas en la cama.

Sigo rebuscando en la caja, casi con rabia.

Encuentro un bloc pequeño, de tapas negras, con elástico. Una Moleskine. Lo abro.

Las primeras páginas están llenas de letra apretada. Mis pensamientos, mis listas, mis rabias.

> *"No soporto que todo el mundo diga que 'está en un lugar mejor'. Mi hermana está muerta. ¿Cómo va a ser un lugar mejor?"*
> *"He buscado terapias, grupos, nada sirve. Solo quiero apagarlo todo."*
> *"Una compañera me habló de un retiro. 'Te desconectan de todo un tiempo, vuelves otra'. Suena a secta. Me da igual."*
> *"He llamado. Suena convincente. 'Fundación Saint Lucius', qué nombre más pomposo. Pero me han dicho algo que me ha atrapado: 'A veces necesitamos vivir otra historia para poder dejar atrás la que nos rompió'."*

Paso páginas.

> *"He firmado. Mamá lloraría si lo supiera. Yo también, pero luego me he reído. Si no funciona, siempre me quedará reírme de esta locura."*
> *"Dicen que es un pueblo. Que todo el entorno está pensado para cuidarnos. Nadie te llama por tu nombre real si no quieres. Puedes ser quien quieras ser."*

La fecha de esa última entrada: **12 de febrero de 2015**.

Mi respiración se vuelve superficial.

Sigo.

Las últimas páginas están arrancadas. Solo quedan restos de papel, como uñas rotas.

Cierro la libreta.

Me doy cuenta de que estoy de pie, no sé cuándo me he levantado. Noto las piernas flojas, la frente húmeda.

Me siento en la cama. Las cosas se dispersan a mi alrededor: carnets, abono, móvil, contrato, libreta.

Todas cuentan la misma historia: hubo una mujer llamada **Sara K. Duncan** que, rota por la muerte de su hermana, decidió entrar en un programa de retiro de una fundación llamada Saint Lucius. Un retiro en un "pueblo".

Y ahora estoy yo, en un pueblo perfecto, casada con un hombre que colabora con esa fundación, con una tumba en el cementerio que lleva mi año de nacimiento y el apellido de mi marido, enterrando a otra Margaret.

- No - susurro.

Es lo único que encuentro.

No sé exactamente a qué le digo que no. Al contrato, a las fotos, al carnet, a la idea de que alguna vez tuve otro apellido, a la posibilidad de que todo esto haya sido, en algún momento, algo que yo misma elegí.

Cojo el carnet de la biblioteca.

Lo miro de nuevo.

La foto me devuelve la mirada. No parece más joven, pero sí más… despierta. Hay algo en los ojos, una chispa que no reconozco en el espejo del armario últimamente.

- ¿Quién eres? - pregunto en voz baja.

La respuesta es obvia. Está impresa tres veces en distintos plásticos.

No es eso lo que pregunto en realidad.

Pregunto: ¿cómo puedo ser esa mujer y también la que hornea tartas en un pueblo que no aparece en ningún contrato? ¿En qué momento exacto dejé de firmar como Sara para convertirme en Margaret? ¿Qué pasó entre esa última frase del cuaderno y mi vida aquí?

Cojo el móvil viejo.

Le doy la vuelta.

En la carcasa, con rotulador negro, hay algo escrito a mano. Letras medio borradas, pero todavía legibles:

“Si dudas, llama a Marta.”

Y, debajo, un número de teléfono.

Marta.

La mujer del pelo rizado, la de la oficina, la que se reía y me llamaba workaholic en los flashes que me visitan a veces.

Parece que, en algún momento, me preparé un salvavidas. Una conexión con una vida que sabía que iba a dejar atrás. Por si acaso.

Miro el móvil actual, sobre la mesilla. El bonito, el moderno. El que Daniel me regaló “cuando el otro murió”.

¿Se puede morir un teléfono?

Se puede borrar. Apagar. Reemplazar.

La casa está en silencio.

Daniel está lejos.

El padre Elías no llega hasta la tarde.

Cojo el contrato otra vez. Lo leo de nuevo.

"Puede implicar cambios temporales de identidad encaminados a facilitar procesos de desapego del yo anterior."

Cambios temporales de identidad.

Quizá el proceso se alargó demasiado.

Quizá alguien decidió que lo temporal debía ser permanente.

O quizá yo misma no quise volver.

La idea me da más miedo que todas las demás juntas.

Recojo los papeles con manos torpes. Los guardo de nuevo en el sobre, sin demasiado orden. Meto la libreta, el carnet, el abono, el móvil, todo.

No cierro la caja del todo. La dejo medio tapada, como si fuera a volver a ella en cualquier momento.

Me levanto.

Voy al baño. Me enjuago la cara con agua fría. Me miro al espejo.

- Te llamas Margaret - digo.

Mis labios forman bien la palabra. La lengua sabe dónde colocar cada letra.

- Te llamas Sara - susurro después.

El pulso se me acelera.

Las dos suenan verdad.

Las dos suenan mentira.

Desde la ventana, llega el sonido lejano de un coche pasando, de un perro ladrando, de una campana marcando la hora.

En algún lugar, a cientos de kilómetros, debe de haber una ciudad con metros, oficinas, cafeterías llenas, donde una mujer con mi cara ha desaparecido hace años sin dejar más rastro que un carnet caducado y una amiga llamada Marta que se pregunta qué demonios pasó.

Vuelvo al dormitorio. La caja gris me espera sobre la cama, abierta.

No he resuelto nada. Solo he abierto la puerta a más preguntas.

Pero hay algo de lo que ya no puedo dudar:

Antes de ser Margaret en Saint Mary’s, fui otra. Y no se lo dije a nadie de aquí.

O, si lo hice, alguien ha trabajado muy duro para que nadie lo recuerde.

CAPÍTULO 10

La llamada

El número me persigue por la casa.

Lo veo cuando cierro la caja, cuando abro un cajón, cuando miro por la ventana. Lo tengo grabado en la retina como si lo hubiera estado marcando toda la vida.

"Si dudas, llama a Marta."

El mensaje en la carcasa del móvil viejo parecía una broma privada. Una de esas cosas que una se escribe sabiendo que se va a olvidar. Para acordarse cuando haga falta.

Ahora hace falta.

El problema es que el teléfono donde está escrito no enciende. Lo he intentado dos veces más, por si acaso, aunque sé perfectamente cómo funciona la batería.

Da igual. El número no está solo ahí.

Lo he copiado.

Está en un papelito doblado dentro del bolsillo trasero de mi vaquero. Lo escribí despacio, comprobando tres veces cada cifra, como si pudiera estropearse al pasarlo de un soporte a otro.

Estoy en la cocina, con el móvil nuevo sobre la mesa.

El reloj de la pared marca las 12:07. Daniel debe de estar ya de camino a la reunión con su fundación, cualquiera que sea el sitio donde se reúnen los que deciden qué vidas necesitan "reescribirse".

Apoyo los dedos sobre el móvil.

Podría marcar ahora mismo.

Si Marta contesta, el mundo que tengo aquí, con sus ventanas blancas y sus tazas ordenadas, se agrietará. Incluso si no contesta, incluso si escucho solo un tono muerto o una voz desconocida diciendo "ese número ya no existe", algo cambiará.

Respiro hondo.

Saco el papelito del bolsillo. Lo abro.

Los números me miran desde la tinta azul.

Empiezo a marcarlos, uno a uno. Cada pitido del teclado es un paso que no estoy segura de querer dar.

Cuando termino, la pantalla muestra un número largo, extranjero. Un pequeño símbolo indica que la llamada será "internacional". Pienso en tarifas, en facturas. Me parece ridículo, en este momento, preocuparme por el precio de una llamada que podría decirme quién soy.

Aprieto el botón de llamada.

El teléfono tarda un segundo en reaccionar. Luego, el tono.

Uno.
Dos.
Tres.

Pienso que no va a contestar nadie. Que me saldrá un operador, una voz grabada, algo burocrático.

Al cuarto tono, salta un mensaje.

- *Este es el buzón de voz de Marta…* - una voz femenina, llena el altavoz.

No es una operadora. No es un robot. Es una voz real, viva, con una ligera risa al final de la frase, como si se hubiera equivocado al grabar y hubiera decidido dejarlo así.

Mi mano aprieta el móvil más de la cuenta.

La voz continúa:

- *Deja un mensaje y te devolveré la llamada, gracias.*

Un pitido corto.

Silencio.

Tengo unos segundos para decidir si hablo o cuelgo. Para decidir si le lanzo a esa voz la bomba de "soy Sara, creo que estoy atrapada en un pueblo que no existe, dime que no estoy loca" o si me guardo esa granada un poco más.

Mi garganta se cierra.

- Hola… - empiezo.

Mi voz suena rarísima, como si fuera la de otra persona probando por primera vez cómo funciona el idioma.

- Soy… - digo, y ahí me quedo.

Soy quién.

¿Margaret, la esposa perfecta de un pueblo que me trata como un símbolo?
¿Sara, la mujer empoderada que firmó un contrato con una fundación que promete reescribir historias?
¿Alguna mezcla extraña de las dos?

El pitido de final de tiempo me sobresalta. La llamada se corta.

La pantalla vuelve a su estado normal. "Llamada finalizada".

No he dicho nada útil. Ni un nombre, ni un lugar, ni una petición.

Solo he hecho ruido.

Pero el corazón me va tan deprisa como si acabara de confesar un crimen.

Me quedo un momento quieta, con el móvil en la mano, escuchando el silencio de la cocina.

Marta existe.

No sé si seguirá usando ese número, si escuchará mis dos sílabas torpes, si reconocerá mi voz detrás del miedo. Pero existe. Eso es más de lo que tenía hace una hora.

Dejo el móvil sobre la mesa.

Mis dedos tiembla un poco. Los escondo en los bolsillos.

◆ ◆ ◆

La necesidad de comprobar más cosas se hace casi física.

Voy al salón. En un rincón hay un pequeño escritorio con el portátil que usamos para "cosas del banco", como dice Daniel. No es un aparato secreto. He visto a otros vecinos con ordenadores similares. El mundo no se detuvo en los límites de este pueblo. En teoría.

Lo abro.

La pantalla tarda unos segundos, con un logo anodino. Aparece el fondo de escritorio: una foto nuestra en la playa de algún sitio cercano. Arena, mar, sol falso.

Hago clic en el icono del navegador.

La página de inicio es la de siempre: noticias locales, un par de titulares aburridos, el pronóstico del tiempo para los próximos días.

En la barra de búsqueda, escribo:

Saint Lucius Foundation

Pulso Enter.

La barra se mueve un poco, como si cargara. Luego se detiene.

La pantalla muestra un mensaje en letras sencillas:

“No se puede acceder a esta página. Compruebe su conexión o consulte con el administrador de red.”

Frunzo el ceño.

La conexión funciona. Lo sé porque las noticias se han actualizado hace un minuto, porque la hora se sincroniza sola. No es un problema de línea.

Borro lo escrito.

Pruebo otra cosa.

Reemplazo de la tarjeta de la biblioteca de Bristol.

Enter.

Mismo resultado.

“No se puede acceder a esta página.”

El estómago se me encoge.

Pruebo algo absurdo, solo para comprobar: escribo el nombre de una receta cualquiera, “receta de tarta de manzana”.

Enter.

Esta vez, la pantalla sí cambia.

Aparecen resultados: páginas de cocina, blogs, videos. Puedo ver fotos de tartas que se parecen a la mía, instrucciones detalladas para una receta que sé de memoria.

Es decir: la red funciona.

Solo parece no funcionar cuando intento salir de cierto perímetro.

Cierro el portátil.

El ruido del cierre me suena más fuerte de lo normal.

◆ ◆ ◆

A mediodía, el timbre me sobresalta.

Tardo un segundo en reaccionar. Luego recuerdo: el padre Elías.

Mi primer impulso es dejar la caja gris tal cual, abierta en la cama, con todos sus contenidos a la vista, como si alguien tuviera que verlos para que sean reales. El segundo, más fuerte, es protegerla.

Subo las escaleras casi de dos en dos, ignorando las protestas de la cabeza.

En el dormitorio, la caja me espera, muda. El carnet de biblioteca, el contrato, la libreta, el móvil viejo, todo esparcido sobre la colcha como pruebas en una mesa de interrogatorio.

Empiezo a juntarlo todo con manos torpes. Meto los papeles en el sobre, la libreta encima, los carnets en la cartera, la cartera a un lado, el móvil al otro. Todo dentro. La tapa encima. Aprieto.

No tengo tiempo de subirla al altillo otra vez. Escucho los golpes del timbre desde abajo, insistentes.

Miro alrededor.

Abro el armario. Aparto ropa colgada. Al fondo, en el suelo, hay una caja de zapatos vacía.

Meto la caja gris dentro del armario, en el rincón más oscuro, detrás de un par de abrigos. Corro las perchas para taparla. Cierro la puerta.

Respiro hondo.

El timbre suena otra vez.

Bajo.

Al abrir, el padre Elías está en el escalón, con su sonrisa exacta y una bolsa de papel en la mano.

- Perdona la insistencia - dice- . Pensé que estarías en la cocina y no quería que corrieras.

- Estaba… arriba - respondo- . Me he entretenido.

Él alza un poco la bolsa.

- Te traigo sopa de parte de las señoras de la parroquia - anuncia- . Se han puesto de acuerdo para alimentarte tanto que no te quede hueco para preocupaciones.

Me aparto para que pase.

- Gracias - digo.

En la cocina, deja la bolsa sobre la encimera. Saca un par de tuppers.

- Habría venido antes, pero ayer estabas muy solicitada - comenta- . Todo el mundo quería una porción de ti.

- Y de tarta - añado.

Sonríe.

- Y de tarta.

Se sienta a la mesa sin que tenga que invitarlo. Es su gesto habitual, como si todas las casas del pueblo fueran extensiones de la parroquia. Me indica con la mano que me siente enfrente.

- ¿Cómo ha ido la mañana? - pregunta.

Pienso en el silencio, en la llamada a Marta, en el mensaje de voz, en la web que no se abre.

- Tranquila - respondo- . He recogido un poco. He descansado.

- ¿Y la cabeza? - insiste.

- Late - digo.

Él asiente, como si eso fuera una respuesta suficiente.

- Daniel me ha llamado desde el coche - comenta- . Está preocupado por ti. Dice que te nota… confundida.

La palabra me hace apretar la mandíbula.

- Es normal - añade- . Un golpe así remueve cosas que ya estaban ahí. Recuerdos antiguos, miedos, insatisfacciones. A veces, una crisis presente resucita crisis pasadas.

- ¿Qué quiere decir? - pregunto.

- Que no todo es culpa de las escaleras - responde, con suavidad- . Había inquietudes en ti antes. Lo hemos hablado. Tus dudas, tus ganas de… otra cosa.

Paso los dedos por el borde de la mesa.

- ¿Le ha contado Daniel lo que… recuerdo? - pregunto.

Sus ojos se afinan apenas.

- Daniel me ha dicho que has hecho comentarios sobre no sentirte tú, sobre vidas diferentes - responde- . No me ha dado detalles. Pero he pensado que, si quieres hablar de ello, aquí estoy.

Respiro hondo.

Podría decirle que he encontrado una caja con documentos que prueban que he tenido otro nombre, otra ciudad, otra vida. Podría ponerle sobre la mesa el contrato de la fundación con su logo, mi firma, mis palabras de entonces.

Podría. Y ver qué hace. Qué cara pone. Qué mentira inventa.

No lo hago.

Todavía no.

- A veces… - empiezo- , cuando cierro los ojos, veo cosas. No de aquí. Oficinas, trenes, una ciudad grande. Gente que creo que conozco, pero no sé de dónde.

Él asiente, como si esperara esa respuesta.

- Imágenes flotantes - dice- . Recuerdos de otros tiempos mezclados con películas, libros, deseos. Es más común de lo que crees.

- No parecen… películas - respondo- . Parecen… míos.

Su silencio dura un segundo más de lo normal.

- Los recuerdos son caprichosos - dice, al final- . Y más cuando estamos sugestionados. Piensa en lo que Daniel te contó de la fundación.

- ¿La fundación? - repito, alerta.

- Saint Lucius - aclara- . Él lleva años trabajando con ellos, ayudando a familias que se sienten perdidas. Historias de gente que ha querido empezar de cero, olvidar pasados dolorosos. - Me mira a los ojos- . Es fácil, para una mente vulnerable, hacerse eco de esas historias. Apropiárselas. Imaginar que también son suyas.

Allí está.

La explicación perfecta.

No es que yo haya sido esa gente.

Es que he escuchado hablar de ellos y me he inventado que lo soy.

- ¿Cree que me las estoy… apropiando? - pregunto.

- No lo digo como acusación - responde- . Lo digo como posibilidad. Cuando escuchamos siempre los mismos relatos, cuando vivimos rodeados de cierto tipo de historias, es natural que las usemos para explicar nuestro propio malestar. Y tú, Margaret, llevas tiempo sintiendo que este lugar no es suficiente para ti. Lo has dicho muchas veces.

Es cierto. En momentos de honestidad, antes incluso del golpe, he dicho que Saint Mary’s se me queda pequeño, que echo de menos la ciudad, el ruido, otro tipo de vida.

- Eso no significa que esa otra vida haya existido - añade- . Solo que la deseas.

O que la he tenido, pienso, y la he perdido.

- ¿Y qué se supone que tengo que hacer? - pregunto, cansada- . ¿Decirme cada mañana que esto es lo único que hay? ¿Que no debo fantasear con otra cosa?

- No se trata de reprimir - dice- . Se trata de distinguir. Entre fantasías que te destruyen y realidades que te sostienen. - Se inclina un poco- . Tu marido, tu hogar, esta comunidad… son reales. Están aquí. Te quieren. ¿Qué te ofrece, en comparación, esa ciudad nebulosa que aparece y desaparece cuando cierras los ojos?

Respuesta rápida: una versión de mí misma que no se siente una pieza de museo. Una vida donde no soy el eslogan de nadie.

- No lo sé - respondo, encogiéndome de hombros.

Él suspira.

- El doctor y yo hemos hablado - dice- . Creemos que sería bueno ajustar un poco tu medicación. Nada dramático. Solo ayudarte a que la mente descanse, que deje de correr en círculos.

La palabra "medicación" me aprieta el estómago.

- No quiero más pastillas - respondo- . Ya se lo dije a Daniel. Me dejan… apagada.

- A veces apagar un poco el ruido es lo que nos permite escuchar la voz correcta - replica- . Si hay algo real debajo de todo esto, no va a desaparecer porque duermas mejor o dejes de tener ataques de pánico.

Lo dice con tanta calma que casi suena razonable.

Casi.

- Pensé que respetarían mi decisión - murmuro.

- Respetamos tu libertad - dice- . Pero también nos preocupa tu bienestar. Cuando una persona empieza a cuestionar todo: su nombre, su historia, la realidad misma… - hace una pausa- , hay que acompañarla. Para que no se pierda.

La palabra acompañar me suena más a "vigilar" que a otra cosa.

- Además - añade- , la fundación también quiere estar al tanto. Daniel me ha dicho que van a revisar algunos casos. Es importante que, cuando hablen contigo, estés centrada.

Mi corazón se acelera.

- ¿Hablar… conmigo? - repito.

- No te preocupes - dice, rápido- . No es nada malo. Una evaluación rutinaria. Revisar que todo esté bien, que el programa cumplió su objetivo, que no hay secuelas.

Programa. Objetivo. Secuelas.

Las palabras caen una tras otra, pesadas.

- ¿Cuándo? - pregunto.

- Pronto - responde- . Daniel te explicará mejor a su vuelta. No quiero adelantarte cosas. - Sonríe- . Solo quiero que sepas que no estás sola en esto. Hay gente que vela por ti.

Vela. Vigila. Decide.

Siento que la silla se me queda pequeña.

El padre Elías se levanta.

- No tienes que darme respuestas hoy - dice- . Solo piénsatelo. Si estás dispuesta a confiar, a dejar que te ayudemos a distinguir lo real de lo que no lo es.

Me gustaría preguntarle qué pasa con las personas que, al distinguir, descubren que lo real es precisamente lo que les dicen que no miren. Qué pasa con las que abren cajas grises y encuentran dentro carnets con otros nombres y contratos firmados en otro mundo.

En vez de eso, asiento.

- Lo pensaré - murmuro.

Él pone una mano en mi hombro.

- Eso es todo lo que te pido - dice- . Y, si te es posible, deja de visitar el cementerio sola por un tiempo. No es un lugar sano para alguien que está intentando mantenerse en el presente.

Lo acompaño a la puerta.

- Rezaré por ti - añade, en el umbral- . Para que encuentres paz en la verdad.

- Gracias - respondo.

Cuando se va, cierro la puerta con más fuerza de la necesaria. El clic me resuena en el pecho.

Subo al dormitorio.

Abro el armario. Aparto los abrigos. Saco la caja gris. La dejo sobre la cama.

La abro.

Los documentos, el carnet, la libreta, todo sigue ahí.

Los toco, uno por uno. Huelen a papel, a tinta, a algo que no tiene nada que ver con este pueblo.

- Esto es verdad - digo en voz baja.

No sé si se lo digo a mí, al padre Elías, a Daniel, a la versión de mí misma que firmó ese contrato hace años. Pero necesito oírlo.

Esto. Es. Verdad.

El resto… ya veremos.

CAPÍTULO 11

La voz del otro mundo

El número me persigue por la casa.

Lo veo cuando cierro la caja, cuando abro un cajón, cuando miro por la ventana. Lo tengo grabado en la retina como si lo hubiera marcado mil veces, como si fuera un viejo reflejo que de repente ha vuelto.

"Si dudas, llama a Marta."

La frase, escrita en el móvil antiguo, parecía una broma privada. Una nota para una yo que ya sabía que iba a necesitar ayuda.

Ahora la necesita.

El problema es que ese móvil no enciende. Lo he intentado varias veces, por puro instinto, aunque sé que la batería está muerta desde hace años.

Da igual. El número ya no está solo ahí.

Lo he copiado en un papelito doblado, que llevo en el bolsillo trasero del vaquero, como si fuera una reliquia.

Estoy en la cocina, con el móvil "nuevo" sobre la mesa.

El reloj marca las 12:07. Daniel debe de estar ya de camino a su reunión con la fundación, esa que siempre se describe con palabras abstractas: casos, perfiles, apoyos. Nunca detalles.

Apoyo los dedos sobre el móvil.

Podría marcar ahora mismo.

Si Marta contesta, el mundo que tengo aquí - la casa, el pueblo, la versión oficial de mi vida- se va a agrietar. Incluso si no contesta, incluso si salta solo un buzón de voz, algo habrá cambiado: habrá una línea, aunque sea rota, entre "aquí" y "fuera".

Respiro hondo.

Saco el papel del bolsillo. Lo abro.

Los números me miran.

Los marco despacio otra vez, uno a uno. Cada pitido del teclado es un paso hacia algo que no sé si quiero ver.

Pienso un segundo en facturas, en tarifas, en el enfado de Daniel por un gasto raro.

Me parece ridículo preocuparme por eso, con todo lo demás.

Pulso llamar.

El tono suena.

Uno.
Dos.
Tres.

Pienso que no va a responder nadie, que saltará directamente un mensaje grabado.

Al cuarto tono, se oye un clic y una voz femenina:

- Hola… has llamado a Marta. Ahora no puedo atenderte, deja el mensaje.

Su voz. Real. Cálida. Con ese deje medio irónico que tenía incluso hablando sola.

Luego, el pitido.

Tengo unos segundos para decidir si hablo o cuelgo. Para decidir si le lanzo a esa voz diez años de silencio de golpe o si me vuelvo a esconder.

Mi garganta se cierra.

- Hola… - digo.

Suena ridículo. Demasiado poco para tanto peso.

- Soy… - empiezo, pero el tiempo del buzón se agota. Un pitido seco corta mi frase.

"Mensaje enviado".

No he dicho nada útil. Solo un saludo y media palabra.

Aun así, el corazón me late como si hubiera confesado un crimen.

Dejo el móvil sobre la mesa.

La cocina está en silencio, pero por dentro hay un ruido constante.

Marta existe.

Su número sigue activo. Su voz está en algún sitio, vivo, grabada, disponible. Eso, comparado con lo que tenía ayer, es un milagro.

◆ ◆ ◆

No me basta.

Necesito oírla de verdad.

La tarde avanza entre pequeñas tareas que no significan nada: enjuagar platos limpios, recolocar tazas, abrir y cerrar la nevera. Cada gesto es una forma de no sentarme simplemente a mirar el teléfono.

Subo al dormitorio. Cojo la libreta negra de la caja gris.

La abro por una página vacía.

Empiezo a escribir, rápido, como si alguien pudiera arrancarme el bolígrafo de la mano en cualquier momento:

¡La caja existe!

He encontrado mi otra vida en una caja.

Carnets, un contrato, mi firma con otro nombre.

Aquí insisten en que todo son "impresiones" por el golpe, pero los documentos no se inventan solos.

Si alguien lee esto algún día: no estoy loca. Al menos, no como dicen.

Me han cambiado de historia y ahora quieren convencerme de que nunca existió la anterior.

La última frase me hace daño al leerla.

Cierro la libreta y la vuelvo a meter en la caja, junto al contrato y los carnets. Escondo la caja en el armario, no en el altillo, sino al fondo, detrás de abrigos y cajas de zapatos, envuelta en una manta vieja. Quiero que esté accesible para mí, pero no para ojos ajenos.

Bajo.

La tarde se vuelve espesa. Enciendo la televisión. Programas que no importan, concursos viejos, anuncios. Apago. Pongo música. La quito. Nada tapa el ruido de fondo.

Al caer la noche, subo a la cama sin hambre. Me tumbo, pero no pego ojo.

Pienso en el cementerio. En la tumba con "Margaret H". En la foto de la otra Margaret en el panel. En el logo de la fundación en la carpeta azul. En la tarjeta de Daniel con la palabra "candidata" escrita a mano.

En la voz de mi madre, que no sé si recuerdo de verdad o me he inventado.

Y en Marta.

En cómo me miraba al otro lado de un escritorio, lanzándome una bola de papel cuando yo me ponía demasiado seria.

Al final, rindo.

Cojo el móvil de la mesilla.

La pantalla ilumina la habitación en azul.

Abro el registro de llamadas. Mi intento de esta mañana está ahí, arriba del todo.

Vuelvo a pulsar el número.

Tono.

Uno.
Dos.
Tres.

- ¿Sí? - contesta una voz, esta vez en directo.

Me quedo muda un segundo.

Es ella. Más grave, quizá. Más cansada. Pero es ella.

- Marta… - susurro.

- ¿Quién es? - pregunta, desconfiada.

Trago saliva. No puedo seguir escondiéndome detrás del miedo.

- Soy yo - digo- . Sara.

Silencio.

Un silencio tan denso que me deja sin respiración.

- No - dice al fin- . No… Esto tiene que ser una broma. ¿Quién eres?

Aprieto el móvil contra la oreja.

- Marta, soy yo - repito- . Sara Duncan.

Decir el apellido es como romper un sello.

Al otro lado escucho un ruido: un golpe, como si hubiera tirado algo, luego pasos rápidos.

- ¿Dónde estás? - pregunta, con la voz rota.

La pregunta me descoloca más que cualquier otra cosa. Me doy cuenta de que no sé responderla bien.

- En un pueblo - respondo- . Saint Mary's. No sé en qué país, ni en qué mapa. Es… como un sitio que no existe fuera de sí mismo.

- ¿Estás bien? - insiste- . ¿Te están haciendo daño?

Cierro los ojos.

La imagen de Daniel sonriendo, del padre Elías rezando, de la señora Collins con su sopa, se mezcla con la de la caja gris y la tumba.

- No me pegan, si es eso - respondo- . Me cuidan. Demasiado. Me dicen quién soy, qué tengo que recordar y qué no.

- Han pasado diez años, Sara - su voz tiembla- . Diez. Un día me dijiste que te ibas a un retiro "un tiempo", que necesitabas desconectar. Después… desapareciste.

Diez.

La cifra me da vértigo.

- ¿Diez? - repito.

- Diez - afirma- . Tu madre me llamó cientos de veces. La policía vino a hablar conmigo. Yo fui a la fundación esa, ¿cómo se llamaba?, Saint Lucius. Me dijeron que estabas bien, que habías completado el programa y que habías decidido "no mantener contacto con nadie de tu vida anterior".

Siento náusea.

- Yo no recuerdo haber decidido eso - murmuro.

- Ya - responde ella, con rabia contenida- . Yo tampoco me lo creí. Pero no tenía pruebas. Solo tenía tu silencio.

Se oye cómo aspira aire, como si intentara ordenar frases demasiado grandes para la boca.

- Tu madre se murió sin saber dónde estabas - añade, en voz más baja- . Se fue con esa pena clavada. Yo la vi hundirse.

La frase me atraviesa como una estaca.

- No lo sabía… - susurro.

- No lo sabías porque alguien decidió que no lo supieras - dice Marta- . Porque alguien se encargó de que tu "nueva vida" fuera lo único que existiera.

Voy notando cómo el temblor de las manos se me sube a los brazos.

- Necesito que me creas - digo- . Aquí todo el mundo insiste en que lo que recuerdo es por el golpe en la cabeza, que me invento cosas, que mezclo historias.

- Te creo - me corta, sin dudar- . Te creía incluso cuando pensaba que estabas muerta. Esto solo confirma lo que siempre he sospechado: que ese sitio no era un retiro, era una trampa.

- Firmé un contrato - admito- . Lo he encontrado. Está mi nombre. Mi firma. Dice cosas bonitas sobre "entornos protegidos" y "reconstrucción del yo".

- Firmaste en un momento roto - responde- . Eso no les da derecho a borrarte.

Oigo un ruido de teclas, como si hubiera abierto el portátil.

- ¿Cómo has dicho que se llama tu pueblo? - pregunta.

- Saint Mary's - repito- . Pero supongo que habrá mil así.

- Más que mil - refunfuña- . Pero da igual. Voy a buscar. A la fundación, a tu expediente, lo que sea. Algo tiene que haber.

- Aquí no puedo buscar nada - explico- . El ordenador funciona para recetas y noticias del pueblo, pero cuando intento buscar la fundación o cualquier cosa de mi vida antes… no carga. Es como si alguien hubiera puesto una barrera.

- Entonces lo haré yo - dice, directa- . Y necesito que tú hagas algo.

- Dime.

- No les digas que has hablado conmigo - su tono se vuelve afilado- . A nadie. Ni a tu marido, ni al cura, ni a nadie. Si han construido todo esto alrededor de ti, no les conviene que recuerdes. Cuanto menos sepan, mejor.

Miro hacia la puerta del dormitorio, como si alguien pudiera estar escuchando detrás.

- Van a venir a "evaluarme" - le cuento- . Lo ha dicho el cura. La fundación quiere revisar "mi caso". Quieren comprobar que el programa funcionó.

- Claro que sí - suena irónica- . Y si descubren que empiezas a hacer preguntas, querrán "ajustarte" otra vez.

La palabra me produce un escalofrío.

- ¿Y qué hago? - pregunto- . ¿Me hago la tonta?

- Exacto - responde- . Finge. Llévales la corriente por fuera, mientras por dentro tomas nota de todo. Y escribe. Todo. Cada cosa rara, cada frase, cada nombre. Si vuelves a desaparecer… - se le quiebra un poco la voz- , necesitaré pistas para encontrarte.

Pienso en la libreta negra, en la entrada que he escrito hoy.

- Ya he empezado - digo.

- Sabía que lo harías - suena casi orgullosa- . No te han borrado del todo, por más que lo intenten.

La conexión hace un pequeño ruido. Un chisporroteo. La señal de la compañía del pueblo nunca ha sido buena para nada que no sea hablar con la farmacia o con la señora Collins.

- Marta… - empiezo.

- Escúchame - me interrumpe- . Puede que tarde un poco en averiguar cosas. No sé qué me voy a encontrar. Puede que incluso me digan que no existes. Pero ahora sé que sí. Y tú sabes que yo estoy ahí. Agárrate a eso. No estás sola en medio de esa obra de teatro.

Me quedo callada.

No recuerdo cuánto tiempo hace que nadie me dice “no estás sola” y suena a verdad.

La línea cruje otra vez.

- Si se corta… - empiezo a decir.

- Volveremos a hablar - me asegura- . Si no contesto, deja mensaje. Voy a anotar este número como “problema a resolver”.

Su manera de decirlo, tan absurda y tan ella, me hace reír y llorar a la vez.

- Marta…

No me da tiempo a más.

Un pitido agudo, luego silencio.

Miro la pantalla.

“Llamada finalizada. Error de conexión.”

Me quedo un momento con el móvil en la mano, escuchando un silencio que no es el del otro lado, sino el de esta casa, este pueblo, este experimento.

Miro los detalles de la llamada.

“Duración: 9 minutos 32 segundos.”

Nueve minutos y medio de vida colándose por una rendija.

Me tumbo de espaldas, el móvil apoyado en el pecho.

Debería estar aterrada. Lo estoy. Porque ahora ya no es solo una sospecha vaga: hay una persona fuera de aquí que confirma que yo fui otra, que desaparecí, que alguien justificó mi ausencia con mentiras.

Pero junto al miedo hay algo más: una tranquilidad rara, pequeñita, que se instala en el centro.

No estoy completamente aislada.

Alguien allá fuera sabe que existo.

Alguien pronuncia mi nombre anterior sin torcerlo, sin dudar, sin intentar corregirme.

Por primera vez desde que abrí los ojos en el hospital, siento que la vida que tuve antes de ser "nuestra Margaret" no es un sueño. Es una historia interrumpida.

Y las historias interrumpidas, a veces, quieren ser terminadas.

CAPÍTULO 12

Buenas noticias

Amanezco con la sensación de haber estado hablando toda la noche.

He soñado con voces, con teléfonos que suenan en habitaciones que no reconozco, con Marta caminando por un pasillo de oficinas mientras grita mi nombre. Me despierto con el corazón acelerado y la garganta seca, como si hubiera estado discutiendo horas.

El móvil está en la mesilla, boca abajo. Lo cojo.

La pantalla muestra la última llamada: el número de Marta, la duración, como una prueba pequeñita de que no me lo he inventado.

Nueve minutos y treinta y dos segundos. Cierro los ojos un segundo.

No les digas que has hablado conmigo. Finge. Y escribe todo.

Su voz se mezcla con la del padre Elías: "el problema no son tus ojos" y "vamos a ajustar la medicación".

Me incorporo. La casa está en silencio. Daniel sigue lejos. Me acuerdo de su promesa: dos días y vuelvo. Y de la otra: la fundación quiere "revisar" mi caso.

Bajo de la cama. Voy directa al armario. Abro.

Aparto los abrigos hasta dejar a la vista el hueco del fondo. La manta vieja está ahí, cubriendo la caja gris. La saco, la pongo sobre la cama. La abro.

Los papeles, la libreta, los carnets, el móvil antiguo. Todo sigue donde lo dejé.

Cojo la libreta. Paso a la última página escrita. Leo lo que anoté ayer. Luego giro.

Página nueva.

Escribo:

> ***Mi tótem***
>
> *Ayer hablé con Marta. Me recuerda. Sabe que firmé algo con la fundación. Me da datos que aquí nunca han mencionado: la policía, mi madre, un funeral sin mí.*
>
> *La fundación le dijo que yo había decidido cortar con todo. Yo no lo recuerdo. El contrato habla de "renunciar a contactos externos durante la experiencia". ¿Cuánto dura una experiencia? ¿Un año? ¿Diez?*
>
> *Aquí hablan de "programa" y "objetivo cumplido". Pero siguen vigilando. Siguen llamándolo "caso".*
>
> *Van a venir a verme. No saben que ya he abierto la caja.*

Repaso la última frase. Me parece peligrosa incluso escrita.

Cierro la libreta, la guardo de nuevo. Esta vez, antes de cerrar la caja, cojo el contrato otra vez. Lo leo mejor, despacio, como si fuera un examen.

Hay un párrafo que ayer pasé por encima:

> *"El participante entiende que, durante el tiempo que dure el programa, podrá ser sometido a intervenciones terapéuticas intensivas, incluyendo técnicas de inmersión ambiental, reestructuración de identidad narrativa y restricción de contactos*

con su entorno previo, siempre con el fin de facilitar el proceso de duelo y reconstrucción."

"Reestructuración de identidad narrativa."

Suena bonito. Suena como si te ayudaran a escribir un libro, no a borrarte del propio.

Más abajo, otra frase:

"El participante renuncia a emprender acciones legales por cualquier alteración en sus recuerdos, hábitos o vínculos personales derivada del programa, siempre que la Fundación actúe dentro de los protocolos establecidos."

Acciones legales. Alteración de recuerdos. Vínculos personales.

Cierro los ojos. Me veo firmando, en una oficina que no es ésta, pensando que nada de eso sería literal. Que exageraban para cubrirse, que al final sería un retiro con ejercicios, charlas y poco más.

No te habrías apuntado, si hubieras creído que iban a construirte un pueblo entero encima.

Cierro el sobre. La caja. La manta. Todo de nuevo al fondo del armario.

Necesito aire.

◆ ◆ ◆

Decido bajar al supermercado.

No tanto porque me falte pan o leche - podría sobrevivir con las existencias de la señora Collins una semana- , sino porque necesito que el pueblo me vea haciendo cosas normales. Que si alguien pregunta por mí, diga: "La vi comprando café. Parecía bien".

Fingir, escribió Marta. Actuar.

En la calle, el sol pega más que la tarde anterior. Las guirnaldas del aniversario ya han desaparecido de la plaza. Solo quedan algunos trozos de cinta pegados por aquí y por allá.

Entro en el pequeño súper.

El timbre de la puerta suena agudo. Detrás del mostrador, el dueño me saluda con una sonrisa.

- Buenos días, Margaret. ¿Mejor de la cabeza?

- Parece que sí - respondo- . Al menos, no he intentado freírme el cerebro en el microondas todavía.

Se ríe.

- Mientras no intentes entrar en la nevera, estaremos bien.

Cojo una cesta. Empiezo a meter cosas casi al azar: pan, leche, azúcar, café. Hago como si repasara mentalmente la despensa, aunque tengo la imagen clara de cada estante.

En el pasillo de los productos de limpieza, me cruzo con la señora Harris.

- Mírala, la superviviente - dice- . ¿Qué tal el día sin marido?

- Tranquilo - respondo- . La casa hace menos ruido.

- Ya, ya - sonríe- . Disfruta, que luego vuelven con más energía.

Va a pasar de largo, pero se detiene, como si recordara algo.

- Ah, por cierto - añade- . El alcalde decía que esta semana viene gente de la fundación. De la de tu marido.

Mi pecho se tensa.

- ¿De Saint Lucius? - pregunto.

- Eso - asiente- . Que si no sé qué evaluación, que revisión, que "dar las gracias al pueblo por la colaboración". Ya sabes cómo habla: todo palabras largas.

Intento que mi voz no suene demasiado interesada.

- ¿Sabes cuándo vienen? - pregunto.

- Creo que mañana o pasado - responde- . Lo dijeron en el bar. Yo no estaba escuchando mucho, la verdad. Solo oí "fundación", "proyecto" y "población ejemplar" y me entró sueño.

"Población ejemplar". Suena a jaula limpia.

- Bueno, me alegra que nos consideren ejemplares - digo, neutra.

- A algunos más que a otros - murmura ella, con una sonrisa torcida- . En fin, no te entretengo. Si necesitas algo estos días, ya sabes dónde estamos.

Cuando se va, me quedo un segundo con la cesta colgando de la mano.

Mañana o pasado.

Elías no había sido tan concreto. Claro, a él le gusta administrar la información como se administra un medicamento fuerte: poco a poco, bajo su control.

Termino de llenar la cesta sin pensar demasiado en qué compro. En la caja, el dueño pasa los productos con el pitido constante del lector.

- Por cierto, Daniel ha dejado dicho que si necesitas que te lleven algo a casa, se lo diga - comenta- . Que no quiere que cargues peso.

Me muerdo la lengua antes de responder lo que me gustaría.

- Estoy bien - digo- . Pero gracias.

Pago. Salgo.

En la calle, el calor parece más denso. Van a venir a verme.

No sé quién exactamente. Un médico, una psicóloga, un "coordinador de programa". Gente con sonrisas suaves y vocabulario muy cuidado.

No saben que ya he leído mi contrato. No saben que ya he hablado con alguien de fuera. No saben que, cada vez que dicen

“reconstrucción”, yo escucho “borrado”.

◆ ◆ ◆

Al llegar a casa, dejo la compra en la encimera. Me sirvo un vaso de agua. No tengo hambre.

Estoy guardando los envases en la despensa cuando suena el teléfono fijo.

Lo tengo casi olvidado. Casi todo el mundo llama al móvil, menos las señoras mayores, el médico y el ayuntamiento cuando quiere que vayas a algo.

El sonido me hace pegar un salto.

Lo dejo sonar dos veces antes de descolgar. No sé por qué. Como si necesitaran el esfuerzo extra.

- ¿Sí? - digo.

- ¿Margaret Holloway? - pregunta una voz femenina, muy clara, muy correcta.

- Sí - respondo.

- Buenos días, Margaret. Habla la doctora Lucía Ward, de la Fundación Saint Lucius. No sé si recuerda nuestro nombre.

Lo recuerdo demasiado. Mi mano aprieta el auricular.

- Sí, claro - miento- . Daniel colabora con ustedes, ¿no?

- Exacto - dice, amable- . Antes de nada, ¿cómo te encuentras tras el accidente?

La pregunta suena a protocolo.

- Un poco cansada, pero bien - respondo- . Nada grave, por suerte.

- Nos alegra oírlo - dice- . Verás, te llamo porque, como seguramente te habrá comentado tu marido y el padre Elías,

estamos realizando una revisión de seguimiento con algunos participantes de programas antiguos. Es algo rutinario, una especie de "¿cómo estás?" ampliado. Nada de lo que preocuparse.

Participantes.

Programas antiguos.

"Programas antiguos" que se supone que terminé hace diez años, pero que siguen revisando.

- Daniel mencionó algo - digo- . No me explicó mucho.

- Es normal, va siempre muy ocupado - su tono implica que Daniel es una especie de héroe entregado- . Nos gustaría concertar una pequeña entrevista contigo. Una conversación tranquila, para comprobar que te sientes bien, que no arrastras secuelas del proceso y, si las hubiera, ver cómo podemos ayudarte.

"Secuelas del proceso". Me trago mil palabras.

- De acuerdo - respondo- . ¿Cuándo?

- Mañana por la tarde, si te encaja - dice- . Hemos hablado con el doctor del pueblo y con el padre Elías. Nos han ofrecido la consulta del centro médico, es un lugar cómodo y conocido para ti. Queremos que te sientas en casa.

- Está bien - digo- . Mañana por la tarde puedo.

- Perfecto. Seremos dos personas: yo, que ya conoces - la voz sonríe al otro lado, como si realmente la conociera- , y un compañero del equipo de evaluación. No durará más de una hora. No es un examen, no hay respuestas correctas o incorrectas. Solo queremos escucharte.

"Ya conoces".

Podría decirle que no la recuerdo. Que mi mente ha borrado su cara junto con otras muchas. Pero eso sería darles un arma.

- Claro - contesto- . Gracias por avisar.

Hay un silencio breve. Luego, la doctora baja un tono la voz, como si entrara en una zona más íntima del guión.

- A veces, después de una experiencia intensa - dice- , es normal que la mente busque explicaciones en sitios equivocados. Que aparezcan sensaciones de irrealidad, de desconexión, de "esta no es mi vida", cosas así. Sobre todo si, además, has pasado por un accidente reciente. No estás sola en eso.

La frase se me clava.

- ¿El padre Elías le ha contado… lo que le dije? - pregunto, sin poder evitarlo.

- No detalles - responde enseguida- . Solo que te sientes confundida, que mencionas recuerdos que no encajan. Y eso, Margaret, es algo que nos tomamos muy en serio. Por eso queremos verte. Para sostener lo que sí es real, y ayudarte a soltar lo que es ruido.

Sostener. Soltar. Real. Ruido.

La conversación se empieza a parecer demasiado a las palabras del contrato.

- Entiendo - murmuro.

- Quiero que sepas algo - añade- . En su momento, cuando entraste en el programa, fuiste muy valiente. Decidiste hacer algo difícil para salir de un dolor enorme. No todos se atreven. Nosotros estamos agradecidos por la confianza que depositaste en la fundación. Y queremos honrar esa confianza ahora.

Valiente.

No recuerdo sentirme valiente, solo desesperada. Pero la palabra está bien elegida: convierte una posible víctima en alguien que participó activamente. Quita culpa a quien diseñó el sistema.

- Gracias - digo, sin fe.

- ¿Te parece bien mañana a las cinco? - pregunta, recuperando el tono práctico- . Así damos tiempo a que descanse después de

comer.

- Sí, a las cinco está bien.

- Perfecto. Entonces, mañana nos vemos. Si en algún momento te sientes angustiada antes de la cita, puedes hablar con el padre Elías, como siempre, o con tu médico. Estás en buenas manos.

No le creo.

Pero entiendo el mensaje: estamos todos en contacto, nos hablamos entre nosotros, sabemos lo que te pasa.

- De acuerdo - respondo.

- Hasta mañana, Margaret - se despide- . Y gracias por tu disponibilidad.

Cuelgo.

El silencio que queda después pesa más que la llamada.

Me quedo un momento con el teléfono todavía en la mano, mirando la pared de la cocina.

"Mañana nos vemos."

Mañana dos personas de la fundación entrarán en este pueblo, en mi consulta, en mi cabeza, con la excusa de un "seguimiento rutinario".

No les voy a contar lo de Marta.

No les voy a hablar de la caja gris.

No les voy a enseñar el contrato que ya he leído.

Pero necesito saber qué saben ellos.

◆ ◆ ◆

Subo al dormitorio casi sin tocar los peldaños.

Abro el armario. Saco la caja. Cojo la libreta. Me siento en la cama y empiezo a escribir, rápido, antes de olvidar frases, tonos, inflexiones.

- Doctora Ward, Fundación Saint Lucius.

- "Programa antiguo", "revisión rutinaria", "seguimiento".

- La cita, mañana a las cinco, en la consulta del pueblo. Vendrán dos.

- Palabras clave: "secuelas del proceso", "sostener lo real", "soltar el ruido", "valiente por entrar en el programa", "agradecidos por la confianza".

- Elías ya les ha contado que tengo recuerdos que no encajan.

- Hablan de mis dudas como si fueran contagiosas, algo que hay que "contener".

Escribo casi sin respirar.

Luego, debajo, añado:

> *Marta dice que buscará información fuera. Yo tengo que ganar tiempo dentro.*
>
> *En la entrevista, fingiré que acepto su versión. Pero también les escucharé como si estuviera tomando declaración.*
>
> *Si esto es un experimento, mañana vienen dos personas que conocen el diseño.*

Termino la frase y dejo el bolígrafo.

Me tumbo un momento, con la libreta apoyada en el pecho.

Siento el peso de todo lo que no sé todavía: qué pasó exactamente entre 2015 y la primera vez que pisé esta casa, qué fue de la otra Margaret, qué papel juega realmente Daniel, quién firmó qué cosas sin que yo supiera, cuánta gente más ha pasado por este mismo filtro.

Pero, a la vez, tengo algo que hace una semana no tenía: un mapa, por muy borroso que sea.

Sé que hubo una Sara que firmó. Que hubo una familia fuera. Que hubo una amiga que no ha dejado de buscar.

Sé que la fundación miente.

Sé que el pueblo no es tan inocente como parece.

Cierro los ojos.

Mañana, dos personas entrarán convencidas de que se sientan frente a una "paciente" más, una ficha en su estadística, un "caso" a evaluar.

Pienso en la frase del cartel de la fundación en el panel de anuncios: "Algunas historias merecen ser reescritas."

Sonrío, sin alegría.

Tal vez tengan razón.

Lo que no saben es que, esta vez, yo también voy a escribir.

CAPÍTULO 13

Evaluación

Paso la mañana entera fingiendo que no estoy esperando nada. Recojo la casa, pongo una lavadora, hago una lista de cosas que no necesito. Cada vez que miro el reloj, el tiempo parece burlarse de mí. La cita es a las cinco y mi cuerpo lo ha entendido como un examen silencioso, uno en el que nadie levanta la voz, pero en el que se decide qué parte de mí es válida y cuál conviene corregir.

La doctora Ward dijo "no es un examen", pero no hay palabra más parecida a un juicio que evaluación.

A mediodía, la señora Collins aparece en la puerta sin llamar.

- Solo vengo a comprobar que sigues viva - dice, asomándose con un táper- . Y a dejarte lentejas. Las lentejas son buenas para todo, incluso para estas cosas.

- ¿Estas cosas? - repito.

- La visita de la fundación - responde, sin bajar la voz- . Evaluación, lo ha llamado el padre Elías. Pero a mí me suena a que vienen a ver si sigues cumpliendo la norma.

La dejo pasar. Su presencia llena la cocina como un olor persistente.

- Son médicos - miento- . Quieren asegurarse de que estoy bien.

- Eso dicen siempre - refunfuña mientras deja el táper en la encimera- . Es por tu bien, Margaret. - imita una voz grave- . Al final, los únicos que deciden qué es bueno para ti… son otros.

Me mira con atención.

- Pero tú ya eres mayorcita - añade- . No te dejes tratar como a una niña.

El consejo me desconcierta. La señora Collins suele ser más partidaria de obedecer que de cuestionar.

- Lo tendré en cuenta - respondo.

Antes de irse, rebusca en el bolso y saca un crucifijo de madera.

- Llévalo en el bolsillo. Para distraerte si te pones nerviosa. No hace milagros, pero ocupa la mano.

Lo acepto. No sé si me calma o me enfada.

Cuando se va, lo guardo en el pantalón. No porque crea que vaya a protegerme, sino porque necesito algo que apretar que no sea mi propia piel.

A las cuatro y media salgo de casa. He elegido la ropa con cuidado: vestido sencillo, zapatos planos, el pelo recogido de forma que se vea la venda. Que parezca que me cuido. Que no soy un problema. Que sigo siendo una Margaret, solo un poco confundida.

El centro médico está a dos calles de la plaza. Por fuera es el de siempre. Por dentro, hoy, parece más pequeño.

En la sala de espera solo hay una madre con un niño resfriado. La recepcionista levanta la vista.

- Buenas tardes, Margaret. Puedes pasar directamente a la consulta dos. Te están esperando.

No tengo que esperar. Eso debería tranquilizarme. No lo hace.

Camino por el pasillo decorado con pósters de órganos y dibujos infantiles. Al fondo, la puerta con el número 2.

Respiro. Llamo.

- Adelante - dice una voz de mujer.

La consulta es la misma de siempre, pero hay detalles nuevos: una carpeta azul con el logo de la fundación, dos vasos de plástico con agua, dos sillas colocadas frente al escritorio.

Detrás de la mesa está ella. Cuarenta y tantos, moño impecable, traje claro. Ojos grises, atentos. A su lado, un hombre más joven, sin bata, con un cuaderno en la mano. No parece médico. Parece alguien que observa y decide.

- Margaret - dice la mujer, levantándose- . Qué alegría verte.

Me da dos besos con familiaridad medida.

- Doctora Ward - respondo.

- Lucía, por favor. Ya nos tuteábamos - sonríe- . ¿Te acuerdas?

No me acuerdo, pero asiento.

- Y él es Manuel - añade- . Del equipo de evaluación.

Manuel inclina la cabeza, sin acercarse demasiado.

Nos sentamos.

- Antes de nada - dice Lucía- , ¿cómo estás? No en términos médicos. Tú.

- Confundida - respondo- . Cansada. El golpe no ha ayudado.

Asiente, como si confirmara un dato previsto.

- Los traumatismos remueven muchas cosas - dice- . A veces incluso abren oportunidades.

La palabra oportunidad me incomoda.

- ¿Oportunidad para qué?

- Para revisar - responde- . Cuando algo se tambalea, podemos mirar la estructura entera.

Manuel anota. No todo. Solo palabras sueltas.

- Como ya te habrá contado Elías - continúa Lucía- , estamos haciendo seguimiento de antiguos participantes. Tú entraste hace tiempo. - Me mira- . No verte no significa que te hayamos olvidado.

Eso es justo lo que da miedo.

- No recuerdo bien esa etapa - admito- . Solo fragmentos.

- Es normal - dice- . El programa trabaja con memoria y narrativa personal. No necesitamos que recuerdes cada sesión. Nos interesa cómo estás ahora.

- Te haré algunas preguntas - añade- . No hay respuestas correctas. Si algo te incomoda, lo dices.

Asiento.

- Desde el accidente, ¿qué es lo que más te inquieta?

No pregunta si estoy bien. Pregunta qué se ha roto.

- Lagunas - respondo- . Y recuerdos que no sé si son míos.

- ¿Por ejemplo?

- Ciudades. Oficinas. Un metro. Gente que no es de aquí.

Lucía no se sorprende.

- Es coherente con tu historia - dice- . Antes del programa vivías en una ciudad grande. Mucha exigencia, mucho ruido. Es lógico que tu mente recurra a esas imágenes cuando algo no encaja.

Me quedo fría. No porque lo diga, sino porque lo confirma.

- El problema - continúa- es cuando esas imágenes empiezan a ocupar el lugar de tu vida actual.

- Elías dice algo parecido - murmuro.

- Elías ha sido clave en tu proceso - asiente- . ¿Sientes que el pueblo te sostiene?

La pregunta tiene trampa.

- A veces - respondo- . Otras me siento fuera de lugar.

- ¿Desde cuándo? - interviene Manuel.

- Desde antes del golpe - admito- . Nunca he terminado de encajar del todo en la forma de vida de aquí.

- ¿Cómo la definirías? - pregunta Lucía.

- Cerrada - digo- . Muy controlada. Hay una forma correcta de ser.

Lucía asiente.

- Siempre fuiste inconformista - dice- . Aquí hiciste el esfuerzo de adoptar otro papel.

Papel.

- El objetivo nunca fue borrarte - continúa- . Fue darte un espacio donde el dolor por tu hermana no lo ocupase todo.

Lo dice como un diagnóstico.

- ¿Crees que lo ha conseguido? - pregunta Manuel.

- A ratos - respondo- . Otras veces siento que he desaparecido dentro de un decorado.

Lucía me observa con atención.

- ¿Te sientes desaparecida ahora?

Pienso en Marta. En mi nombre.

- Menos que hace una semana.

- ¿Por qué?

- Porque he empezado a escribir.

Manuel anota más rápido.

- Es buena idea - dice Lucía- , siempre que no alimente fantasías dañinas.

- ¿Y si no sé distinguirlas? - pregunto.

- Para eso estamos - responde- . Para ayudarte a discriminar.

Silencio.

- Hay algo más - añado.

- Dime.

- A veces no me veo como Margaret. Me veo con otro nombre.

La tensión sube apenas un grado. Manuel se tensa. Lucía se detiene un segundo.

- ¿Qué nombre? - pregunta.

- Sara.

Se miran. Rápido. Profesional.

- Ese nombre apareció en el programa - dice Lucía- . Lo trabajamos juntas.

- ¿Cómo?

- Como una metáfora. Tu versión anterior. Decidiste dejarla atrás.

- Entonces no es real.

- No es el nombre que tiene sentido hoy - responde- . Darle demasiado peso podría romper lo que has construido.

- ¿Y si lo construido se levantó sobre algo que no era mío? - pienso.

No lo digo.

- Nada de lo vivido aquí es falso - interviene Manuel- . Tus vínculos son reales. Tu relación con Daniel… también. - Hace una pausa- . ¿No?

- Sí - respondo- . Eso es lo que más me confunde.

Lucía sonríe, satisfecha.

- Eso significa que funcionó - dice- . Y por eso hay que protegerlo de voces que intenten deshacerlo.

- Quiero preguntarte algo - añade- . Sin pensarlo. ¿Confías en Daniel?

- Sí.

Y por dentro: no del todo.

- ¿Y en Elías?

- Confío en que cree que hace lo correcto.

- Respuesta muy tuya - dice Lucía- . Matizada.

Hace una nota mental.

- Si empiezas a comportarte como alguien que no pertenece - continúa- , los demás terminarán tratándote como tal. Y eso puede ser peligroso.

- Ya tuvimos problemas con eso en el pasado - añade.

No explica cuáles.

- Y no queremos repetirlo - dice, suave.

Siento frío.

- En resumen - continúa- , vemos estabilidad funcional. Detectamos intrusiones que conviene suavizar.

- ¿Cómo?

- Con un ajuste en la medicación - dice- . Lo justo para bajar el volumen.

- No quiero estar dormida.

- No hablamos de dormir - responde- . Hablamos de descanso.

Mentira amable.

- Lo hablaremos con tu médico. Y con Daniel. No imponemos nada. Recomendamos.

- Otra cosa - dice Manuel- . Si vuelve ese pensamiento de esto no es real, compártelo con alguien. No te lo guardes.

- ¿Daniel?

- Con él. Con Elías. O con nosotros.

La red se cierra.

- ¿Puedo preguntar algo yo? - digo.

- Claro.

- ¿Ha habido más gente como yo en este pueblo?

Lucía sonríe.

- La fundación trabaja con muchas personas. No puedo hablar de otros casos.

- No hablo de la fundación - preciso- . Hablo de aquí.

Una sombra le cruza el rostro.

- Saint Mary's ha sido muy generoso con el programa - dice al final.

- ¿Y si necesito salir de aquí?

El aire se vuelve denso.

- ¿Quieres salir? - pregunta.

- No lo sé.

- Si algún día esa necesidad es clara, la hablaremos - dice- . Sin decisiones impulsivas. No queremos volver a ciertas ideas del pasado.

Asiento. He llegado al límite.

- Gracias por tu honestidad - dice- . Has hecho un buen trabajo.

Buen trabajo.

Al salir, Elías espera en el pasillo.

- ¿Qué tal?

- Dicen que estoy bastante bien.

- Yo también lo pensaba - responde.

Ahora lo oigo claro: ellos piensan como él.

- Evita el cementerio una temporada - añade- . Hay lugares que no conviene visitar cuando la mente está frágil.

- También lo han dicho ellos.

- Sabios - sonríe- . Y discretos.

Salgo a la calle. El aire sabe distinto.

Al doblar la esquina, miro atrás. A través de la ventana veo a Lucía guardando papeles. Manuel habla por teléfono. Lucía levanta la vista. Baja la persiana a medias.

Camino.

En el bolsillo, el crucifijo. En la cabeza, una certeza nueva:

Mi historia no la escribe una sola persona.

Pero ya no soy solo un expediente.

Tengo una libreta.

Tengo una voz al otro lado del teléfono.

Y tengo un nombre que, cuando lo digo, hace que crucen miradas.

CAPÍTULO 14

Después de la evaluación

Daniel está en casa cuando vuelvo.

No debería sorprenderme, pero lo hace. Normalmente llega más tarde, después de pasar por la parroquia o por alguno de esos recados que nunca concreta del todo. Hoy está sentado en la mesa de la cocina, con una taza de café entre las manos, como si llevara un rato esperándome.

- Elías me ha dicho que ya habías salido - dice, levantando la vista- . ¿Todo bien?

No me pregunta cómo ha ido. Me observa.

- Supongo - respondo, dejando el bolso en la encimera- . Ha sido largo.

Asiente, como si ya lo supiera.

- ¿Te han dicho algo? - pregunta- . ¿Algún ajuste?

Ahí está la palabra. *Ajuste*.

- Han hablado de ello - digo- . Nada cerrado.

Daniel da un sorbo al café.

- Bueno - responde- . Si lo recomiendan, será para ayudarte.

No suena autoritario. Suena razonable. Eso es lo que más me inquieta.

- ¿Elías te ha contado algo más? - pregunto, fingiendo indiferencia.

- Solo que estabas cansada - dice- . Que hoy mejor tomárselo con calma.

Me quito el abrigo despacio. Siento el peso del día en los hombros.

- ¿Te preocupa? - pregunta, al verme más callada.

- Un poco - admito- . No me gusta la sensación de que decidan cosas sobre mí sin que yo esté delante.

Daniel frunce el ceño, como si buscara las palabras adecuadas.

- No están decidiendo por ti - dice- . Están acompañándote. Es distinto.

Acompañar. Otra palabra compartida.

- ¿Y tú? - pregunto- . ¿También me acompañas o informas?

Me mira sorprendido.

- ¿A qué te refieres?

- A que todo el mundo parece saber cómo estoy sin que yo lo diga - respondo- . Elías, la doctora, ahora tú.

Daniel deja la taza en la mesa.

- No es así - dice- . Es un pueblo pequeño. La gente se preocupa.

- La gente no - contesto- . La fundación.

Se hace un silencio incómodo.

- Escucha - dice al fin- . Sé que estás removida. Pero eso no significa que todo sea una conspiración.

No he dicho conspiración.

- No lo digo yo - respondo- . Lo dice la forma en que hablan. Como si yo fuera… una fase.

Daniel suspira.

- No eres una fase - dice- . Eres mi mujer.

Lo dice con una convicción que me desarma un segundo. Pero justo después añade:

- Y también eres alguien que pasó por algo muy duro. Ellos lo saben. Yo lo sé.

Ellos. Yo.

- ¿Sabías que hoy venían? - pregunto.

- Sí - responde- . Me avisaron hace unos días.

- ¿Y no te pareció importante decírmelo?

- No quería ponerte más nerviosa.

Otra decisión tomada por mí.

- ¿Habéis hablado de mí? - pregunto.

Daniel duda lo justo para que lo note.

- Lo normal - dice- . De cómo estás. De si duermes bien. De si comes.

- ¿Y de mi libreta?

Se queda quieto.

- ¿Qué libreta?

- Nada - respondo- . Da igual.

Me aparto hacia el fregadero, fingiendo que busco algo. Abro un cajón. Mi libreta no está ahí. Tampoco en el siguiente.

- ¿Buscas algo? - pregunta Daniel.

- La libreta donde escribo - digo- . Estaba aquí.

- Ah - responde- . La moví antes. Para limpiar.

- ¿Dónde la has puesto?

- En el dormitorio.

Voy hacia allí sin contestar. Está sobre la mesilla, perfectamente alineada, como si alguien la hubiera colocado con cuidado. La abro. Las páginas están igual. No noto nada fuera de lugar.

Aun así, la sensación no se va.

- No la leas - digo desde la puerta.

Daniel aparece detrás de mí.

- No lo he hecho - responde- . No tengo por qué.

No dice *no quiero*. Dice *no tengo por qué*.

- Lucía ha dicho que escribir puede ser contraproducente - añade- . Que depende de cómo lo hagas.

- Lucía no me conoce - respondo.

- Te conoce más de lo que crees - dice- . Y no quiere hacerte daño.

Cierro la libreta.

- Nadie quiere - digo- . Eso es lo curioso.

Volvemos a la cocina. Daniel se acerca y me toca el hombro.

- Descansa hoy - dice- . Mañana será otro día.

- ¿Otro día igual? - pregunto.

- Más tranquilo - responde- . Si hacemos lo que recomiendan.

- ¿Y si no?

Daniel me mira con una seriedad que no le había visto antes.

- Entonces - dice- , será más difícil para todos.

No levanta la voz. No amenaza. Pero la frase queda suspendida entre nosotros.

Llaman a la puerta.

Daniel va a abrir. Es la señora Collins.

- Solo pasaba a ver si habías vuelto bien - dice- . Elías me ha dicho que había sido un día intenso.

Otra vez Elías.

- Estoy bien - respondo.

- Me alegro - dice- . Ya sabes, hija, déjate cuidar.

Cierra la puerta. El silencio vuelve a instalarse.

- ¿Te apetece cenar algo ligero? - pregunta Daniel- . No te fuerces.

Asiento. No tengo fuerzas para discutir.

Más tarde, cuando me acuesto, él apaga la luz antes de lo habitual.

- Buenas noches Margi, te he echado de menos.- dice.

- Buenas noches.

Tardo en dormirme. Cuando lo hago, sueño con una sala blanca, con sillas alineadas y una carpeta azul sobre una mesa. Alguien escribe mi nombre. No veo quién.

Me despierto sobresaltada.

Daniel duerme a mi lado.

Afuera, el pueblo está en silencio.

Pienso en la frase de Lucía. *No queremos repetirlo.*

Y entiendo algo que no me habían dicho explícitamente, pero que ahora resulta evidente:

La evaluación no ha terminado.

Solo ha cambiado de forma.

◆ ◆ ◆

Esa noche, Daniel cae rendido enseguida.

Respira profundo, pesado. A ratos se mueve, como si soñara algo inquieto. Murmura mi nombre alguna vez.

Yo no puedo dormir.

Me quedo tumbada boca arriba, mirando la oscuridad del techo. Cada vez que cierro los ojos, veo dos imágenes superpuestas: la tumba de "Margaret H." y la carpeta con "preselección de perfiles".

En algún momento, el móvil vibra sobre la mesilla.

Daniel ni se inmuta.

Lo cojo con cuidado, girándome de lado para que la luz de la pantalla no le dé en la cara.

Un mensaje.

Número desconocido, pero el prefijo es el mismo que el de Marta.

> *"Soy yo. No guardes este número con mi nombre. He encontrado cosas. Necesito ordenar bien antes de contártelas. Solo una cosa importante por ahora: la fundación que tú crees conocer NO tiene registrado que hayas estado ingresada nunca. Hablamos pronto. Y por favor, no confíes en nadie de ahí con esto."*

El corazón me da un vuelco tan fuerte que tengo que apretar los labios para no hacer ruido.

Releo la frase clave varias veces:

"NO tiene registrado que hayas estado ingresada nunca."

La luz de la pantalla se atenúa. Bloqueo el móvil. Lo dejo boca abajo.

En la penumbra, escucho la respiración de Daniel, constante.

La fundación existe. Mis papeles también. Pero, para ellos, yo nunca estuve donde digo haber estado.

Entonces… ¿dónde he estado estos años?

Miro hacia la ventana. Desde aquí no se ve el pueblo, solo un trozo de cielo oscuro.

Por primera vez, la idea se forma con una claridad brutal:

Quizá no estoy dentro de un programa. Quizá estoy fuera de él. En una copia.

En un lugar construido para parecer cura… y ser otra cosa.

Extiendo la mano hacia el borde de la cama, hasta tocar la espalda de Daniel.

Él se mueve un poco, medio dormido, y se acerca más, buscando mi calor. Me rodea la cintura.

Para él, este abrazo debe de ser lo más normal del mundo.

Para mí, esta noche, es otra cosa: la sensación de estar pegada al hombre que me salvó de algo…o que me entregó, sin saberlo o sabiendo demasiado, a una vida que nunca fue la que firmé.

CAPÍTULO 15

El hombre del jardín

Me despierto con la sensación de haber estado conteniendo el aire toda la noche.

No recuerdo ningún sueño concreto, solo una sucesión de imágenes sueltas: un pasillo blanco, una puerta que no se abre, una mano que me sujeta la muñeca con demasiada fuerza. Nada definido. Solo el cuerpo reaccionando antes que la cabeza.

Daniel duerme a mi lado. Respira profundo, regular, como alguien que no tiene nada que temer. En algún momento ha buscado mi cintura con el brazo, como si incluso dormido necesitara comprobar que sigo ahí.

Me quedo quieta. No quiero despertarlo.

La frase del mensaje de Marta vuelve a aparecer, insistente, como un zumbido que no se apaga:

La fundación que tú crees conocer NO tiene registrado que hayas estado ingresada nunca.

Nunca.

Eso significa que, o Marta se equivoca - y no suele hacerlo- , o hay una parte entera de mi vida que no existe para quienes supuestamente la gestionaron.

Me incorporo despacio. Daniel se mueve un poco, murmura algo incomprensible, pero no se despierta. Salgo del dormitorio con cuidado.

En la cocina, el silencio pesa. Me preparo un café sin encender la luz grande, solo la pequeña sobre la encimera. Mientras espero a que hierva el agua, miro por la ventana.

El pueblo empieza a moverse. Muy despacio. Como siempre.

Es esa calma lo que más me inquieta. No hay prisas, no hay sobresaltos. Todo parece exactamente donde debe estar. Y yo, cada vez más, siento que soy lo único mal colocado.

Salgo a la calle con la taza aún caliente entre las manos. El aire de la mañana es fresco. Hay olor a tierra húmeda. El sonido de una manguera.

Lo veo antes de pensar en él.

Tom.

Está en el jardín de la casa de los Brown, inclinado sobre un parterre. Lleva guantes, gorra, ropa de trabajo. La misma imagen de siempre. Si alguien me preguntara, diría que forma parte del paisaje, como los setos o los bancos de la plaza.

Pero hoy levanta la cabeza.

No me mira directamente al principio. Es como si notara algo en el aire, una variación mínima. Luego sus ojos se cruzan con los míos.

No sonríe. No frunce el ceño. No hace nada.

Y, aun así, siento el impacto físico de la mirada. Como si hubiera dicho algo en voz alta sin mover los labios.

Sigo caminando. No quiero que note que me incomoda, aunque sé que ya lo ha notado.

- Buenos días, Margaret - dice al pasar junto a mí.

Su voz es grave, tranquila. Demasiado tranquila.

- Buenos días - respondo, obligándome a sonar normal.

- Hace fresco hoy - añade, como si habláramos del tiempo por costumbre.

- Sí.

Doy dos pasos más. Luego me detengo.

- Tom - digo, girándome.

Él se vuelve despacio.

- ¿Sí?

Hay algo en su forma de esperar que me pone nerviosa. No parece sorprendido. Parece disponible.

- ¿Nos conocemos de antes? - pregunto.

No sé por qué lo digo. La pregunta sale sola.

Tom me observa un segundo más de lo necesario. No parece buscar una respuesta. Parece evaluar si debe darla.

- Aquí nos conocemos todos - responde al fin- . Es un pueblo pequeño.

No es un "no". Tampoco es un "sí".

- Me refería a… antes de aquí - aclaro.

Se quita el guante de una mano con calma.

- No que yo recuerde - dice- . Pero la memoria es caprichosa.

Asiento. No sé qué decir después de eso.

- Cuídese, Margaret - añade- . El suelo resbala a estas horas.

Se gira de nuevo hacia el jardín, dando la conversación por terminada.

Sigo caminando, pero algo se me ha quedado enganchado por dentro. La frase. El tono. Como si no hablara del suelo.

Vuelvo a casa con la sensación de haber fallado una prueba que no sabía que estaba haciendo.

Daniel ya está despierto cuando entro. Está vestido, revisando el móvil.

- ¿Has salido? - pregunta.

- A dar una vuelta - respondo.

- Hace fresco.

La misma frase que Tom.

- Sí.

Me observa con atención.

- ¿Te encuentras bien?

- Eso parece - digo.

- Elías llamó antes - añade- . Quería saber cómo estabas después de ayer.

- ¿Y qué le has dicho?

- Que estabas cansada. Que necesitabas descansar.

Otra vez decisiones tomadas en mi nombre.

- Daniel - digo- , ¿qué sabes tú exactamente de la fundación?

Se queda quieto un instante. Luego deja el móvil sobre la mesa.

- Lo necesario - responde- . Que te ayudaron cuando estabas mal. Que te dieron una oportunidad de empezar de nuevo.

- ¿Y estuve ingresada?

- Sí.

- ¿Dónde?

- En uno de sus centros - dice- . No recuerdo el nombre.

- ¿Nunca lo visitaste?

- No era ese tipo de programa - responde- . Era más… discreto.

Discreto.

- ¿Nunca te pareció raro? - insisto.

Daniel suspira.

- Me pareció necesario - dice- . Tú estabas rota, Sara.

Me llama Sara sin darse cuenta.

Nos miramos.

- Perdón - corrige- . Margaret.

Pero ya es tarde. El nombre ha caído entre nosotros como un objeto frágil.

- ¿Quién más sabe que me llamaba así? - pregunto.

- Nadie - responde rápido- . Solo yo. Y Elías, en su momento.

- ¿Por qué?

- Porque formaba parte del proceso - dice- . Lo hablasteis tú y él.

No estoy segura de creerle. O de que él mismo lo crea.

- Voy a salir - digo, cogiendo la chaqueta.

- ¿A dónde?

- A pensar.

- Ten cuidado - dice- . No te fuerces.

No responde cuando cierro la puerta.

Camino hacia la plaza. Los bancos están ocupados por las mismas personas de siempre. Todo sigue en su sitio. Y, sin embargo, ahora lo veo distinto.

En la esquina, Tom riega las plantas del ayuntamiento.

Cuando paso, vuelve a levantar la cabeza.

Esta vez, no me dice nada.

Pero sé que me ha visto.

Me siento en un banco. Saco el móvil. Dudo un momento antes de escribir.

¿Estás segura de lo que me dijiste?
¿Puede haber un error?

La respuesta de Marta tarda, pero llega.

He revisado dos veces. Tres. No apareces como ingresada. Ni con tu nombre, ni con tu DNI, ni con el número de expediente que figura en tus papeles. Es como si alguien hubiera utilizado el formato… pero no el sistema.

Me tiembla la mano.

¿Qué significa eso? escribo.

Que alguien se ha apropiado de la estructura. De la marca. Pero no del registro real.

Levanto la vista.

Tom está mirando en mi dirección. No disimula.

Nuestros ojos se cruzan una vez más.

Y esta vez siento algo distinto.

No es amenaza. Es vigilancia.

Como si su función no fuera hacerme daño, sino asegurarse de que no me muevo demasiado.

Guardo el móvil.

De repente, todo encaja de una forma nueva y aterradora:

No estoy en un programa que salió mal.
Estoy en una réplica.
En un lugar que imita algo legítimo para poder hacer otra cosa.

Me levanto.

Al pasar junto a Tom, él habla sin mirarme.

- No todo lo que cuida crece - dice- . A veces solo se mantiene.

Sigo caminando.

No me atrevo a mirar atrás.

Esa noche, cuando Daniel cae rendido a mi lado, entiendo algo con una claridad que me deja sin aire:

No necesito pruebas definitivas aún. No necesito escapar mañana.

Solo necesito sobrevivir lo suficiente para entender quién decidió que yo debía ser Margaret…y qué pasa cuando una Margaret empieza a recordar.

CAPÍTULO 16

El cura sin parroquia

La primera noche con la pastilla es rara.

No me deja inconsciente, como temía. No es un apagón. Es más bien como si alguien hubiera puesto algodón alrededor de mis pensamientos. Siguen ahí, pero llegan amortiguados, más lentos.

Sueño con cosas normales por primera vez en días: pasillos de supermercado, colas en la panadería, una lavadora centrifugando. Ningún pueblo.

Cuando despierto, sin embargo, la realidad tiene un borde extraño. Todo parece un poco más plano. Ni terrible ni maravilloso. Plano.

Bajo a la cocina.

Daniel ya está allí, cosa habitual, con la camisa medio abrochada y el móvil sobre la mesa.

- Buenos días - dice, sonriendo.

- ¿Qué le has hecho al despertador? - pregunto, sirviéndome agua.

- Nada. Ha sonado a la primera y tú seguías durmiendo como un tronco. - Se encoge de hombros.

Se acerca y me mira con atención.

- ¿Qué tal la pastilla? - pregunta- . ¿Te ha sentado muy raro?

Pienso la respuesta.

- Me siento… amortiguada - digo- . Como si tuviera un filtro.

- ¿Pero puedes pensar? - insiste.

- Demasiado - respondo- . Solo que a cámara lenta.

Asiente, como si fuera un dato médico que encaja.

- Eso puede ser bueno unos días - dice- . Si el volumen baja un poco, quizá puedas distinguir mejor qué es tuyo y qué es ruido.

"Volumen", "ruido". Las mismas metáforas que usa la fundación-fantasma.

Se acaba el café, coge el móvil.

- Tengo que acercarme a la parroquia - comenta- . Elías quiere revisar unas cosas de presupuesto, y luego tengo reunión por videollamada con la fundación. La real. - Remarca la palabra con un gesto.

Levanto la vista.

- ¿La real? - repito.

- Sí - dice- . La oficina central. - Sonríe, como si fuera un dato sin importancia- . No te preocupes, no voy a hablar de ti. Solo de números.

El comentario me deja un sabor raro.

- ¿Tú hablas con la fundación de verdad? - pregunto- . Con la de ciudad, la de mis papeles.

- Claro - responde, como si fuera obvio- . Colaboro con ellos desde antes de que tú llegaras. ¿Por qué lo preguntas?

Me muerdo la lengua.

Porque Marta acaba de decirme que para la fundación real yo soy una "no presentada". Porque hay una doctora y un Manuel que no

existen en sus listas. Porque alguien está usando su nombre aquí sin que lo sepan.

- Curiosidad - miento- . Todo el mundo habla de "la fundación" y ya no sé de cuál.

- Siempre de la buena - bromea- . La otra es más cosa de Elías.

Lo dice casi riéndose, pero la frase se me queda clavada.

La otra.

◆ ◆ ◆

Cuando Daniel se va, la casa se queda llena de su olor a café y perfume.

Recojo las tazas, limpio un poco por inercia. Me visto sin mucha energía.

Los domingos por la mañana el pueblo tiene un ritual casi inamovible: misa, bar, comida. Aunque mi cabeza esté en otra dimensión, mi cuerpo se mueve por costumbre.

Acabo en la iglesia.

No porque tenga una fe que necesite alimentar ahora mismo, sino porque, si no apareciera, habría más preguntas.

La iglesia está medio llena. Los bancos de delante ocupados por las viejas devotas, los del medio por familias, los de atrás por los que llegan tarde. Yo me siento en mi sitio habitual: tercera fila, lado derecho.

Elías está en el altar, preparado. Sonríe cuando me ve entrar, con esa sonrisa de "todo bajo control".

- Nuestra querida Margaret - dice en voz alta, cuando ya estamos casi todos- . Ya la veis, recuperándose, siguiendo con nosotros.

Algunos giran la cabeza y me miran. Varios asienten, otros sonríen. Aplaudirían si no estuvieran en misa.

Yo sonrío un poco, como si agradeciera el comentario.

Empieza la liturgia.

Las palabras de siempre, las respuestas de siempre. Mi boca dice "Señor ten piedad" en automático, mientras mi cabeza piensa en registros informáticos y expedientes que dicen "cancelado".

En el sermón, Elías se inspira.

- Vivimos en un mundo de ruido - proclama- . De voces que intentan decirnos que nada es real, que todo se puede cambiar, que no tenemos raíces. Voces que nos empujan a desconfiar de lo que tenemos delante. - Pausa dramática- . Pero Dios nos da lugares concretos, nombres concretos, familias concretas. No para encarcelarnos, sino para anclarnos.

"Lugares concretos".

"Ancla".

Marta diría que una jaula también es un lugar concreto.

- Hay quienes han vagado perdidos mucho tiempo - continúa Elías- , buscando consuelo en ciudades enormes, en trabajos que no les daban paz, en pantallas brillantes. Y aquí han encontrado algo sencillo: un pueblo que los acoge. Un hogar. Una nueva historia.

Siento el peso de miradas de reojo sobre mí.

- Y hay también - añade, bajando el tono- , quienes quisieran venir a arrancar esas historias de raíz. A decirnos que no son válidas, que no son legítimas. A sembrar dudas en las mentes que apenas empiezan a sanar.

La palabra "sembrar" me hace pensar en Tom, arrancando malas hierbas esta mañana.

No sé si su diatriba va dirigida a mí, a Marta sin saberlo, a la fundación real o a todos a la vez.

Termina la misa con un "id en paz" que suena más a "quedaos donde estáis".

Al salir, en el porche, el alcalde me toca el brazo.

- Qué alegría verte en tu sitio - dice- . El pueblo no sería el mismo sin ti.

No sé qué contestar.

A su lado, Elías observa, contento, como quien ve que sus piezas siguen en el tablero.

◆ ◆ ◆

En cuanto tengo un momento sola, en casa, subo al dormitorio y saco la caja gris. Podría escribir sobre la misa, sobre el sermón, sobre las palabras envenenadas. Pero en cuanto abro la libreta, el boli se me va solo a otra frase:

"La otra es más cosa de Elías."

Cierro la libreta.

Bajo.

El móvil vibra en la mesa de la cocina.

Marta.

Marta:

> *¿Puedes hablar o solo escribir?*
>
> *La miro, como si el mensaje tuviera tiempo. Dani está en la parroquia, supuestamente, y el pueblo está en fase "post-misa bar".*

Le respondo:

> Puedo hablar un rato.

El teléfono suena pocos segundos después.

Descuelgo.

- Dime que no estás rodeada de curas ni maridos - dice ella de entrada.

Sonrío sola.

- Estoy sola en la cocina - respondo- . De momento.

- Bien. Vamos rápido entonces - se oye papel, un clic de teclado- . He seguido tirando del hilo.

Mi corazón acelera medio ritmo.

- ¿Qué has encontrado? - pregunto.

- Varias cosas - responde- . Y ninguna me gusta. Vamos por partes.

Pausa.

- Lo primero: la fundación real. He conseguido hablar con alguien de administración y después, insistiendo mucho, con una supervisora clínica. Me he hecho pasar por una amiga preocupada, básicamente. No he dado tu nuevo apellido, solo tu nombre de antes.

- ¿Y? - me agarro al borde de la mesa con la mano libre.

- Confirmado lo de ayer - suelta- :
- Tienen tu expediente.
- Fuiste preaceptada.
- Figuras como "no presentada".
- Ellos nunca llegaron a verte en persona.

Aprieto los dientes.

- Para ellos, el día que yo creía que entraba por su puerta… - murmuro.

- No cruzaste su puerta - remata ella- . Cruzaste otra. Me han dicho, literalmente: "Si su amiga estuvo en un programa residencial, no fue en uno nuestro".

Siento un pequeño mareo.

- Ellos no tienen ningún "pueblecito encantador" entre sus recursos - añade Marta- . Tienen clínicas, centros urbanos, unidades hospitalarias, pero nada que se parezca a lo que me describes.

- Entonces… - me cuesta decirlo- , ¿qué demonios es esto?

- La versión pirata - responde- . Un spin-off ilegal. Alguien ha copiado su lenguaje, sus contratos, su manera de vender la "reconstrucción"… pero fuera de su control.

Silencio.

- ¿Y saben algo? - pregunto- . ¿Son conscientes?

- He notado nervios - dice- . No se lo esperaban. He oído papeles moviéndose, susurros, un "habla con legal". Me han pedido que les mande por correo cualquier información que tenga: nombres, ubicaciones, capturas. Les he dicho que primero necesitaba estar segura de que no me estaban tomando por loca a mí también.

Trago saliva.

- ¿Les vas a mandar cosas? - pregunto.

- Sí. Pero con cabeza - responde- . No voy a poner "mi amiga está secuestrada en un pueblo llamado Saint Mary's" así, a lo loco. Voy a mandar cosas que no te señalen directamente de entrada: nombres de supuestos profesionales, por ejemplo.

- Como Lucía Ward - digo- . Y Manuel.

- Ya he preguntado - dice- . No hay ninguna doctora Ward en su plantilla. Ni ningún Manuel que trabaje en evaluación. Los nombres no están en sus registros.

Me apoyo más en la mesa.

No es solo que yo esté en el sitio equivocado. Es que las personas que me han evaluado no son quienes dicen ser, ni siquiera en el mundo que están imitando.

- La supervisora me ha dicho algo más - continúa Marta- . Me ha dicho: "Esto no cuadra con nuestros protocolos. Si alguien se está haciendo pasar por nosotros, tenemos un problema muy serio." Traducido: se han quedado a cuadros.

Una parte de mí siente un alivio torcido: no estoy atacando un fantasma, hay un enemigo definido.

Otra parte se pregunta cuánto tardarán en moverse y si, cuando lo hagan, no me pillará en medio de un fuego cruzado.

- Hay otra línea que he seguido - dice Marta- . Me pediste que mirara lo del cura. El famoso padre Elías.

Se me acelera el pulso.

- Sí - susurro- . ¿Qué has encontrado?

- He buscado en registros públicos de la Iglesia - explica- . No es fácil, pero muchas diócesis tienen ya listados de sacerdotes, parroquias, etc. En el país donde tú crees estar, he buscado todas las diócesis. No aparece ningún "padre Elías" con ese nombre y esas características asignado a una parroquia en ninguna parte.

- ¿Ninguno? - pregunto.

- Puede haber curas retirados, desplazados, cosas así, pero… - hace una pausa- , tal como tú lo describes, ejerciendo en una parroquia, con misas, con sacramentos… Tendría que constar en algún sitio. Y no consta.

Noto un frío raro en la nuca.

- ¿Y si usa otro nombre? - pregunto.

- También lo he pensado - responde- . Pero si tú lo conoces solo como Elías y toda tu realidad se ha construido a partir de cómo él te llama, tampoco sería tan raro que el nombre en el papel fuera otro. - Inspira- . Lo importante es: tu "cura" no existe como tal en el organigrama oficial. Igual que tu "doctora".

El patrón se repite.

- ¿Y el pueblo? - pregunto- . ¿Has encontrado algo de Saint Mary's?

- Eso es más complicado - admite- . Hay muchos Saint Mary's por el mundo. Demasiados. Sin más datos concretos - país, provincia, carreteras- , es como buscar una casa por "tiene una puerta y una ventana".

Me río sin ganas.

- Pero he encontrado otra cosa - añade- . Y aquí es donde se pone más… feo.

La palabra "feo" ya no tiene mucho margen para la sorpresa, pero aun así se me encoge el estómago.

- La fundación real - continúa- , fue fundada por un tipo muy conocido en su momento. Un empresario filántropo, de estos que salen en revistas, con un pasado trágico: perdió a una hija en circunstancias… raras. Muy joven. Ella se llamaba… adivina.

Cierro los ojos.

No quiero decirlo. No quiero darle ese poder.

Marta lo dice por mí:

- Margaret.

Respiro hondo. El aire me raspa.

- Desde entonces - sigue- , se obsesionó con "ayudar a la gente a reconstruirse tras el trauma", bla, bla, textito perfecto para donaciones. La fundación lleva su nombre, pero él se retiró hace años de la gestión directa. Tiene dinero, propiedades, influencia.

- ¿Sabes si tiene… algo que ver con este pueblo? - pregunto.

- Todavía no - responde- . Oficialmente, no hay ningún proyecto suyo en un entorno como el que describes. Pero piensa:
- un hombre poderoso con una hija llamada Margaret,
- una fundación que trabaja con identidades y traumas,
- un pueblo donde siempre hay "una Margaret" en el centro.

Huele mal. Muy mal.

Me quedo en silencio.

- Hay algo más - añade Marta- , pero quiero que esto lo cojas con pinzas: en un foro de ex pacientes de salud mental, alguien mencionó hace años un "programa raro en un pueblo remoto" que no consiguieron verificar. Todo eran rumores. Nadie sabía el nombre

exacto, solo que sonaba "muy católico" y que había un cura que mandaba demasiado. El hilo murió rápido. Desapareció, de hecho.

- ¿Desapareció? - repito.

- Lo borraron - dice- . Pero la caché de internet es generosa cuando quiere. Estoy intentando recuperar más datos. No quiero adelantarte conclusiones, pero… No eres la primera que me hace pensar que algo huele a podrido por tu zona.

Apoyo la cabeza contra el cristal de la ventana, sin darme cuenta de que me he levantado y he ido hacia allí.

El reflejo me devuelve mi cara, superpuesta al jardín.

- Han borrado a más gente - digo en voz baja- . No solo a mí.

- Esa es mi impresión - responde Marta- . Y también la de la supervisora de la fundación, aunque no lo diga en voz alta todavía. Si se demuestra que alguien está usando su nombre para secuestrar o manipular pacientes… es un escándalo enorme. Pero primero hay que demostrarlo.

Me doy cuenta de que estoy respirando demasiado deprisa.

- Sara - dice ella, bajando el tono- . ¿Estás sola de verdad?

- Sí - respondo- . Daniel está con Elías. El pueblo está de resaca de misa.

- Escúchame bien - dice- . Tu cura no es un cura oficial. Tus "médicos" no son médicos de la fundación. El sitio donde estás no aparece en ningún mapa de recursos. Eso, como mínimo, te dice que no estás en manos de quien te han dicho.
Eso no significa que vayan a sacarte de ahí mañana. Pero significa que tú no estás loca. No te has inventado que algo no cuadra.

Cierro los ojos.

Unas lágrimas me suben sin permiso. No son de alivio ni de tristeza pura. Son de rabia.

- Necesito que sigas escribiendo - continúa- . Todo. Sermones, frases, nombres, horarios. Especialmente del cura y de ese tal Tom. Gente que parece saber más o que mira demasiado. Si esto explota, tu cuaderno puede ser oro.

- Ya estoy escribiendo - respondo, con la voz un poco rota- . A veces tengo miedo de que lo encuentren los otros.

- Escóndelo bien - dice- . Divide la información si hace falta. Parte en un sitio, parte en otro. Que no puedan borrar todo de una vez.

Pienso en la libreta negra, en la caja gris, en el cuaderno de la lista de la compra con "SARA" escrito sin querer.

- Marta… - empiezo.

- ¿Sí?

- Si todo esto se demuestra… - trago saliva- . Si se sabe que alguien ha usado la fundación para… esto… ¿qué pasará?

Ella tarda un poco en responder.

- Depende de a quién pille en medio - responde- . A nivel legal, podría haber denuncias, juicios, escándalo mediático. A nivel humano… - suspira- . Gente que tuvo que reconstruirse otra vez, pero ahora desde la traición.
Lo importante ahora no es imaginar el final, sino que tú llegues viva al final.

La frase me sacude.

- ¿Crees que estoy en peligro? - pregunto.

- Creo que eres un problema - contesta- . Y los sistemas que viven de la mentira no suelen llevarse bien con los problemas.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

Desde fuera, me llegan ruidos lejanos de coches y voces. El pueblo sigue con su vida de domingo.

Marta rompe el silencio.

- Última cosa por hoy - dice- . En la fundación auténtica me han preguntado si podían contactar directamente contigo. He dicho que no. Que, de momento, eres frágil y estás "bien" donde estás. Sí, he mentido.
Pero ahora mismo no quiero que entre más ruido en tu entorno. Primero quiero saber bien quién es quién.

- Gracias - susurro.

- Si todo se tuerce mucho, hablaremos de plan B - añade- . Pero para plan B necesito que estés lúcida, no drogada hasta las cejas. Vigila lo que te dan.

La miro como si pudiera verla a través del teléfono.

- Estoy tomando solo lo justo - digo- . No quiero ser un mueble.

- Esa es mi chica - dice ella, con una sonrisa que casi puedo oír- . Te llamo cuando tenga más. Y si pasa algo raro, me lo cuentas aunque sea con un emoji de mierda. Lo entenderé.

Su absurdo me arranca una pequeña risa.

- Vale.

- Y recuerda - añade, antes de colgar- : cuando ese cura diga que te está salvando, acuérdate de que ni siquiera tiene parroquia.

Corta.

Me quedo con el teléfono en la mano, la frente apoyada en el cristal.

A través de la ventana, veo movimiento en el jardín del vecino. Una sombra pasa rápido; un trozo de mono verde asoma entre setos, luego desaparece.

Tom.

El hombre al que Elías llama "un alma rota". El hombre que "vino a desaparecer".

El hombre que quizá, sin saberlo, forma parte del mismo mecanismo que decidió que yo tampoco existiera en los papeles correctos.

Aparto la frente del cristal.

Voy a la cocina. Cojo la libreta negra, la abro, escribo en letras grandes:

"Elías: NO figura como cura en registros oficiales.
Lucía / Manuel: NO pertenecen a la fundación real.

Yo: consto como 'no presentada'.

Conclusión provisional:

Estoy en un escenario que finge ser terapia."

Y debajo, más pequeño:

"Si esto es un escenario, tiene director.
Si tiene director, tiene un punto débil."

El timbre de la puerta suena en ese momento.

Cierro la libreta de golpe, la meto en el cajón de los manteles, el menos interesante de la casa, justo antes de que Daniel asome la cabeza por la puerta de la cocina.

- ¿Te he asustado? - pregunta, al verme sobresaltada.

- Un poco - respondo- . Pensaba que sería la señora Collins con otra cazuela.

- Esa mujer terminará empapelándonos con tuppers - bromea.

Deja las llaves, se quita la chaqueta.

- ¿Todo bien? - pregunta- . Te noto… seria.

Le miro.

Hace unas horas, todavía podía pensar que estaba en manos de una única mentira. Ahora sé que son varias, apiladas.

Pero mi cara sonríe sola.

- Estoy cansada, ya está - digo- . Será la misa.

Él se ríe.

- A mí también me deja K.O. - responde- . Pero tranquilo, nuestro santo cura dice que es por nuestro bien.

Suelto una carcajada floja.

Por dentro, una frase de Marta se queda dando vueltas:

"Los sistemas que viven de la mentira no se llevan bien con los problemas."

Empiezo a tener claro que, para ellos, yo ya no soy una paciente.

Soy un problema en proceso de definición.

CAPÍTULO 17

El rostro en la foto

El día amanece espeso, como si el pueblo también hubiera tomado pastillas.

Yo sigo con la sensación de algodón en la cabeza. No es que no pueda pensar, es que todo tarda un poco más en llegar, como si las ideas se tuvieran que abrir paso entre nubes.

Daniel se encierra en el despacho pequeño con el portátil.

- Reunión con la fundación - dice, señalando la pantalla- . La de verdad. Prometo no vender tu alma.

Lo dice en broma, pero la frase me hace un nudo en el estómago.

Cierra la puerta a medias. Desde la cocina, me llega su voz amortiguada, salpicada de palabras sueltas cuando sube el tono sin querer:

"…perfiles…"

"…residencial…"

"…protocolos…"

"…cumplir expectativas…"

Intento no pegar la oreja a la puerta como una caricatura de esposa desconfiada. Me preparo un té, ordeno la encimera que ya estaba ordenada, abro y cierro el frigorífico sin motivo.

En un momento, su voz se eleva un poco más:

- No, aquí solo… pequeños seguimientos. Nada que ver con los programas intensivos de ustedes. Eso se lo dejamos a los profesionales.

Silencio al otro lado. Luego, una risa que no llego a descifrar.

"Profesionales".

Si supieran.

◆ ◆ ◆

A media mañana, suena el teléfono fijo.

Descuelgo con cierta aprensión, esperando otra voz de la "fundación" pirata.

- Margaret, hija - dice la voz de Elías- . ¿Te he pillado bien?

Su tono es tan amable que me da más miedo que si chillara.

- Sí, padre - respondo- . ¿Qué ocurre?

- Nada grave - dice- . Al contrario. Estamos preparando una pequeña exposición en la parroquia, para agradecer públicamente la colaboración con la fundación. Daniel ya lo sabe. Me preguntaba si podrías acercarte a ayudar un rato. Tienes buena mano para ordenar recuerdos.

Ordenar recuerdos.

Casi me río.

- Puedo ir - respondo- . ¿Ahora?

- Cuando te venga bien - dice- . Yo estaré aquí toda la mañana.

Cuelgo.

Daniel sale del despacho un rato después, con cara de haber discutido con una pantalla.

- ¿Todo bien? - pregunto.

- Con ellos, siempre es relativo - responde- . Pero sí, nada grave. - Me mira- . ¿Quién había llamado?

- Elías - digo- . Quiere que vaya a la parroquia a ayudar con una exposición. Algo de "agradecer colaboración".

- Ah, sí - asiente- . Lo mencionó el otro día. Les encanta colgar fotos de inauguraciones y cosas así. Les hace sentir importantes.

- ¿Y lo son? - pregunto.

- Depende de para quién - responde, esquivando.

Cojo mi chaqueta.

- No tardo - digo- . Si alguien de la fundación real llama, diles que la paciente "no presentada" ha ido a ordenar recuerdos falsos.

Daniel me mira con gesto confuso, a punto de preguntar.

No le doy tiempo.

◆ ◆ ◆

La parroquia huele a incienso viejo y a madera.

Elías no está en el altar ni en el confesionario. Lo encuentro en la sacristía, rodeado de cajas de cartón abiertas, como si hubiera explotado un almacén de papeles.

- Aquí está mi salvación - dice, al verme- . La única persona de este pueblo con criterio estético.

- No debía de ser tan grave si has llegado a llamarme a mí - respondo.

Se ríe, satisfecho.

- Tenemos material para aburrir a varias generaciones - explica- . Recortes de prensa, fotos de actos, folletos de la fundación…

Queremos montar unos paneles en la entrada, para que la gente vea el bien que se ha hecho. Y, ya que tú eres casi nuestro "caso estrella"- me guiña un ojo- , tu ayuda es más que simbólica.

"Caso estrella".

Como si fuera un trofeo.

- ¿Qué tengo que hacer? - pregunto.

- Separar lo que sirva de lo que no - dice- . Fotos que se vean bien, recortes donde se lea el texto, cosas así. Yo me encargaré luego de elegir qué se enseña y qué no. - Me señala una mesa- . Puedes usar esa. Nadie te molestará. Tengo que ir un momento al despacho parroquial, pero estoy aquí al lado.

Me deja sola con las cajas.

La sacristía está en penumbra, iluminada solo por una ventana alta. El silencio es tan denso que casi se puede tocar.

Abro la primera caja.

Hay programas de misa de hace años, notas de coro, listas de donantes, folletos amarillentos de la fundación: "Fundación Saint Lucius: reconstruyendo vidas tras el trauma".

En la esquina, el logo. Igual al de mis contratos. Igual al de la carpeta de Lucía. Igual… pero no.

Empiezo a hacer montones: "fotos", "recortes", "basura".

En una carpeta de plástico transparente pone, a rotulador:

INAUGURACIÓN SAINT MARY'S – FASE PILOTO

Los dedos se me quedan congelados un segundo.

La abro.

Lo primero que aparece es una foto en color, brillantina de los años buenos: la plaza del pueblo todavía sin adornos, con varios hombres de traje en el centro. Reconozco al alcalde, más joven y con menos

barriga. A su lado, un hombre que no había visto nunca, con el pelo algo cano, traje impecable, sonrisa de político experimentado.

A su izquierda, Elías, con alzacuellos nuevo, mirando al otro con una mezcla de respeto y orgullo.

Debajo de la foto, una leyenda impresa:

> *"El señor Adrian L. Harrow, fundador de la Fundación Saint Lucius, junto al padre Elías y autoridades locales, en la inauguración de la fase piloto del programa en Saint Mary's."*

Adrian L. Harrow.

El hombre que Marta me describió sin nombre, ahora con apellido y sonrisa.

Paso página.

Hay un recorte de periódico plastificado. El titular dice:

> **"Magnate dona millones para crear retiros terapéuticos tras la trágica muerte de su hija."**

La foto es la misma que probablemente vio Marta en su ordenador: él, más joven, con una mujer y una chica. La chica tendrá veintitantos. Pelo castaño claro, sonrisa amplia. Rasgos finos. Es difícil no ver cierto parecido conmigo.

Debajo:

> *"La joven Margaret Harrow, única hija del matrimonio, falleció en circunstancias que la familia prefiere no detallar…"*

Siento un golpe en el estómago.

Margaret.

Otra vez.

Marta tenía razón: aquí todo gira alrededor de ese nombre.

Cierro los ojos un segundo.

Cuando los abro, vuelvo a la foto de la inauguración en la plaza.

El señor Harrow está sonriendo, estrechando la mano del alcalde.

A su espalda, el pueblo todavía parece casi de cartón: casas recién pintadas, farolas sin desgaste, árboles recién plantados. Saint Mary's en su versión de maqueta.

Elías tiene otra expresión. No es la beatífica de los domingos. Es algo más… hambriento.

Sigo pasando hojas.

Encuentro una carta con membrete de la fundación:

> *"Estimado padre Elías:*
>
> *Apreciamos profundamente su interés por colaborar con nuestro proyecto. No obstante, debemos insistir en que cualquier iniciativa que utilice nuestro nombre o principios terapéuticos sea supervisada y aprobada por nuestro equipo clínico…"*

Las siguientes líneas están subrayadas a lápiz.

> *"…cualquier adaptación no autorizada podría derivar en malentendidos graves y en responsabilidades legales que lamentaríamos profundamente…"*

En el margen, con letra clara - la de Elías- hay una anotación:

> "No entienden. Harrow sí."

Paso la hoja. Hay otra carta, manuscrita, sin membrete.

La firma es un garabato elegante, pero legible:

> **A. L. Harrow.**

Leo un trozo, el que no está tapado por la grapa:

> *"…entiendo sus reservas respecto al control de la fundación. No siempre están dispuestos a ir tan lejos como sería necesario. Confío en su criterio pastoral para llevar el proyecto en Saint Mary's a un nivel más… profundo.*

Mientras los resultados sean adecuados, mi apoyo económico continúa garantizado.

A veces, para salvar un alma, hay que arriesgarse más de lo que las normas permiten."

Las manos me sudan tanto que el papel se me resbala.

Ahí está.

La fundación real, con sus límites; el fundador, saltándoselos por encima, mandando dinero por detrás; Elías, encantado de tener vía libre para "ir más profundo".

Cierro la carpeta un segundo, para no marearme.

Respiro hondo. La vuelvo a abrir.

Detrás de las cartas, hay más fotos.

En una de ellas, delante de la iglesia, reconozco a otra mujer. Tendrá treinta y pocos. Pelo más oscuro que el mío, pero rasgos muy similares: la forma de la mandíbula, los ojos, hasta la manera de llevar el vestido. Está flanqueada por Daniel - más joven, sin tantas ojeras- y por Elías.

El pie de foto, escrito a mano por detrás, dice:

"Nuestra Margaret."

No hay apellidos.

No hay fecha, pero el papel empieza a amarillear.

Mi estómago se encoge.

Ella podría ser yo en una vida paralela.

O yo… antes.

Pero sé que no lo es. Que es otra.

Otra Margaret.

Otra mujer que, en algún momento, ocupó mi lugar en el papel que alguien aquí ha escrito: esposa del pueblo, símbolo de la fundación-pirata, pieza central del decorado.

Pasos en el pasillo.

Cierro la carpeta con demasiada brusquedad. La dejo en el montón de "material bueno", intentando que no se note que mis manos tiemblan.

Elías asoma la cabeza.

- ¿Qué tal vas? - pregunta, jovial.

- Hay mucho… material - respondo, haciendo un esfuerzo por mantener la voz neutra.

Se acerca a la mesa.

Su mirada se pasea por los montones, evalúa.

Sus dedos tocan la carpeta transparente de "Inauguración Saint Mary's – Fase piloto". Por un momento pienso que va a abrirla.

No lo hace. Solo la mueve un poco más hacia su lado.

- Esto, quizá, lo revise yo con más calma - dice- . Son cosas antiguas. No hace falta aburrir al pueblo con tanto papel.

Su tono es ligero, pero sus ojos me estudian.

- He visto la foto de la plaza - comento, a ver cómo reacciona- . Con el señor Harrow.

Elías sonríe, satisfecho.

- Un hombre verdaderamente generoso - dice- . Sin su apoyo, este lugar no existiría.

- Y su hija - añado- . Margaret.

Se le endurece un poco la expresión, lo justo.

- Una tragedia - dice- . Esa pérdida fue el origen de todo esto. De la fundación, del programa, de este pueblo. Su dolor se convirtió en

bien para otros.

“Su dolor se convirtió en bien para otros.”

Quisiera preguntarle si también la muerte de mi hermana forma parte de ese “bien”. Si la cadena de tragedias es casualidad o diseño.

No lo hago.

Todavía no.

- Hay otra foto - digo, señalando el montón sin tocarlo- . De una mujer delante de la iglesia. Usted, Daniel y ella. Detrás pone “nuestra Margaret”.

- Sí - responde, sin mirar la foto- . Ella fue muy importante para el pueblo.

“Fue”.

Pasado.

- ¿Qué le pasó? - pregunto.

La mirada de Elías se desliza hacia mí. Hay algo frío en esos ojos que no suelo ver tan expuesto.

- No es algo de lo que debamos hablar a la ligera - responde- . Cada historia tiene su intimidad. Lo importante es que, cuando se fue, el pueblo supo seguir. Dios siempre provee.

Se fue.

No dice cómo.

No dice hacia dónde.

- ¿Cree que… - me atrevo- , que hay siempre una “nuestra Margaret” aquí?

La pregunta queda flotando.

Él me sostiene la mirada unos segundos. No huye. No se hace el tonto.

- Creo - dice al fin- , que hay roles que son más grandes que las personas que los ocupan. Figuras que sostienen un lugar. - Su voz se vuelve más suave- . El señor Harrow perdió a su hija, pero su figura se ha prolongado en todos los que han venido después a encontrar consuelo aquí. Eso no es algo oscuro, Margaret. Es algo bello. Es redención.

Redención para quién, quisiera saber.

- ¿Y yo? - pregunto, casi en un susurro- . ¿Soy un rol o una persona?

Él sonríe, como si la pregunta fuera encantadora.

- Eres las dos cosas - responde- . Eres Margaret, nuestra Margaret, y eres tú. Esa mezcla es la que te ha hecho tan valiosa. Por eso hay que cuidar tanto lo que entra en tu cabeza.

No lo dice, pero lo escucho: por eso hay que vigilar qué recuerdas y qué no.

Se incorpora, cerrando la conversación.

- No quiero cansarte - añade- . Has hecho más que suficiente. Déjame lo demás. Ve a casa, descansa. Hablo con Daniel luego.

Recojo mis cosas con gestos automáticos.

Cuando salgo de la sacristía, paso por el pasillo que lleva a la puerta lateral. Por una ventana estrecha, veo el patio trasero de la parroquia.

Tom está allí, junto al muro, recogiendo restos de poda en un saco grande.

Levanta la cabeza un momento. Me ve. Se queda inmóvil, con las manos enterradas en las ramas.

Nos miramos.

En sus ojos hay algo parecido a lo que vi en las fotos: gente congelada en un papel que no sabe muy bien cómo le tocó.

Elías aparece detrás de mí, en el pasillo.

- Tom - llama, abriendo la ventana- . Cuando termines ahí, pasa por el despacho. Tenemos que hablar.

La voz del cura suena… distinta. Más seca.

Tom baja la vista.

- Sí, padre - responde.

Sigo hacia la salida.

El aire de la calle me golpea la cara como si viniera de otro mundo.

◆ ◆ ◆

En casa, subo directo al dormitorio.

Saco la caja gris, la libreta negra.

Escribo:

"Nombre del fundador: Adrian L. Harrow.

Hija: Margaret Harrow, muerta en 'circunstancias no detalladas'.

Carta de la fundación real a Elías:

- le advierten que no use su nombre sin supervisión.

Carta manuscrita de Harrow a Elías:

- *le anima a ir 'más profundo' fuera de los protocolos oficiales.*
- *le garantiza apoyo económico si los resultados son 'adecuados'.*

Foto antigua:

- *plaza de Saint Mary's en inauguración.*
- *alcalde, Harrow, Elías.*

Foto delante de la iglesia:

- *Daniel, Elías, otra mujer muy parecida a mí.*
- *detrás: 'nuestra Margaret'.*

Pregunta: ¿cuántas 'nuestras Margaret' ha habido?"

Luego, más abajo:

"Elías:

- *reconoce que Margaret Harrow es el origen de todo.*
- *habla de 'roles más grandes que las personas'.*
- *me incluye a mí en ese rol.*

No se sorprende de que pregunte. Creo que he llegado justo al borde de lo que está dispuesto a admitir."

Cierro la libreta, la meto en la caja.

La guardo de nuevo en su escondite.

Desde la ventana del dormitorio, veo el jardín.

En el borde de la valla, una figura verde pasa despacio, arrastrando una bolsa de restos de poda. No levanta la mirada. Pero sé que sabe que estoy ahí.

Yo también sé algo nuevo:

No soy la primera.

Alguien diseñó un papel llamado "Margaret" para encajarlo en la herida de un hombre poderoso y en el fanatismo de un cura sin parroquia reconocida.

Y, si no soy la primera, es lógico pensar que tampoco pensaban que fuera a ser la última.

CAPÍTULO 18

Las Margarets

No dejo de pensar en la frase escrita detrás de la foto:

"Nuestra Margaret."

Suena bonito si no sabes lo que hay debajo. Como cuando dices "nuestra niña" o "nuestro santo". Pero ahora que sé que hubo otra antes que yo, la palabra "nuestra" me suena a etiqueta de almacén.

Daniel llega tarde a comer.

- Elías se enrolla más que la misa - dice, dejando las llaves en la mesa- . Está emocionado con la exposición. Dice que por fin el pueblo va a "ver el fruto de tantos años".

Fruto.

- Me ha enseñado algunas cosas - respondo- . Fotos antiguas. Papeles.

Daniel se queda quieto un segundo.

- ¿Qué tipo de fotos? - pregunta.

Le miro.

Podría decirle "las de Harrow, las tuyas con otra mujer a la que llamabais Margaret, las cartas donde os animan a saltaros las normas".

Digo:

- De la inauguración. Él, el fundador, el alcalde. Saint Mary’s recién pintado. Parece una maqueta.

Daniel se relaja un poco.

- Fue una época rara - comenta- . Todo nuevo, todo por estrenar. Mucha gente pasando por aquí, evaluando, midiendo. Luego se fueron, y nos quedamos los de siempre.

- ¿Y la primera Margaret? - pregunto, como quien habla de una anécdota.

Levanta la mirada, sorprendido.

- ¿Te ha hablado de ella? - pregunta.

- Solo la he visto en una foto - respondo- . Delante de la iglesia. Tú, Elías y ella. Por detrás ponía “nuestra Margaret”.

Daniel se rasca la nuca.

- Era… especial - dice- . Muy intensa. Muy distinta a ti.

“Muy distinta.”

- ¿Qué le pasó? - pregunto.

Él tarda un poco.

- No… - empieza- , no acabó de encajar. Tenía demasiado peso detrás. - Se encoge de hombros- . No fue culpa de nadie. Simplemente no funcionó.

“El caso no funcionó”. Lo dice con naturalidad, como quien habla de una receta que no salió bien.

- ¿Se fue? - insisto.

- Sí - responde- . Se fue.

No le pregunto si por su propio pie o dentro de una caja.

No todavía.

- Pero tú no eres como ella - añade, rápido- . Tú… has construido algo aquí. Conmigo. Con el pueblo.

"Con el pueblo". Como si estuviéramos en co-propiedad.

- ¿Seguro? - pregunto- . A veces siento que he construido mi vida sobre las huellas de otra.

Daniel aprieta los labios.

- No pienses así - dice- . No es sano.

La conversación muere ahí, como si hubiéramos llegado a un muro invisible.

◆ ◆ ◆

Por la tarde, llueve.

Nada dramático. Una lluvia fina, constante, de esas que empapan despacio. El tipo de lluvia que recuerda a ciudad, a pasos rápidos sobre aceras mojadas.

Daniel se encierra otra vez en el despacho, esta vez con papeles en la mano, no con el portátil.

- No me esperes para la merienda - dice- . Tengo que acabar unos informes.

Informes.

Cada vez que esa palabra entra en casa, siento que hay una versión escrita de mí en alguna parte, con líneas, casillas y conclusiones que no conozco.

Me asomo a la ventana del salón.

La calle está casi vacía. Solo un par de vecinos con paraguas, la señora Collins tapando una olla con un trapo mientras habla con alguien en la puerta, un coche que pasa lentamente.

Más allá, en lo alto del pueblo, se ve la silueta oscura del campanario.

Y, detrás, apenas visible entre árboles, la zona más alta: el cementerio.

Elías y Daniel llevan días insistiendo en que no vaya.

La fundación falsa también.

Marta, en cambio, me ha dicho otra cosa: "Todo lo que veas, todo lo que no te cuenten, apúntalo."

No he apuntado nada más sobre el cementerio desde la tumba de "Margaret H.".

Quizá es hora.

Cojo un impermeable del perchero, me lo pongo. Meto el móvil en el bolsillo, junto al crucifijo y un pañuelo. No le digo nada a Daniel.

Abro la puerta.

La lluvia me recibe con un frío suave en la cara.

Subo la calle despacio, con la capucha puesta. Nadie me para; a estas horas, con este clima, la gente prefiere quedarse en casas con sopa.

El camino al cementerio se curvaba ya en el primer capítulo, me digo, como si pensara el libro que estoy escribiendo sin querer. Mis pies lo saben de memoria.

La verja está entreabierta.

Empujo.

El metal húmedo se queja con un chirrido suave.

Dentro, el mundo se reduce a lápidas, cruces y gotas que caen sobre piedra y hierba.

Camino entre las filas.

Reconozco la tumba donde ya estuve: la de "Margaret H.", con flores frescas que no pueden llevar tanto tiempo ahí. Alguien las ha cambiado hace poco.

Me inclino un poco.

Las tarjetas están en blanco. Solo un "para ti, siempre" escrito a mano en una de ellas.

Me aparto.

Miro más allá.

En la parte más cuidada del cementerio, las lápidas son grandes, con fotografías cerámicas, fechas claras, apellidos. En la zona más antigua, las cruces de hierro están torcidas, algunas casi comidas por el óxido.

Pero hay otra parte, al fondo, cerca del muro, que no había explorado el otro día.

Está menos ordenada. Menos… mostrada.

La lluvia arrecia un poco cuando me acerco.

Las lápidas allí son más sencillas. Piedras más bajas, algún nombre apenas legible. El suelo tiene zonas de tierra removida, como si los últimos en llegar hubieran sido enterrados no hace tanto.

Me agacho junto a una. Leo:

Margaret A.

1987–2018

"Siempre nuestra Margaret"

Un escalofrío me baja por la espalda.

"Siempre nuestra Margaret."

Camino unos pasos más. Otra lápida, muy parecida, apenas dos metros más allá:

Margaret P.

1985–2015

"Siempre nuestra Margaret"

Sigo.

Empiezo a notar un patrón antes de verlo.

Las fechas de nacimiento se mueven en un rango parecido. Medio de los ochenta, finales de los setenta. Las fechas de muerte bailan alrededor de distintas décadas, pero siempre con la misma franja de edad: treinta, treinta y pocos.

Mi edad.

En todas, el nombre principal es el mismo.

Margaret.

Con distintas iniciales detrás. Sin apellidos completos.

Margaret L.

Margaret S.

Margaret J.

Todas con la misma frase debajo.

"Siempre nuestra Margaret."

Me doy cuenta de que estoy respirando entrecortado.

La lluvia ha amortiguado todos los demás sonidos. Solo se oye el agua y mi propio corazón.

Más allá de esa fila, hay algo distinto: no una lápida aún, sino una fosa abierta, rectangular, cubierta por un plástico oscuro parcialmente sujeto con piedras.

El barro alrededor es reciente, de un marrón más vivo que el resto. Como si alguien hubiera trabajado ahí hace nada.

Me acerco despacio.

Hay una pequeña estaca clavada en el suelo, a los pies del hoyo. De ella cuelga, con una cuerda, una placa metálica provisional, del tipo que se pone mientras la lápida oficial llega.

La placa está cubierta de gotas.

Me agacho. Paso los dedos con cuidado, apartando agua y tierra.

La inscripción es simple, casi de fábrica:

M.

19-

Los últimos dígitos no están escritos.

No han decidido aún el año. Mi mano tiembla.

Podría significar muchas cosas, me digo.

Marta, María, Matilde, cualquier nombre con M.

Pero la fila de lápidas detrás de mí dice otra cosa. El patrón está ahí, aunque nadie lo quiera escribir entero todavía.

Detrás de mí, un ruido suave.

Me pongo de pie de golpe, el corazón en la garganta.

Tom está a unos metros, apoyado en una pala, con el impermeable verde oscuro pegado al cuerpo por la lluvia. No sé cuánto tiempo lleva ahí.

Nos miramos.

Sus ojos se van un segundo de la fosa a mí, y de mí a las lápidas que he estado leyendo. Sabe exactamente qué he visto.

- No deberías estar aquí - dice, con la voz ronca.

Intento responder, pero la garganta no me deja.

Él agacha la cabeza un poco, como si buscara palabras en el barro.

- Cuando llueve - añade- , es fácil resbalar. Cualquiera puede… caerse donde no debe.

Me doy cuenta de que sus botas están llenas de barro seco, no solo de la lluvia de hoy. Ha estado trabajando en esta zona más de una vez.

- ¿Hace mucho que está… abierta? - pregunto, mirando de reojo la fosa.

Tom tarda.

- El padre dijo que era mejor tenerlo todo preparado - contesta- . Por si acaso.

"Por si acaso."

La lluvia nos empapa a los dos.

Siento frío en los huesos, no solo en la piel.

- ¿Preparado para quién? - me atrevo.

Sus ojos vuelven a los míos.

Hay culpa. Hay miedo. Hay algo que parece casi pena.

- Aquí no opinamos de eso - dice- . Solo hacemos los agujeros donde nos dicen.

Tom baja la mirada.

- Váyase a casa, señora - dice- . Se va a mojar.

El "señora" me suena a distancia. A muro.

Doy un paso atrás. Otro. Noto el barro pegándose a mis botas. Miro por última vez la placa metálica con la inicial "M".

No necesito que esté el resto del nombre.

El patrón es suficiente.

Salgo del cementerio con la sensación de que el mundo se ha encogido aún más. Como si, en lugar de un pueblo perdido en un mapa, Saint Mary's fuera una jaula bien diseñada, con su lugar para cada cosa:

La parroquia, la plaza, las casas, las fotos de inauguración, las tumbas de las Margarets antiguas, y un hueco ya preparado, por si acaso, para la que toque ahora.

◆ ◆ ◆

En casa, me quito el impermeable en la entrada. Gotea sobre el suelo.

Daniel sale del despacho.

- ¿Dónde estabas? - pregunta, preocupado al verme calada.

- He salido a caminar - respondo, sin negar ni confirmar.

- Con este día… - niega con la cabeza- . Te vas a resfriar.

Se acerca con una toalla, me la pasa por el pelo como si fuera un gesto automático.

Su cuidado me duele.

- Has ido al cementerio, ¿verdad? - dice, al cabo de un segundo.

Levanto la vista.

- ¿Por qué lo dices? - pregunto.

- Porque te conozco - responde- . Y porque Elías me ha mandado un mensaje hace un rato diciendo: "Dile a nuestra Margaret que el campo santo no es lugar para ella ahora".

Mi estómago se revuelve.

- ¿Siempre habláis de mí como si estuviera en un parte médico? - pregunto- . "Nuestra Margaret aquí", "nuestra Margaret allí".

Daniel se tensa.

- Él se expresa así - dice- . Ya lo sabes.

- ¿Desde cuándo hay tantas "nuestras Margaret"? - suena más duro de lo que pretendía.

Sus ojos se agrandan un momento.

- Has visto las tumbas - afirma, no pregunta.

- He visto muchas cosas - respondo.

Se pasa una mano por la cara.

- No deberías… - empieza.

- ¿Saberlo? - le corto- . ¿No debería saber que hay otras con mi nombre enterradas en fila? ¿Que hay una fosa abierta con una placa que solo necesita que alguien rellene el año?

La toalla se detiene en mi pelo.

Daniel deja caer los brazos.

- No es lo que crees - dice, pero su voz suena floja.

- Entonces dímelo - respondo- . Explícamelo tú antes de que me lo explique otro. Porque, de momento, lo único que veo es un patrón: Margaret, treinta y tantos, pueblo, tumba.

Se hace un silencio espeso.

Daniel mira hacia la ventana, como si pudiera encontrar una respuesta fuera.

Luego vuelve a mí.

- No todo es culpa del pueblo - dice, despacio- . A veces la gente llega rota ya de antes. A veces, aunque intentemos sostenerla, se cae igual. No las matamos. No es tan simple.

"La gente se cae igual."

Pienso en la fosa. En Tom. En la pala. En la frase "es fácil resbalar".

No digo nada.

Daniel deja la toalla en la silla.

- No quiero tener esta conversación ahora - añade- . No así, no con ese tono, no con la mitad de la información. - Su voz se quiebra un poco- . Solo quiero que estés viva. ¿Es tan difícil de entender?

Viva. Nunca ha sonado tan condicional.

Me aparto.

- Entonces empieza a tratarme como a una viva - digo- . No como a un papel que hay que rellenar.

Subo al dormitorio antes de que pueda contestar.

En el armario, detrás de los abrigos, la caja gris me espera.

La saco.

Abro.

Cojo la libreta negra.

Escribo con el pulso todavía alterado:

"Cementerio, zona del fondo:

- varias lápidas con el nombre Margaret + inicial.
- todas, mujeres de unos 30–35 años.
- todas con la frase: 'Siempre nuestra Margaret'.

Fosa abierta, cubierta con plástico.

- estaca con placa provisional: 'M.' + año de nacimiento a medias.
- el año de muerte, en blanco.

Tom presente. Frase: 'Aquí solo hacemos los agujeros donde nos dicen.'

Frase 2: *Cuando llueve, es fácil resbalar.*"

Debajo, añado:

"Patrón:

- Hija de Harrow: Margaret.
- Varias 'nuestras Margaret' enterradas.
- Yo.

No soy un caso único. Soy un turno."

La lluvia golpea la ventana.

Por primera vez, tengo la sensación clara de que, si no hago nada, alguien, en algún despacho de este pueblo o de la ciudad, ya ha anotado mi final en algún sitio.

Solo falta rellenar el año.

CAPÍTULO 19

Lo que iba a ser solo un trabajo

Me quedo un rato sentada en el borde de la cama, con la libreta aún abierta a mi lado.

Fuera sigue lloviendo, pero más suave. Las gotas resbalan por el cristal como si quisieran borrar lo que acabo de escribir.

"No soy un caso único. Soy un turno."

Cierro la libreta.

La guardo en la caja gris, la escondo en el armario. El gesto se ha convertido ya en un rito: escribir, guardar, ocultar. Como si así pudiera ir enterrando verdades en lugar de que me entierren a mí.

Me tumbo un momento boca arriba, sin quitarme los zapatos.

La mente va a dos velocidades: la capa sedada de la pastilla, y, por debajo, una corriente rápida que no para de repetir:

Fosa abierta.

M.

Siempre nuestra Margaret.

Llaman a la puerta del dormitorio con dos golpes suaves.

No espero respuesta, pero llega:

- ¿Puedo pasar?

Es Daniel.

No contesto, pero la manija gira igual. Asoma la cabeza, luego entra del todo y cierra detrás de sí.

Lleva otra vez esa expresión que mezcla preocupación y prudencia, como si viniera a hablar con una paciente difícil, no con su mujer.

- Has subido muy deprisa - dice- . Te he oído.

- Es que he visto muchas tumbas - respondo- . A veces el paisaje te acelera.

Hace una mueca.

Se acerca despacio, como si temiera asustarme.

- Margaret… - empieza.

- No me digas que no debería haber ido - le corto- . Eso ya lo ha dicho Elías vía SMS pastoral.

Se detiene a unos pasos de la cama.

- No voy a reñirte - dice- . Solo… necesito que hablemos sin gritarnos.

- Yo no he gritado - respondo- . Ni siquiera he tenido fuerzas.

Se sienta en la silla del tocador, frente a mí. Estamos casi a la misma altura, pero la distancia parece de kilómetros.

- Lo del cementerio… - busca las palabras- . Es fuerte incluso para mí. Y yo… conozco un poco la historia.

- Pues imagínate para mí, que solo sé que comparto nombre con un grupo de mujeres muertas - respondo- . Ah, no, perdona: “nuestras” mujeres muertas.

Él cierra un momento los ojos, como si se tragara algo.

- No son “tuyas” - dice- . No eres ellas. Tú estás aquí, viva.

- De momento - apunto.

Silencio.

- ¿Quieres saber la verdad o quieres castigarme? - pregunta al fin.

La pregunta me sorprende. No estoy segura de la respuesta.

- Las dos cosas - digo- . En ese orden.

Sonríe sin humor.

- Lo imaginaba.

Se frota las manos, como quien se prepara para algo largo.

- Cuando yo llegué aquí - empieza- , Saint Mary's ya existía. No era tan… pulido como ahora, pero ya estaba el esquema: el pueblo como entorno, Elías como figura central, la fundación por detrás. Yo venía reventado de ciudad, de ver casos que entraban y salían sin cambio real. Me vendieron esto como algo diferente: "intervención profunda", "entorno contenido", todas esas palabras que tanto te gustan.

- No soy yo a quien le gustan - murmuro.

- Ya. - Asiente- . A mí, en ese momento, me sonaron a esperanza. Tenía la sensación de que, por una vez, íbamos a hacer algo más que parchear.

Me cuesta imaginar a Daniel ilusionado con nada que no sea una receta de cocina o un beso. Pero ahí está, viéndose en una versión más joven.

- Mi papel - continúa- , era doble: por un lado, coordinaba con la fundación real la llegada de perfiles; por otro, aquí dentro, era ojos y manos. Acompañar, observar, avisar si algo se torcía.

- ¿Perfiles como "nuestras Margaret"? - pregunto.

- Perfiles con duelos complicados, sí - responde- . Gente al límite. Personas que, si nadie hacía nada, iban directas al precipicio. - Se pasa la mano por la cara- . Eso es lo que me repetía.

- ¿Y las otras? - insisto- . Las de las tumbas. ¿De dónde venían?

- De sitios como el tuyo - dice- . Ciudades, trabajos absorbentes, familias rotas por algo que las partió en dos. El patrón se repetía: una pérdida brutal, culpa, autodestrucción en marcha. Elías decía que aquí podían "reiniciarse".

- ¿Y lo hicieron? - pregunto.

Duda.

- Algunas mejor que otras - admite- . A la primera Margaret se le había ido ya demasiado la vida entre las manos. No se adaptó al pueblo. No se adaptó a sí misma. Se empeñó en vivir en duelo permanente. Empezó a… - busca una palabra- , boicotear todo. A poner en duda cada gesto, cada mirada. A pensar que todo era falso.

- ¿Y no era así? - pregunto, afilada.

- No del todo - responde- . Ni para vosotros ni para nosotros. Nosotros también vivíamos aquí, ¿sabes? Esto no es un decorado que recogemos al final del día.

Miro la pared, como si pudiera ver los clavos que sujetan el decorado.

- ¿Qué le pasó? - repito.

- Bebía demasiado - dice, como prefiriendo ese detalle- . Se iba sola al cementerio. Hablaba de irse constantemente. Un día… no volvió. - Traga saliva- . La encontraron abajo, en la curva de la carretera. Oficialmente, se resbaló con el barro. Oficiosamente… se dejó caer.

Sus ojos se nublan un segundo.

- ¿La empujó alguien? - pregunto.

- No - responde, demasiado rápido- . Eso sí que no. Te lo juro.

El juramento me sabe menos sólido de lo que debería.

- ¿Y las demás? - insisto.

Se encoge de hombros, agotado.

- Cada historia es distinta. Una se enfermó. Otra no soportó que la familia de fuera la hubiera "olvidado" y se fue enloqueciendo poco a poco. Aquí se hace lo que se puede. No somos omnipotentes.

Omnipotentes no. Jueces de quién pertenece a un pueblo, quizás un poco.

- ¿Quién decidió que todas se llamarían Margaret? - pregunto.

Daniel se pasa un dedo por la frente, como si esa pregunta le diera dolor de cabeza.

- Eso vino de arriba - responde- . Del señor Harrow y de Elías. - Se encoge de hombros- . El discurso era que el nombre representaba una figura de reconstrucción. Un símbolo de todas las mujeres rotas que encontraban nuevo sentido aquí. A mí me pareció cursi, pero no criminal.

- ¿Y ahora? - pregunto.

Me mira a los ojos.

- Ahora me parece una obsesión - dice- . Una peligrosa. Pero cuando estás dentro desde el principio, las cosas se normalizan más de lo que deberían.

- ¿Y tú qué papel tenías conmigo? - la pregunta sale antes de que pueda adornarla.

Él respira hondo.

- Elías supo de ti antes que yo - dice- . Le llegó tu perfil a través de la fundación real: mujer joven, hermana muerta en accidente, sentimiento de culpa intenso, agotamiento laboral, conducta autodestructiva en aumento. Para ellos eras… un buen caso para programa intensivo.

- ¿Para ellos o para vosotros? - pregunto.

- Para los dos al principio - responde- . La idea era que entraras en el programa oficial. Pero Elías vio otra cosa. Dijo: "Es ella". - Hace

una pausa- . Yo no entendí del todo esa frase hasta que te vi en persona.

Mi piel se eriza.

- ¿Dónde me viste por primera vez? - pregunto- . ¿En la fundación? ¿En la ciudad?

- En un café cerca de la clínica donde ibas a la primera entrevista - dice- . Se supone que solo tenía que observarte, ver si el perfil encajaba con lo que queríamos aquí. - Sonríe, triste- . Estabas discutiendo por teléfono. Creo que con tu madre. O con tu propia cabeza.

Intento recordar ese café.

Se me escapa, como tantos otros detalles.

- ¿Te presentaste como alguien de la fundación? - pregunto.

- No - dice- . Solo como Daniel. El "coordinador de programa". Eso era verdad. Coordinaba, solo que… no el programa que tú creías.

Se me revuelve el estómago.

- ¿Te dije que sí a algo sin saber a qué? - pregunto.

- Firmaste papeles que venían con el logo real - responde- . No voy a mentirte. Pero el destino final… se fue desviando hacia aquí. Harrow tenía su propio plan. Elías también. La fundación central no controló tanto como cree.

- ¿Y tú? - le sostengo la mirada- . ¿Qué creías que hacías?

Silencio.

- Al principio… - admite- , solo hacía mi trabajo. Seleccionar, acompañar, informar. Pensaba que te estaba salvando de estrellarte contra una pared. Que te traía a un sitio donde no estuvieras sola con tu culpa. - Se ríe sin alegría- . Nunca pensé en cementerios con tu nombre.

- ¿Y ahora? - pregunto- . ¿Qué haces ahora?

Me mira como si buscara una respuesta aceptable.

- Ahora intento no perderte - dice- . Y eso significa… muchas cosas a la vez.

Su frase cuelga en el aire.

- ¿Sabías lo de las tumbas? - pregunto.

- Sí - responde, sin rodeos.

- ¿Y la fosa? - insisto- . ¿Sabías que hay un hueco abierto, con una placa que pone "M." esperando a que alguien rellene el año?

Baja la vista.

- Eso es… preventivo - dice.

- Preventivo - repito, incapaz de creer que esté usando esa palabra- . ¿Preventivo de qué? ¿De que me dé por morirme en otro sitio?

- De que, si pasa algo, no cunda el pánico - responde, casi en automático- . Aquí les gusta tenerlo todo bajo control.

- ¿"Pasa algo" como que me vuelva demasiado incómoda? - pregunto- . ¿Como que empiece a recordar demasiado, a preguntar demasiado?

Él guarda silencio.

Ahí está la respuesta.

- Daniel… - mi voz tiembla- . ¿Te han pedido que me vigiles?

Él levanta la cabeza de golpe.

- Siempre te he vigilado - dice- . Desde el principio. Ese era mi trabajo.

Me arde la cara.

- ¿Y que te enamoraras? - pregunto- . ¿Eso también estaba en la descripción del puesto?

Se queda mudo.

Se levanta de la silla, da un par de pasos por la habitación, como un animal encerrado.

- No - dice al fin- . Eso no. Eso no entraba en el plan de nadie, ni en el mío.

Se gira hacia mí.

- Se supone que tenía que observarte, reportar a Elías, a Harrow, a quien hiciera falta, si veíamos riesgos. Se suponía que, si "el caso" no funcionaba, había protocolos. - Hace un gesto vago- . Ayudarte a salir, reconducir, buscar otros entornos.

No le creo.

- ¿Protocolo como la curva de la carretera? - pregunto- . ¿Como las tumbas en fila?

- No todo es conspiración - protesta- . A veces la gente simplemente no aguanta.

- ¿Y Tom? - lanzo.

Su gesto cambia.

- ¿Qué tiene que ver Tom en todo esto? - pregunta, a la defensiva.

- Él estaba hoy allí. Con la fosa. Con la pala. Con el discurso de "solo hacemos agujeros donde nos dicen" - respondo- . ¿Quién le dice dónde cavar?

- Elías - dice, sin pensarlo demasiado.

- ¿Sabes quién mató a mi hermana? - pregunto, y la habitación se queda helada.

He soltado la piedra sin plan.

La pregunta queda ahí, entre los dos.

Daniel aprieta la mandíbula.

- No fue un asesinato - dice- . Fue un accidente.

- ¿Estás seguro? - mi voz es un hilo.

- Eso es lo que se decidió - responde.

“Lo que se decidió.”

No “lo que pasó”.

No “lo que se probó”.

Lo que se decidió. No esperaba esa respuesta.

- Algún día tendrás que decirme qué significa exactamente “se decidió” - susurro.

Él respira hondo, como si quisiera cortar la conversación de raíz.

- No hoy - dice- . Hoy no.

Se acerca otra vez a la cama.

Se inclina un poco hacia mí.

- Quiero que entiendas al menos una cosa - dice- . Cuando te traje aquí, cuando te acompañé aquella primera vez, mi papel era acompañar a “otra Margaret” más. Vigilar, informar, intervenir si algo se torcía. Eso iba a ser. Un trabajo.

Pero me encontré contigo. - Se le quiebra la voz apenas- . Y ya no era solo un trabajo.

Me aparto un poco.

- ¿Y eso qué cambia? - pregunto.

- Cambia que ahora no quiero que acabes en ninguna fosa - dice- . Que si alguien intenta aplicarte los mismos “protocolos” que a las otras, van a tener un problema conmigo.

- ¿Y tú con ellos? - pregunto.

Se encoje de hombros.

- Ese ya lo tengo - responde- . Aunque todavía no lo sepan del todo.

Nos miramos unos segundos.

Querría creerle.

Querría agarrarme a esa idea de que, al menos, alguien dentro de este teatro está dispuesto a romper la obra por mí.

Pero me acuerdo de sus silencios, de sus "no hoy", de su "se decidió".

Se incorpora.

- Tengo que hacer unas llamadas - dice- . Y tú deberías descansar. - Se detiene en la puerta- . Y, por favor, por ahora… nada de cementerio. No les des más motivos para pensar que estás desestabilizada.

- ¿Les? - pregunto- . ¿A quién?

- A todos - responde- . A Elías, a los de fuera, a quien sea que lleve la cuenta.

Cierra la puerta detrás de sí.

Me quedo sola, otra vez, en el dormitorio.

El sonido de sus pasos alejándose por el pasillo se mezcla con otro, que no viene de fuera sino de dentro:

Cuando te traje aquí, se suponía que solo tenía que vigilarte.

Lo que iba a ser un trabajo.

Lo que se ha convertido en una jaula donde, si alguien decide que dejo de ser útil, ya tienen preparado el agujero.

La diferencia, ahora, es que sé que Tom no es el único que vigila.

Yo también estoy mirando.

CAPÍTULO 20

Protocolo

Duermo poco y mal.

Cada vez que cierro los ojos veo la fila de lápidas, todas con el mismo nombre delante, y la placa de metal con la "M." esperando su turno. Cuando consigo quedarme dormida, sueño que alguien se acerca por detrás y rellena el año con un destornillador.

Me despierto con el corazón acelerado y las sábanas pegadas al cuerpo.

Daniel no está en la cama.

El hueco a su lado está frío. Eso significa que lleva un rato levantado.

Me incorporo, me pongo la bata, bajo las escaleras.

Lo encuentro en la cocina, de pie, apoyado en la encimera, con el móvil en la mano. No ha encendido la cafetera aún. Eso ya me dice que algo no va bien: Daniel siempre pone el café primero y piensa después.

En cuanto oye mis pasos, bloquea la pantalla y deja el móvil boca abajo sobre la mesa.

- Hola - dice, forzando una sonrisa- . Te he dejado dormir un poco. Ayer fue… intenso.

- ¿Para cuál de los dos? - pregunto.

Ignora la ironía.

- ¿Quieres café? - pregunta, abriendo un armario.

- Quiero saber con quién hablabas - respondo.

- Con nadie - dice- . Miraba unos correos.

- ¿De la fundación? - insisto- . ¿De cuál?

No responde enseguida.

- De trabajo - dice al final- . Cosas que no te interesan. Formularios, reuniones, esas mierdas.

Su lenguaje se vuelve más grosero cuando miente. Es un detalle pequeño, pero ya he aprendido a reconocerlo.

- A mí me interesa todo lo que ponga mi nombre - respondo.

Se gira hacia mí, con el frasco del café en la mano.

- No ponía tu nombre - dice, y le creo a medias- . Pero es evidente que todo aquí te salpica de una forma u otra.

Silencio.

Empieza a preparar el café como siempre, pero sus movimientos no tienen la fluidez habitual. Está más rígido, como si llevara el cuerpo en piloto automático y la cabeza en otro sitio.

- Elías quiere verme luego - comenta, sin mirarme.

- Qué raro - respondo- . Hace siglos que no habláis.

Se le escapa una sonrisa, breve.

- Dice que tenemos que terminar de concretar lo de la exposición - añade- . Y… otros temas.

"Otros temas".

- ¿Temas como qué hacer con la Margaret actual? - pregunto.

- No empieces así - murmura.

Pone dos tazas sobre la mesa, se sienta frente a mí.

- Hay muchas cosas en juego - dice- . No solo tú y yo. Hay años de trabajo, gente implicada, estructuras que no se cambian de un día para otro.

- ¿Estructuras como una fila de tumbas? - replico.

- Estructuras como un pueblo entero que funciona porque cree en algo - responde-. Si les quitas el relato de golpe, se viene abajo todo. Eso también tiene víctimas.

Me callo.

No quiero empezar el día discutiendo sobre qué víctimas valen más.

◆ ◆ ◆

Después del desayuno, Daniel se va.

Se pone la chaqueta, coge el móvil y la carpeta transparente que había intentado esconder la otra vez. La mete en el maletín.

- No sé a qué hora volveré - dice- . Si te mareas con las pastillas o te encuentras rara, llama al médico. O a Elías. O a mí.

- Claro - respondo- . Tengo una lista larga de hombres a los que llamar si mi cabeza anda mal.

No se ríe.

- Sara… - empieza.

La palabra se me clava. Me ha llamado "Sara" en voz baja, casi sin darse cuenta.

Nos miramos.

- ¿Lo ves? - digo- . Ni tú estás claro de a quién estás hablando.

Cierra los ojos un segundo.

- Precisamente por eso necesito ordenar - dice- . Antes de hacer o decir algo de lo que no pueda volver atrás.

Sale.

La puerta se cierra despacio, pero el clic suena igual que un portazo.

◆ ◆ ◆

Me quedo sola con la casa. Con la casa y con el eco de "ordenar".

Cojo el móvil. Nada nuevo de Marta.

La última conversación es la de ayer, con sus descubrimientos: Harrow, las cartas, el cura sin registro, la fundación real empezando a sospechar.

Pienso en escribirle: "he visto varias tumbas con mi nombre" y "hay un hueco para mí". Pero sé que, si empiezo el mensaje así, lo siguiente que me dirá será "tienes que salir YA".

Y ahora mismo, salir del pueblo pareciera lo más complicado del mundo.

En cambio, escribo:

"Daniel está raro. Hoy tiene reunión con Elías y no me dice de qué. Ayer reconoció que su trabajo al principio era vigilarme. No sé hasta qué punto está dispuesto a dejar de hacerlo."

No tarda mucho en llegar la respuesta.

Marta:

"Está entre dos fuegos: el sistema y tú.
Eso es bueno y malo a la vez.

Bueno, porque puede fallarles.
Malo, porque si aprietan, pueden usarle para llegar a ti."

Respiro.

Escribo:

"Ayer estuve en el cementerio. Hay varias mujeres enterradas como 'Margaret + inicial'. Todas con la frase 'Siempre nuestra Margaret'.

Y una fosa abierta con una placa que pone solo 'M.'.

No quiero imaginar para quién."

La respuesta tarda un poco más.

"Joder. Vale.

Eso confirma que no eres la primera. Y que ya han hecho esto antes.

Si sienten que el chiringuito se tambalea, pueden querer 'cerrar tu caso' antes de que hables con alguien de fuera.

Traducción: cuanto más avance la investigación desde fuera, más peligro puedes correr dentro.

No te asustes, pero no seas ingenua. Se protegerán."

Las palabras "cerrar tu caso" y "protegerse" me dan un escalofrío.

Marta manda otro mensaje enseguida, como si me escuchara respirar.

"Aún no están en pánico.
La fundación real está en fase de '¿qué coño es esto?'.

Pero si Harrow sabe que hay ruido, puede apretar a tu cura y a tu marido.
Esa cadena la tienes que vigilar."

Guardo el móvil.

Vigilar.

El verbo se repite tanto en mi vida últimamente que parece un mantra.

Yo, la vigilada.

Tom, vigilante del cementerio.

Daniel, vigilante asignado que se enamoró.

Elías, vigilante de conciencias.

Quizá es hora de poner yo también un ojo donde pueda.

◆ ◆ ◆

A media mañana, salgo.

No voy hacia el centro. No voy hacia el cementerio. Voy hacia el borde.

Hay una parte del pueblo que da a un camino de tierra, más allá de las últimas casas. Ese camino, dicen, lleva a otros pueblos, a una carretera, a "el mundo".

Nunca lo he seguido entera.

Siempre he dado la vuelta antes, por educación, por costumbre, por miedo.

Hoy no sé exactamente qué excusa me doy para acercarme: aire, paseo, comprobar que el mundo existe.

El cielo sigue gris, pero ha dejado de llover.

Camino.

Las casas se van haciendo más dispersas. La última es la del viejo Mathius, con su huerto de patatas. Más allá, solo hay campo y una valla baja que separa propiedades.

El camino de tierra empieza ahí.

Pisa blando. Se ve que ha pasado algún coche recientemente; hay marcas de rueda, pero no muchas.

Sigo unos metros más.

Escucho algo.

Un motor.

Me aparto sin pensarlo y me escondo detrás de unos arbustos bajos, al lado del camino. Me siento ridícula, pero mi cuerpo se ha movido antes que mi cabeza.

El coche aparece al poco.

Es el mismo que he visto varias veces en el pueblo, pero nunca había prestado atención: un todoterreno oscuro, sin logotipos llamativos. Podría ser de cualquiera.

Conduce Tom. Va solo.

Pasa a poca velocidad, como quien está acostumbrado a ese camino. No mira hacia los lados. En la parte trasera lleva algo cubierto con una lona. Podrían ser herramientas. Podría ser cualquier cosa.

Lo veo alejarse.

El camino sigue.

Me quedo donde estoy, con el corazón latiendo más rápido.

No es solo que Tom vaya y venga. Es que hay una ruta clara de entrada y salida que nadie menciona. Una puerta trasera.

Espero unos minutos, hasta que dejo de oír el motor.

Luego vuelvo al pueblo como si hubiera salido solo a estirar las piernas.

No estoy lista todavía para seguir ese camino.

Pero ahora sé que hay algo más que una vaga sensación de encierro: hay una salida física, una boca del túnel.

Que no la use, no significa que no exista.

◆ ◆ ◆

Daniel vuelve a media tarde.

Tiene la cara cansada y la mandíbula tensa.

Deja el maletín en el recibidor sin exagerar el gesto, pero lo conozco: si no trae el maletín hasta la cocina es porque dentro hay cosas que no quiere que se me acerquen.

- ¿Qué tal el día? - pregunta, automático.

- He salido a caminar - respondo- . He visto que el pueblo no se acaba donde dice la guía turística.

Me mira, alerta.

- ¿Has ido muy lejos? - pregunta.

- Hasta donde me han dejado las piernas - respondo, vaga.

No insisto. Él tampoco.

Cenamos sin hablar mucho. Hay una tensión espesa en el aire, como si ambos esperáramos a que el otro saque un tema del que ninguno quiere hablar.

Es él quien lo hace, al final.

Estamos recogiendo los platos cuando dice:

- He tenido una llamada.

- Ya me lo imaginaba - respondo- . Por cómo has desayunado.

Sonríe sin humor.

- De la fundación - añade- . De la real.

Eso me sorprende.

- ¿De la real real? - pregunto- . ¿No de la versión parroquial?

- De la oficina central - confirma- . Alguien de dirección. Y luego otra más corta de la supervisora clínica.

Mi corazón se acelera.

- ¿Qué querían? - pregunto.

- Información - dice- . Y darme un pequeño tirón de orejas velado.

Se apoya en la encimera, se cruza de brazos.

- Han recibido "comentarios" - explica- . Preguntas extrañas sobre un posible programa residencial con su nombre en un pueblo que ellos no tienen registrado. Han visto que mi nombre aparece vinculado a ellos y han tirado del hilo.

Marta.

No hace falta decirlo.

- ¿Y qué les has dicho? - quiero saber.

- Que aquí no hay ningún programa suyo - responde- . Que colaboramos en evaluaciones, derivaciones, poco más. Que el pueblo es solo eso: un pueblo. - Hace una pausa- . No se lo han tragado del todo.

- Normal - comento- . Si alguien estuviera usando mi nombre para secuestrar gente, tampoco me lo tragaría.

Él aprieta la mandíbula, pero no discute la palabra “secuestrar”.

- Han pedido ver documentación - continúa- . Listados de casos, contratos, nombres de profesionales. Quieren asegurarse de que nadie esté haciendo pasar por suyo algo que no controlan.

- Y alguien sí lo está haciendo - añado- . Harrow. Elías. Tú.

Daniel me mira con cansancio.

- No es tan lineal - responde- . Pero sí, en esencia, eso es lo que temen. Y tienen razón.

Silencio.

- En la segunda llamada - dice- , han sido más directos. Me han preguntado por ti.

Siento un frío que me recorre la espalda.

- ¿Qué has dicho? - pregunto.

- Que eras mi mujer - responde- . Que habías estado muy mal hace años, que en su momento te preseleccionaron para un programa pero que decidiste no ingresar. Que tu proceso lo llevamos aquí, con ayuda de gente de confianza.

- Mitad verdad, mitad mentira - digo.

- Como todo últimamente - responde.

Se pasa una mano por el pelo.

- Me han dicho algo que no me esperaba - añade- . Me han dicho que, si hay indicios serios de que alguien ha usado su nombre para hacer una intervención no autorizada, van a denunciar. Que esto se puede convertir en un caso mediático. Y que, si hay víctimas, van a querer testimonio.

La palabra "víctimas" cae en medio de la cocina como un plato roto.

- ¿Y tú qué has sentido? - pregunto- . ¿Alivio? ¿Miedo?

- Las dos cosas - admite- . Alivio por pensar que quizá alguien de fuera pueda poner freno a esto. Miedo por ti.

- ¿Por qué podrían necesitarme? - digo- . ¿O porque podrían matarme antes de que abra la boca?

Él cierra los ojos un segundo.

- Porque, si esto se convierte en una guerra, tú estás en medio del campo de batalla - dice- . Y los que se sienten acorralados pueden actuar sin pensar.

- ¿Harrow? - pregunto.

- Harrow, Elías, cualquiera que crea que ha dedicado su vida a un "bien mayor" y no está dispuesto a que se lo tiren abajo - dice- . La gente así es imprevisible cuando siente que la van a exponer.

Nos quedamos callados.

- ¿Te han dado alguna instrucción? - pregunto al fin.

Ahí está la palabra: instrucción. Orden.

Daniel se muerde el labio.

- De momento, oficial, solo que recopile información y se la haga llegar - dice- . Extraoficialmente… - mira hacia la puerta, como si temiera que alguien escuchara- , una voz menos protocolaria me ha sugerido que, "por seguridad", quizá sería conveniente trasladarte a un entorno más controlado si te empiezas a descompensar.

- ¿Más controlado que un pueblo entero diseñado alrededor de mí? - ironizo- . ¿Qué es lo siguiente, una urna?

- Un centro hospitalario - responde- . Uno de verdad. Con psiquiatras, enfermeras, cámaras y todas esas cosas que tanto odias.

Lo dice sin sarcasmo.

- ¿Y tú qué les has dicho? - pregunto.

- Que ahora mismo estás estable - dice- . Que no hay necesidad de nada drástico.

- ¿Eso crees? - pregunto.

Me sostiene la mirada.

- Creo que estás más lúcida que muchos de los que deciden cosas sobre ti - responde- . Y eso les da miedo.

Hay algo en la forma en que lo dice que sí me suena a él, no al coordinador.

- Pero hay otra llamada que falta - añado- . La de Harrow. ¿Te ha llamado?

Daniel guarda silencio un momento demasiado largo.

- No directamente - dice al final- . Pero Elías ha recibido "indicaciones" por la vía que tiene con él. Y me las ha trasladado.

Ahí está.

- Traducción - digo- : alguien ha hablado con alguien importante y la orden ha bajado por la cadena.

Asiente.

- ¿Y cuál es la orden, Daniel? - pregunto, con una calma que no siento- . Dila en voz alta.

Traga saliva.

- "Cerrar el círculo" - dice- . Que el programa en Saint Mary's no se convierta en un escándalo. Que, si hay riesgo de filtraciones, se proteja la integridad del proyecto.

- Eso no significa nada - respondo- . Es humo. ¿Cómo se "protege la integridad del proyecto"? ¿Borrando a las Margarets que recuerdan demasiado?

Él aprieta los puños.

- No he recibido ninguna orden literal de hacerte daño - dice- . Que te quede claro eso. No hay un papel que ponga "haz X con tu esposa".

- No tiene por qué haberlo - respondo- . La gente de traje no escribe "mátala". Escribe "aplique el protocolo de seguridad estándar".

Se nos queda la cocina pequeña.

- ¿Y Tom? - pregunto- . ¿Ha salido en alguna de esas conversaciones?

Daniel frunce el ceño.

- Tom es un ejecutor, no un estratega - dice- . Nadie le mete en las llamadas. A él le dicen dónde cavar, a veces a destiempo. Y demasiado.

La frase me da un mareo breve.

- Elías confía en él - añade- . Lo considera leal. Eso le hace peligroso, sí.

- ¿Crees que… - respiro hondo- , que si tú no hicieras lo que esperan, él lo haría?

Daniel me mira como si le hubiera leído el pensamiento más oscuro.

- Creo que hay cosas que ni siquiera tendría que pedírselas - dice, al final- . Que ya sabe qué se espera de él cuando las cosas se "complican".

La palabra "complican" me suena a eufemismo de tumba.

Nos quedamos los dos de pie, con la mesa entre medias, como si fuera una frontera.

- Tienes que decidir de qué lado estás - le digo, sin rodeos.

- No es tan sencillo - responde- . Si fuera solo elegir entre tú y ellos, lo tendría claro. Pero si elijo mal, puedo empeorar las cosas. Para ti. Para el pueblo. Para todos.

- No me uses al pueblo de escudo - digo- . Esto no va de las viejas de misa. Va de un fundador enfermo, un cura fanático, un pueblo que se ha acostumbrado a mirar hacia otro lado y un hombre que, al principio, solo venía a hacer su trabajo.

Se le humedecen los ojos.

- No sabes cuánto odio que tengas razón en parte - dice.

Nos interrumpe un ruido en la calle.

Un motor que se detiene cerca.

Miro por la ventana.

El todoterreno oscuro está aparcado a unas casas de distancia. No hace falta mucho esfuerzo para reconocerlo.

Tom baja del coche. Lleva el mono verde, pero esta vez no lleva herramientas en la mano. Solo las llaves, que hace girar entre los dedos mientras se queda un segundo mirando hacia nuestra casa.

No hacia el jardín. Hacia la fachada.

Nuestros ojos se cruzan a través del cristal.

No hay saludo. No hay gesto. Solo una mirada fija, rápida, como si confirmara una coordenada.

Luego sigue andando calle abajo, hacia la parroquia.

Me aparto de la ventana.

- ¿Quién ha sido? - pregunta Daniel.

- Nadie - respondo- . El hombre que hace agujeros donde le dicen.

- -

Esa noche, no dormimos juntos.

No lo decidimos así; simplemente ocurre.

Él se queda en el sofá, supuestamente "viendo algo" en la tele. Yo subo al dormitorio con la excusa de estar cansada.

Me tumbo vestida encima de la cama, con la luz apagada.

El móvil vibra.

Mensaje de Marta.

> *"Actualización rápida:*
>
> *La fundación real ha abierto una investigación interna. Hay gente de dentro que está cabreada y gente que se quiere lavar las manos.*
>
> *He oído (no me preguntes cómo) que han contactado con alguien de tu pueblo. No saben exactamente qué pasa allí, pero sospechan.*
>
> *Esto es bueno porque puede exponer lo que hay.*
> *Malo, porque si los de ahí se enteran de que van a tirar del hilo, pueden intentar 'limpiar' antes.*
>
> *¿Algún movimiento raro hoy?"*

Respiro hondo.

Escribo:

> *"Daniel ha confirmado que Harrow ha mandado 'indicaciones' a través de Elías. Palabras como 'cerrar el círculo', 'proteger el*

proyecto’.

Nada explícito, pero se entiende.

Tom rondando más cerca.

Siento que estoy en cuenta atrás, pero sin saber cuánto tiempo queda.”

La respuesta llega rápido.

“Ok.

Esto está entrando en fase peligrosa.

Voy a intentar acelerar desde fuera, pero tú tienes que jugar muy fino dentro.

No te enfrentes directamente. No corras. No provoques.

Observa TODO.
Y si ves que de repente te quieren sacar del pueblo ‘para cuidarte mejor’, me lo dices inmediatamente.

Esa frase, en este contexto, me da MUCHO miedo.”

Miro el techo.

Pienso en coches, carreteras, curvas, clínicas, furgonetas blancas, en cualquier cosa que implique salir de aquí sin que sea por mi propio pie.

Escribo solo:

“Entendido.”

Dejo el móvil en la mesilla.

Abajo, escucho el murmullo bajo de la televisión.

Por la ventana entra una luz débil de farola.

Todo parece tranquilo.

Es la clase de tranquilidad que hay justo antes de que alguien, en algún sitio, marque una casilla en un formulario que diga:

“Caso: no viable.
Protocolo: cerrar.”

CAPÍTULO 21

La excursión

A la mañana siguiente, Daniel hace café como si nada estuviera pasando.

Es casi peor que cuando está borde: esa normalidad forzada, esos silencios que no se llenan con bromas como antes.

- He dormido fatal - digo, sentándome- . Por si te sirve para tu informe diario.

- Hoy no pienso hacer informes - responde, sin mirarme- . Hoy pienso fingir que somos una pareja normal una mañana más.

- ¿Te pagan por fingir o ya es vocación? - pregunto.

Sonríe un segundo, pero se le borra rápido.

- Elías quiere verte - dice, como quien comenta el tiempo.

- Qué sorpresa - murmuro- . ¿Cita en el cementerio o en la parroquia esta vez?

- En la parroquia - responde- . Me ha mandado mensaje: "cuando nuestra Margaret se encuentre con fuerzas, me gustaría hablar con ella en privado".

- Siempre tan sutil - respondo.

Daniel deja la taza sobre la mesa, se pasa una mano por la nuca.

- Ve - dice- . Pero mide lo que dices.

- ¿Me lo dices tú? - levanto una ceja- . ¿Mi vigilante oficial?

- Te lo dice alguien que sabe cuánto le gusta a Elías interpretar las palabras de los demás como le conviene - responde, serio- . Él ya tiene un relato de ti en la cabeza. No le des frases que encajen demasiado bien en su guión.

Me mira, como queriendo decir algo más. No lo hace.

◆ ◆ ◆

El despacho parroquial está al fondo del pasillo, detrás de una puerta de madera más gastada que las demás. Siempre que entro pienso que huele a papel viejo y a colonia barata.

Llamo.

- Adelante - responde Elías.

Entro.

Está sentado detrás del escritorio, sin alzacuellos hoy. Lleva jersey oscuro y una camisa clara. Podría pasar por profesor de instituto si no supiera lo que sé.

Sobre la mesa hay una taza de té, algunos papeles con el membrete de la fundación real y otros con el logo de la parroquia. Todo mezclado. Como si él no viera tanta diferencia.

- Gracias por venir, Margaret - dice- . Siéntate, por favor.

Me siento frente a él.

Hay una silla más, vacía, a mi lado.

- ¿Dónde está Daniel? - pregunto, sin pensarlo.

Elías sonríe.

- Él y yo ya hemos hablado - responde- . Ahora quería escucharte a ti. Uno a uno, siempre es más claro.

Claro para quién, pienso.

- ¿Te han contado que la fundación ha llamado? - empieza.

- Algo me ha dicho Daniel - respondo- . Que han empezado a sospechar que hay por ahí una versión pirata de sí mismos.

Elías no se altera por la palabra "pirata".

- Han recibido informaciones confusas - dice- . Gente que hace preguntas sin conocer la historia completa. Es normal que se alarmen. Vivimos en un tiempo en el que cualquiera puede acusar con un correo electrónico.

Se me ocurre un nombre para esa "cualquiera". Se llama Marta.

- ¿Y qué les ha dicho usted? - pregunto.

- La verdad - responde, con total calma- . Que aquí no hay ningún programa suyo en marcha. Que somos un pueblo que, sí, se inspira en algunos de sus principios, pero que funciona como comunidad de fe. Que no mantenemos a nadie en contra de su voluntad.

La última frase se me clava.

- ¿Y se lo han creído? - pregunto.

Sonríe, ladeando la cabeza.

- Las instituciones grandes tardan en creer o en dejar de creer - dice- . Primero investigan, luego deciden. Mientras tanto, nosotros tenemos que cuidar de los nuestros.

"Los nuestros".

- ¿Cuidar como las otras veces? - suelto- . ¿Como a las otras Margarets.

Por primera vez, su gesto se tensa apenas.

- Has visto las tumbas - afirma.

- He visto mi nombre repetido tantas veces que parece un eco - respondo- . Y un agujero listo con una M. por si a alguien se le

ocurre escribir el resto.

Elías suspira, como si le diera pereza tener que explicar lo que para él es evidente.

- Cada una de esas mujeres llegó aquí rota - dice- . No por nuestra culpa. Por un mundo que no sabe qué hacer con el dolor. Aquí encontraron un tiempo, un espacio, una familia. Un nombre que las protegía. Algunas no pudieron completar el camino. No porque el nombre fuera maldito, sino porque su herida era demasiado profunda.

- ¿Y decidió usted qué heridas eran "demasiado profundas"? - pregunto.

- Lo decidieron los hechos - responde- . Y la vida. Y, a veces, la muerte. - Me mira- . Lo importante no es llenar el cementerio de teorías, sino acompañar a los que seguimos aquí.

- Acompañar al siguiente turno - respondo.

No lo niega ni lo confirma.

- Te he llamado porque estamos en un momento delicado - dice- . Hay ruido de fuera, hay mucho movimiento, gente preguntando demasiado. A veces estos contextos son malos para quienes, como tú, necesitan estabilidad.

- ¿"Como yo"? - repito.

- Personas sensibles, con tendencia a la culpa, a la duda - enumera- . Lo hemos visto en ti antes. Cuando te expones a demasiadas voces, te desestabilizas. Empiezas a cuestionar incluso las cosas que has construido con esfuerzo.

Pienso en Marta, en la libreta negra, en mi propia voz.

- ¿Y qué propone? - pregunto.

- Una pausa - responde enseguida, como si esa palabra estuviera preparada- . Un tiempo de retiro, más guiado, más contenido. Fuera

del ruido del pueblo, incluso. Un lugar donde puedas descansar de tanta tensión mientras los adultos resolvemos nuestros asuntos.

Los adultos.

- ¿Un centro? - pregunto- . ¿De verdad?

- No un hospital como antes los imaginas - dice- . Un espacio de cuidado. Habitación, jardín, profesionales. Nada de barro ni de tumbas ni de chismorreos. Solo tú y tu proceso.

Yo y su control, quiere decir.

- ¿Y quién ha tenido esta brillante idea? - pregunto- . ¿La fundación real? ¿Harrow? ¿Usted?

- Ha sido una conversación entre varios - responde- . Pero, al final, la decisión es tuya. Nadie va a arrastrarte a ningún sitio.

Miente con una naturalidad que asusta.

- ¿Y si digo que no? - pregunto.

- Entonces respetaremos tu "no" - dice- . Pero entenderás que, si mientras tanto sigues alimentando tus dudas con llamadas a gente de fuera, con incursiones al cementerio, con lecturas parciales de papeles viejos, tendremos que tomar medidas para protegerte de ti misma.

"Llamadas a gente de fuera."

La frase me atraviesa como un cuchillo frío.

- ¿Sabía que hablo con mi amiga? - pregunto, sin poder evitarlo.

No se inmuta.

- Sé que no estás tan sola como dices - responde- . Los teléfonos tienen memoria. Los pueblos también. No necesito saber detalles para entender que hay voces ahí fuera que no conocen la complejidad de lo que hacemos aquí.

La complejidad.

La palabra favorita de los que lian las cosas para no llamarles por su nombre.

- Lo que hacemos aquí - repite- , no es perfecto. Pero es mejor que dejar a la gente desangrarse en apartamentos anónimos. El señor Harrow ha puesto su fortuna al servicio de esta visión. Yo he puesto mi vida. Daniel ha puesto su corazón. Y tú… has puesto tu confianza.

- ¿La he puesto? - pregunto- . ¿O la habéis cogido?

Sonríe, con paciencia.

- Margaret, siempre has podido marcharte - dice- . Nunca ha habido barrotes. Nunca ha habido candados.

Pienso en la curva de la carretera. En Tom. En el todoterreno. En la forma en que todo el pueblo parece estar construido hacia dentro.

- Hay muchas formas de barrotes - murmuro.

- Por eso te propongo que este posible traslado sea voluntario - insiste- . Que seas tú quien diga: "necesito ayuda extra". Eso desactivaría muchas alarmas. Fuera y dentro.

- ¿Qué pasaría si acepto? - pregunto- . Literalmente.

- Te llevarían a un centro asociado - explica- . Uno que sí está en los mapas de la fundación real. Allí tendrías un equipo clínico completo, seguimiento, protocolos. No tendrías que preocuparte de nada. Solo de sanar.

- ¿Y usted? - pregunto- . ¿Y Daniel? ¿Seguirían teniéndome en sus gráficos?

- Nos seguiría importando tu bienestar - responde- . Pero ya no serías responsabilidad directa de Saint Mary's. No tendríamos que estar constantemente equilibrando tu proceso y la estabilidad del pueblo.

Ahí está. La frase clave.

- ¿Y eso le alivia? - pregunto.

- Me alivia pensar que podrías estar en un lugar donde nadie quiera usar tu historia como arma arrojadiza - dice- . Ni tú misma.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

- ¿Y si la fundación real decide que lo que han hecho aquí no es aceptable? - pregunto- . ¿Si empiezan a hacer preguntas incómodas? ¿Si se descubre que hubo "programas paralelos"?

Elías inclina la cabeza.

- Entonces yo responderé por lo que me toque - dice- . El señor Harrow hará lo mismo. Y tú… tendrás que decidir si quieres ser parte de una persecución o de una solución.

- ¿Persecución? - repito- . ¿Decir la verdad es perseguir?

- Depende de cómo se diga - responde- . Y de quién la escuche. A veces, exponer una obra que aún está incompleta solo sirve para que la destruyan, no para que la mejoren.

Miro la cruz de madera colgada en la pared detrás de él.

- ¿Y qué quiere usted que haga, exactamente, hoy? - pregunto.

- Que medites la propuesta - dice- . Con calma. Sin dejarte arrastrar por voces que no están aquí. Y que hables con Daniel. Que no lo conviertas en enemigo. Él está tan atrapado como tú, aunque creas que tiene más margen.

"Atrapado."

La palabra, dicha por él, suena casi a confesión.

Me levanto.

Elías también.

- Sea cual sea tu decisión - añade- , sigues siendo parte de esto. No lo olvides. Nadie te va a abandonar en mitad del camino.

No sé si lo dice como consuelo o como amenaza.

◆ ◆ ◆

Al salir del despacho, en el pasillo, escucho voces en el extremo que da al patio interior.

Reconozco las dos enseguida.

Daniel.

Tom.

La puerta que da al pequeño cuarto de limpieza está entreabierta. Me acerco lo suficiente como para oír, pero no tanto como para que me vean.

- …no me pida eso - dice Daniel, en voz baja pero tensa.

- No se lo pido yo - responde Tom- . Solo le traigo el mensaje. Ya sabe cómo funciona.

- Pues dile a Elías que el "mensaje" puede metérselo donde le quepa - responde Daniel- . No voy a hacerlo. No esta vez.

Hay un silencio breve.

- Sabe que, si usted no… - dice Tom, dejando la frase en el aire.

- ¿Tú sí? - pregunta Daniel, con desprecio.

Tom no responde inmediatamente.

- Yo hago lo que toca cuando toca - dice al final- . No me pagan por pensar.

La frase me golpea el pecho.

- Te pagan por cavar hoyos - dice Daniel- . No por llenarlos.

- A veces viene todo en el mismo lote - responde Tom- . Y usted lo sabe.

Hay otro silencio.

- Míreme - añade Tom, y casi puedo imaginarle señalándose la cara- . ¿Se cree que esto se hizo solo cortando setos?

Mi garganta se cierra.

Pienso en la ciudad. En la lluvia. En unos ojos detrás del parabrisas.

- Lo que pasó allí fue un accidente - escupo en mi cabeza, como si respondiera.

- Lo que pasó allí fue el principio - corrige la voz de Tom, aunque no lo haya dicho en voz alta.

Daniel resopla.

- No voy a discutir tu historial laboral ahora - dice- . Pero entiende lo que te digo: no pienso llevarla a ningún sitio para "tomar el aire" si el aire está al lado de un precipicio.

- Si no lo hace usted, alguien lo hará - responde Tom- . Aquí los protocolos no esperan a que todo el mundo esté de acuerdo.

- Pues que lo intenten - dice Daniel, y ahora sí le oigo más alto- . Que lo intenten y veremos.

Se hace un silencio gélido.

- Yo no estoy en contra de la chica - dice Tom, bajando la voz- . A mí me gusta esto tranquilo. El trabajo, el jardín, el cementerio. Usted sabe que yo no busco líos. Pero también sabe quién manda.

- Lo sé - dice Daniel- . Pero a veces hay que desobedecer para que esto no se convierta en una carnicería.

Pasos.

Me aparto a tiempo, fingiendo que ajusto mi bufanda.

Daniel sale del cuarto primero. Me ve en el pasillo. Sus ojos se agrandan un segundo.

- ¿Llevas mucho ahí? - pregunta.

- Lo suficiente - respondo.

Tom aparece detrás de él, con el mono verde lleno de manchas de algo que no quiero identificar, las manos metidas en los bolsillos.

Me mira rápido, luego baja la vista.

- Buenos días, señora - murmura.

- Buenos días, Tom - respondo.

Elías aparece al otro lado del pasillo, como si nada. Sonríe, satisfecho de ver a sus piezas reunidas en el tablero.

- Ah, qué bien - dice- . Todos en familia. Daniel, Tom, Margaret… Siempre digo que este pueblo funciona porque cada uno cumple su papel.

No sé si se da cuenta de la ironía brutal de su frase.

◆ ◆ ◆

Daniel y yo volvemos a casa en silencio.

Solo cuando cerramos la puerta, habla.

- Has oído algo - dice.

- ¿Qué parte? - respondo- . ¿La de "no voy a hacerlo" o la de "yo hago lo que toca cuando toca"?

Se apoya en la pared del recibidor, se frota la cara con las dos manos.

- Te lo iba a contar - dice- . Pero quería encontrar la forma.

- Siempre quieres encontrar "la forma" - respondo- . Mientras tanto, otros encuentran la pala.

Levanta las manos, como rindiéndose.

- Han sido muy claros - dice- . Harrow ha puesto presión. La fundación real está mirándole. Elías siente que el suelo tiembla. Y cuando el suelo tiembla, él mira a los puntos que considera "críticos". Tú eres uno de esos puntos.

- ¿"Punto crítico"? - repito.

- Su forma fina de decir "eslabón que puede romper la cadena" - traduce- . La opción A para ellos es llevarte "voluntariamente" a un

centro donde puedan controlar el relato. Si te niegas y sigues haciendo preguntas, la opción B es… - traga saliva- , que "el pueblo no tenga que enfrentarse a otra crisis."

- Eufemismos everywhere - digo- . "Cerrar el círculo". "No enfrentarse a otra crisis". "Hacer lo que toca cuando toca".

Nos miramos.

- No voy a llevarte a ninguna parte para que pase "algo" - dice, con firmeza- . Ni carretera, ni lago, ni acantilado, ni hostias. No voy a repetir historias. Ni las tuyas ni las de otras.

- ¿Y crees que con tu "no" basta? - pregunto- . ¿No has oído a Tom? Si tú no, otro.

Se pasa la lengua por los labios, nervioso.

- Por eso tenemos que ir por delante - dice- . No me gusta pensar en términos de "huir" o "escapar", pero empieza a no quedar otra palabra.

La frase se me queda colgando en la cabeza.

- ¿Huir a dónde, Daniel? - pregunto- . ¿Has visto muchas veces a alguien salir de aquí? ¿Sabes siquiera qué hay más allá del camino de tierra?

- Sé que hay carreteras, ciudades, hoteles cutres y aeropuertos - responde- . Antes de este teatro, yo también vivía fuera. No he olvidado cómo se reserva un billete.

Me cuesta imaginarle fuera de este pueblo, sin el rol de marido perfecto.

- ¿Cuándo? - pregunto- . ¿Cuándo se te ha ocurrido que igual la única forma de protegerme de tus jefes es traicionarlos?

- Hoy - responde- . Escuchando a Elías hablar de ti como "nuestra carga" y oyendo a Tom ofrecerse, otra vez, a hacer el trabajo sucio. - Me mira- . Y ayer, en el cementerio, cuando vi cómo mirabas esa placa. No voy a dejar que tu nombre acabe ahí por… obediencia.

Nos quedamos un momento en silencio.

- Necesitamos tiempo - añade- . Y margen. Ahora mismo, cualquier movimiento brusco levantará sospechas. Si mañana cojo el coche y te saco del pueblo con una maleta, Elías sabrá que algo pasa. Tom también.

- ¿Y qué propones? - pregunto- . ¿Que nos vayamos de excursión dominical y, oh, qué despiste, hemos acabado en otro país?

Por primera vez desde hace días, esboza una sonrisa de verdad.

- Más o menos - dice- . Una excusa que encaje en nuestro guión. Algo que puedan tragarse sin volverse locos de inmediato. Una salida que parezca una salida pequeña.

Se acerca un poco.

- Mañana - dice- , voy a decir que te llevo a ver a un especialista a una ciudad cercana. Algo que tiene sentido: "segunda opinión", "comprobar medicación", lo que sea. Elías no podrá oponerse sin quedar como alguien que se mete demasiado. Tom, en teoría, no tendrá por qué venir.

- En teoría - repito.

- Todo esto es teoría hasta que se convierte en práctica - responde- . Pero prefiero un plan imperfecto a quedarme quieto esperando a ver quién rellena la M.

Me doy cuenta de que estoy temblando.

- ¿Y si nos paran? - pregunto- . ¿Y si alguien nos sigue?

- Entonces improvisaremos - dice- . No te voy a prometer un final perfecto, pero sí que no te llevaré conscientemente hacia un final que otros han decidido.

Se detiene un segundo.

- Y necesito que tú decidas algo también - añade- . Si, cuando llegue el momento, vas a confiar en mí lo suficiente como para subir a ese coche.

La pregunta se queda flotando.

¿Confío en él?

¿En el hombre que me trajo aquí creyendo que me salvaba y que ahora quiere sacarme creyendo que me salva de nuevo?

Pienso en Marta. En la fundación real. En la fosa. En Tom. En Elías. En Harrow, escribiendo cartas donde anima a ir "más profundo".

Pienso en mis propias piernas intentando caminar por el camino de tierra y quedándose a mitad.

- No sé si confío - respondo- . Pero sí sé que, si me quedo quieta, otros van a decidir por mí. Y ya llevo demasiados años en historias donde deciden otros.

Nos miramos largo rato.

- Está bien - digo al fin- . Mañana, al especialista.

Sus ojos se humedecen un poco. Asiente.

- Mañana, al especialista - repite.

◆ ◆ ◆

Esa noche, cuando me meto en la cama, la pastilla blanca me mira desde la mesilla como una elección más.

Podría tomarla y suavizar el miedo.

Podría no tomarla y tener la cabeza más clara. La cojo. La dejo sobre el lavabo del baño. La miro. Abro el grifo, la echo en el desagüe. La veo deshacerse.

- Hoy no - murmuro.

Cuando vuelvo al dormitorio, dejo el móvil cargando.

Hay un mensaje nuevo de Marta.

> *"Puede que pronto se muevan cosas gordas aquí.*
> *Si de repente te hablan de 'retiro', 'espacio seguro' o 'centro*

asociado', peligra.

Si sale la opción de que alguien de dentro te saque 'para cuidar de ti' y tú confías mínimamente, considérala.
De momento, todo lo que puede venir de fuera tarda más que un coche encendido en la puerta de tu casa.

Solo una cosa: que no te lleve nadie que sonría demasiado al cura."

Miro la pantalla unos segundos.

Apago la luz. Me tumbo. Mañana, se supone, iremos al especialista.

No sé si ese viaje será el principio de mi salida o el escenario perfecto para que alguien diga, una vez más:

"Fue un accidente. Se resbaló. La carretera estaba mala. No hay nadie a quien culpar."

CAPÍTULO 22

La curva

◆ ◆ ◆

Salimos del pueblo demasiado despacio para mi gusto.

Daniel conduce como si fuéramos a hacer la compra, no a jugarnos la vida.

La plaza, la fuente, la panadería… Todo parece igual, pero no lo es. Hoy cada esquina puede ser la última vez.

La señora Collins está en su puerta, con el trapo en la mano. Hace un gesto torpe con los dedos, algo entre bendición y despedida.

- ¿Al médico, hija? - pregunta.

- Sí - respondo- . A ciudad.

Sus ojos se clavan en los míos.

- No deje que otros decidan por usted - murmura.

No sé si lo dice por instinto o porque sabe más de lo que aparenta. En este pueblo, la ignorancia es un lujo que nadie tiene.

Pasamos frente a la parroquia.

Elías está en la escalinata, hablando con un hombre del pueblo. Cuando nos ve, alza la mano.

- Que el Señor os acompañe - dice.

No añade nada, pero en su sonrisa hay algo que suena a "ya veremos quién".

Detrás de él, apoyado en la barandilla, está Tom. Mono verde, gorra, manos en los bolsillos. Parece que solo está mirando el cielo, pero sus ojos siguen el coche hasta que doblamos la esquina.

Siento su mirada en la nuca incluso cuando ya no está.

Daniel aprieta un poco el volante.

- Tranquila - dice- . De momento todo es fachada.

De momento.

◆ ◆ ◆

En cuanto dejamos atrás las últimas casas, el paisaje se abre en campo y asfalto. La carretera serpentea.

Intento concentrarme en el horizonte, pero el espejo retrovisor me atrae como un imán.

Nada. Más curvas. Y entonces, ahí está.

Un coche oscuro, pequeño en la distancia, pero constante. Lo suficiente para que no pueda fingir que no lo he visto.

- Daniel - digo, sin quitar los ojos del espejo- . Dime que no llevamos una sombra pegada.

Él mira por el retrovisor central un segundo más de lo normal.

- Hay un coche detrás - admite- . Podría ser cualquiera. - Hace una pausa- . Pero no lo creo.

- ¿Tom? - susurro.

- O alguien como él - responde- . Aquí nadie sale solo a pasear a esta hora.

Intento soltar una risa nerviosa pero no me sale.

Más adelante, la carretera se divide.

A la izquierda, recto, la vía principal hacia la ciudad, bien señalizada, con un cartel grande.

A la derecha, una carretera más estrecha, sin línea central, que se mete entre colinas.

Daniel reduce la velocidad.

- La ciudad está recto - digo- . Por ahí.

- Lo sé - responde.

Pero no acelera. Se queda unos segundos con el intermitente apagado, como si el coche también dudara.

- ¿Qué haces? - pregunto, el corazón golpeando.

- Necesito saber si ese coche está aquí por casualidad… o por ti - dice- . No me voy a pasar el día sin saberlo.

Activa el intermitente a la derecha.

Gira hacia la carretera estrecha.

- ¿Estás loco? - se me escapa- . Esa no es la ruta normal.

- Precisamente - responde- . Si nos siguen por aquí, ya no hay duda.

◆ ◆ ◆

En cuanto entramos, el asfalto cambia de textura. Más rugoso. Sin líneas blancas. La carretera sube, se estrecha, se enrosca alrededor de la ladera.

A la derecha, la montaña. A la izquierda, una caída profunda, verde y marrón. No es un acantilado de película, pero sí lo bastante como para que un coche que se salga no lo cuente.

El estómago se me encoge.

- ¿Es…? - empiezo.

Daniel asiente antes de que termine la frase.

- Sí. Es la carretera de la que te hablé - dice- . Por aquí se "resbaló" una Margaret. Y por aquí te trajeron una vez. - Traga saliva- . Esa vez frené. Otros pensaron que hubiera sido mejor no hacerlo.

La palabra “resbaló” me da arcadas. Miro por el espejo lateral. El coche oscuro llega a la bifurcación.

Durante un segundo, parece que va a seguir recto, hacia la ciudad. Pero no.

Gira hacia donde estamos nosotros.

- Pues ya está - murmuro- . Confirmado. No venía de paseo.

Daniel aprieta la mandíbula hasta que los músculos le marcan.

- Adiós, plan A - dice.

- ¿Cuál era el plan A? - pregunto.

- Que nadie nos siguiera. Que esto pareciera una visita médica de pareja normal. - Suelta el aire- . Era demasiado optimista.

La carretera se cierra alrededor nuestro. Los árboles invaden los arcenes, las curvas se vuelven cada vez más cerradas.

El coche de atrás mantiene siempre la misma distancia. Ni se despega, ni se pega. No adelanta, no pita.

Solo está ahí.

Como un perro de caza esperando la orden de morder.

Mis manos se mojan de sudor.

- ¿Y ahora qué? - susurro- . ¿Vamos a seguir por aquí como si nada?

- No - dice Daniel.

Más adelante, a la izquierda, aparece un pequeño apartadero: un mirador cutre, con una barandilla metálica y un trozo de grava como para que quepan dos coches.

Daniel pone el intermitente.

- ¿Estás loco? - vuelvo a decir.

- Prefiero verlo de cerca aquí - responde- , que no en una curva sin valla.

Frena y se mete en el apartadero.

El coche se detiene. Silencio. El motor sigue encendido, ronroneando.

El coche de atrás tarda unos segundos en aparecer. Lo veo por el retrovisor.

Llega a nuestra altura. Podría seguir de largo, pero no. Imita el movimiento.

Se mete también en el apartadero, unos metros detrás y para. La piel se me eriza entera.

- Quédate dentro - dice Daniel- . Y no abras la puerta. Pase lo que pase.

- ¿Y si…? - empiezo.

- Si me pasa algo, grita hasta reventar los tímpanos a quien haga falta - responde- . Pero no salgas a jugar a heroína.

Antes de que pueda decir nada más, abre su puerta y baja.

El aire frío de la montaña entra un segundo y luego la puerta se cierra.

Me quedo sola dentro del coche, con el corazón desbocado y los dedos clavados en el asiento. Veo por el espejo cómo se abre la puerta del otro vehículo. Tom baja.

Va sin mono esta vez. Pantalones oscuros, chaqueta, botas. Pero sigue siendo la misma persona espeluznante con el mismo andar de hombre que pesa mucho más que sus años.

Se acerca despacio. No tiene prisa. Sus manos están en los bolsillos.

Daniel da un par de pasos hacia él.

Se quedan en medio del apartadero, con el valle detrás y la carretera por delante, como dos piezas de ajedrez plantadas en mitad del tablero.

No oigo las palabras, solo veo gestos. Tom señala hacia abajo, al valle. Luego hacia la carretera.

Daniel niega. Tom encoge los hombros. Se acercan un poco más. No hay empujones, no hay gritos.

Eso lo hace aún más inquietante.

Bajo unos centímetros la ventanilla para poder oír algo. El viento me trae frases sueltas.

- …ya sabe cómo es esto. No se sale del programa sin permiso. - Tom.

- No es un programa, es una jaula - Daniel.

- Llámelo como quiera. El señor Harrow no quiere líos. El padre tampoco. - Tom.

Silencio.

- La orden es que no desaparezca - añade Tom- . Así que, si se va muy lejos, alguien tendrá que arreglarlo.

"Arreglarlo".

Me entra una náusea seca.

- No pienso llevarla a ningún sitio donde un "arreglo" sea fácil - dice Daniel- . Ya conoces las curvas. Yo también.

Tom desvía la mirada un instante hacia el borde de la carretera, hacia la barandilla, hacia el valle.

- Hay sitios donde un coche se va y nadie pregunta demasiado - dice- . Sobre todo si la que va dentro ya tenía antecedentes. - Sus ojos vuelven a Daniel- . No me haga el trabajo más difícil.

- No voy a hacer tu trabajo - responde Daniel- . Ni hoy, ni nunca.

Mi respiración se acelera.

Tom se queda quieto.

- No me confunda, señor - dice- . Yo no soy el que decide. Yo solo sigo al coche que me dicen. Si usted frena en mal sitio, yo llamo. Si no frena, llamo igual. Siempre llamo.

Daniel se pasa una mano por el pelo.

- Entonces llama esto: "consulta en ciudad, sin novedad" - dice- . Le llevamos, le miran, le cambian pastillas, lo que quieras. Volvemos. Tú puedes contar que todo sigue en su sitio. Nadie se asusta. Nadie manda a otro con menos paciencia.

Tom le mira un rato largo.

- Veinticuatro horas - dice al final- . Eso es lo que dicen. No con esas palabras, pero ya me entiende. Hoy la lleva. Hoy vuelve con ella. Si mañana a esta hora no ha cruzado la entrada del pueblo… ya no seré yo quien venga.

La frase me congela.

Daniel asiente despacio.

- Veinticuatro horas - repite.

- No se equivoque - añade Tom, bajando la voz- . No es por usted. Es por el pueblo. No quieren otra tumba rara que explique demasiadas cosas.

"Otra tumba rara".

La fosa con la M me atraviesa como un flash.

Daniel da un paso hacia atrás. Regresa al coche. Abre la puerta y sube.

Se queda unos segundos con las manos en el volante, sin arrancar.

- ¿Qué ha pasado? - pregunto, casi sin voz.

- Nos han puesto un reloj - responde- . Veinticuatro horas. Hoy jugamos todos a que eres una esposa llevada al especialista. Mañana, si no hemos vuelto, entra el plan B de ellos.

- ¿Plan B? - repito.

- Llamar a alguien menos… contenido que Tom - dice- . Y mirar la curva desde el valle, no desde arriba.

Trago saliva. El corazón me golpea en la garganta.

- ¿Y qué vamos a hacer con esas veinticuatro horas? - pregunto.

Arranca. Mete primera. El coche se incorpora de nuevo a la carretera.

En el espejo, Tom hace lo mismo. Nos sigue. No demasiado cerca ni demasiado lejos.

- Vamos a llegar a la ciudad - dice Daniel- . A Los Raíles. Marta nos espera allí. Y gente que, con suerte, tiene más poder que Elías y sus locuras de pueblo.

- ¿Marta?

- Sí, vi las llamadas, tu libreta. Entendí que era de confianza y la que lo está moviendo todo desde fuera.

Por un segundo me quedo sin palabras. Por fin podré encontrarme con Marta. Pero, ¿Y la gente poderosa? ¿Quiénes serán?

- ¿Te fías de ellos? - pregunto.

- No del todo - responde- . Pero los necesito. Y tú también. Con Tom detrás y Elías en la sacristía, solos no llegamos muy lejos.

La carretera empieza a bajar.

Las curvas se abren.

Más adelante, se une de nuevo a la vía principal hacia la ciudad.

En el punto de unión, Daniel pisa el acelerador un poco más.

- No mires atrás - dice.

Obedezco.

Miro al frente.

Cartel azul:

CIUDAD – 40 km
CENTRO COMERCIAL LOS RAÍLES – Próxima salida

Aprieto los dientes. No conozco el lugar.

Mando un mensaje rápido a Marta, con las manos temblando:

> *"¡No me habías dicho nada de este plan! Vamos hacia Los Raíles. Nos sigue coche de Tom. Tenemos reloj de 24 h. Dice Daniel que necesitamos que lo que tengas preparado sea YA."*

No sé si nos dará tiempo a todo.

No sé quién nos espera realmente al otro lado.

Solo sé que, por primera vez, no estoy caminando hacia la tumba que otros cavaron.

Estoy corriendo, con el miedo pegado a la espalda, hacia cualquier cosa que no sea barro y lápidas con mi nombre.

CAPÍTULO 23

Los Raíles

La ciudad no nos recibe. Nos traga.

Pasamos de la montaña silenciosa a un carrusel de coches, semáforos, pasos de peatones y carteles luminosos. Todo es demasiado rápido y, a la vez, demasiado normal. Como si nadie se jugara la vida hoy excepto nosotros.

Llevo todo el rato la sensación del reloj de Tom en la nuca:

Veinticuatro horas.
Hoy la llevas. Hoy vuelves.
Si mañana a esta hora no ha cruzado la entrada del pueblo…

No hace falta terminar la frase.

Daniel conduce concentrado, los dedos tensos sobre el volante.

- ¿Sigue detrás? - susurro.

Mira el retrovisor.

- No lo veo - dice- . Habrá parado en las afueras. No puede seguirnos hasta el salón del centro comercial sin llamar demasiado la atención.

No sé si eso me tranquiliza o me asusta más.

- Pero sabe dónde estamos - añado.

- Sabe que hemos venido "a la ciudad" - responde- . Y que, si no volvemos, alguien llamará. Por eso tenemos que salir de aquí con algo más que buenas intenciones.

◆ ◆ ◆

La señal de **Los Raíles** aparece en un panel azul.

Salimos de la autovía.

En otro tiempo, parece que aquello fue una estación importante. Ahora es un centro comercial enorme construido encima de las vías, como si hubieran tapado la salida al mundo con tiendas y música alta.

Entramos en el parking subterráneo.

Luces frías, columnas numeradas, pitidos de coches al maniobrar, olor a cemento húmedo y gasolina. Me agarra un déjà vu extraño: nunca he estado aquí, pero siento que ya lo conozco.

Daniel aparca en una plaza cualquiera, lejos de la entrada directa, casi al fondo.

Apaga el motor.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

- ¿Crees que Tom ha entrado? - pregunto.

- Tom es obediente, no idiota - responde- . Se quedará arriba, fuera, o en alguna esquina donde pueda ver matrículas y entradas. Podría estar ahora mismo apuntando el número de plaza. Pero aquí abajo, con cámaras y familias, no va a hacer nada. Su trabajo es vigilar, no montar escenas.

Eso no mejora demasiado la sensación.

Subimos por la escalera.

El ruido nos golpea en cuanto salimos al interior del centro: música de tiendas, niños corriendo, anuncios por megafonía, olor a comida

rápida y café.

Por un segundo, me dan ganas de gritar:

> "¡Eh, aquí, alguien está intentando matarme, por si os interesa!"

Pero la gente sigue con sus bolsas, sus móviles, sus discusiones. Somos invisibles y eso, hoy, nos conviene.

- Cafetería del fondo, junto a la cristalera - dice Daniel- . Marta dijo que estaría ahí.

La veo antes de que él termine la frase.

Está sentada en una mesa pegada al cristal, taza en la mano, la mochila en el suelo. Mira hacia la entrada cada pocos segundos, como alguien que lleva demasiado rato esperando malas noticias.

Cuando me ve, se levanta tan de golpe que casi tira la silla.

- Joder - dice- . Pensaba que no llegabais.

Nos abrazamos con una fuerza que casi me rompe las costillas. Recuerdo ese abrazo. La recuerdo a toda ella.

Huele a tabaco, a café y a lluvia vieja.

- Tenemos reloj - le digo al oído- . Veinticuatro horas. Tom lo ha dejado muy claro.

Se separa un poco.

- Pues habrá que hacer encajar muchas cosas en veinticuatro horas - responde- . Y empezar por esto.

Mira por encima de mi hombro.

Dos personas se levantan de una mesa cercana y se acercan a nosotros.

Un hombre de traje gris, gafas, aspecto de directivo que duerme poco.

Una mujer de unos cuarenta, americana oscura, tablet en la mano, mirada clínica.

- Sara - dice Marta- , ellos son Javier y Clara, de la fundación Saint Lucius. Dirección y supervisión de programas. Los que, en teoría, tendrían que haber sabido que existía un sitio como Saint Mary's.

Javier me tiende la mano.

- Encantado, Sara - dice- . Gracias por venir.

No me gusta que agradezca algo que no es una invitación, sino una huida.

Clara asiente, más fría.

- Queremos escucharte - dice- . Lo que ha llegado hasta nosotros es muy grave. Pero necesitamos entenderlo bien antes de mover ficha.

Nos sentamos.

Javier y Clara de un lado de la mesa.

Marta y yo del otro.

Daniel, ligeramente ladeado, en una silla que parece no pertenecer a ninguno de los bandos.

◆ ◆ ◆

Empiezo desde donde puedo.

No desde el principio de mi vida, sino desde el principio de la trampa.

- Fui a pedir ayuda - digo- . Al lugar equivocado, parece. Me entrevistaron con su logo, con sus folletos, con sus preguntas de manual. Me dijeron que encajaba en un programa intensivo. Luego… alguien desvió mi camino.

Hablo de la llamada de Daniel, del pueblo, de Elías, del nuevo nombre: Margaret.

Del “personaje” que me dieron.

De la sensación de que mi vida de antes estaba prohibida.

- Usaban su nombre - continúo- . El de la fundación. Sus conceptos. “Programa”, “proceso”, “fases”. Pero nada de aquello parecía tener supervisión real. Era… un teatro cerrado. Un pueblo entero dedicado a que yo fuera Margaret.

Clara toma notas sin dejar de mirarme.

Javier escucha con la barbilla apoyada en los dedos.

Les cuento del cementerio, de las lápidas repetidas con “siempre nuestra Margaret”, de la fosa con la M y mi fecha incompleta. De las cartas de Harrow en la sacristía, del lenguaje de “ir más profundo” que no parece muy oficial.

Mientras hablo, siento que vuelvo al barro, pero también que, por primera vez, alguien de fuera lo está pisando conmigo.

Javier exhala despacio cuando menciono la fosa.

- Eso no está en ningún protocolo - dice- . Desde luego, no en los nuestros.

- Ni en la Biblia - añade Marta.

Clara pasa unas páginas en su tablet.

- En tu expediente - dice- , constas como “no ingresada”. Marca “cancelado por paciente”. A partir de ahí, desapareces del mapa. No hay registro de que te deriváramos a ningún programa. Oficialmente, nunca has estado en nuestras instalaciones.

- Claro - respondo- . Porque no me llevaron a sus instalaciones. Me llevaron a su patio trasero.

Se miran entre ellos.

Entiendo que esto, para ellos, no es solo mi historia: es un agujero enorme en su estructura.

- Lo que describes - dice Javier- , es el uso de nuestra marca y nuestro lenguaje para algo que se ha salido completamente de lo que hacemos. Si el señor Harrow ha apoyado proyectos paralelos sin supervisión, es una bomba.

- No "si" - salta Marta- . Lo ha hecho. He visto las cartas. Lleva años jugando a pequeño Dios en ese pueblo.

Clara levanta la mano, intentando mantener el control.

- Nuestra prioridad ahora es doble - dice- : protegerte a ti y limitar el daño. Si esto sale a la prensa a lo loco, es posible que nadie te crea. Harrow tiene abogados. Usted tiene… - me mira- , recuerdos y un cementerio que, de momento, solo has visto tú.

- Y Tom - añado- . Y Daniel. Y el padre Elías. Y todo un pueblo que ha decidido no mirar demasiado.

Daniel se remueve en la silla.

Javier se inclina hacia delante.

- Lo que vamos a proponerte no te va a gustar de primeras - dice- . Pero es la única forma que vemos de que sigas viva mientras esto se resuelve.

La palabra *viva* me atrapa.

- No quiero otro programa - digo- . No quiero otro "retiro", otro "espacio seguro", otra jaula con vistas al campo.

- No te estamos hablando de un programa - responde Clara- . Hablamos de ponerte a salvo fuera del alcance inmediato de esa gente. Eso significa, probablemente, sacarte del país durante un tiempo. Un lugar discreto, sin carteles, sin logos. Con apoyo psicológico, sí, pero no bajo nuestra marca directa, para que nadie pueda rastrear el movimiento.

- Que desaparezca - traduce Marta- . Otra vez.

- Que desaparezca de su radar - corrige Javier- . No del mundo.

Me echo hacia atrás en la silla.

- ¿Y justicia? - pregunto- . ¿Y denuncias? ¿Y que alguien responda por todas las Margarets enterradas?

- Nada de eso es posible si te matan antes - dice Javier, sin adornos- . El señor Harrow tiene muchos recursos. El padre Elías tiene un pueblo entero convencido de que lo que hace es por el bien de todos. Tú tienes un cuerpo al que han estado moldeando años. Si te exponemos ahora, sola, te van a destrozar.

La sinceridad cruda duele más que cualquier discurso bonito.

- ¿Esto se les ha ocurrido a ustedes o se lo ha susurrado Harrow al oído? - pregunta Marta.

Javier duda un segundo.

- Digamos que es una propuesta pragmática - responde- . Él quiere que esto no explote en la prensa. Nosotros queremos que nadie más acabe en una fosa. Tú quieres seguir viva. No es un escenario ideal, pero es uno en el que, de momento, no hay otra tumba con tu nombre.

La fosa con la M aparece en mi cabeza con una claridad que me corta la respiración.

- Necesito un minuto - dice Daniel, de repente.

Se levanta.

- Con ellos - añade, mirando a Javier y Clara.

Se apartan unos metros, lo justo para que no podamos oír, pero no tanto como para desaparecer de nuestra vista.

Marta los sigue con la mirada.

- No me fío - murmura- . Tienen cara de "somos serios y solventes", pero huelen a despacho de Harrow.

- Yo tampoco - respondo- . Pero Tom está en el parking esperando su llamada, y Elías en la parroquia, y Harris - corrijo- Harrow en su torre. Hoy no tenemos un ejército. Tenemos a Daniel y a ti. Y a dos

personas que, por lo menos, se asustan cuando oyen la palabra "denuncia".

Daniel vuelve a sentarse.

Tiene la expresión de alguien que acaba de tragarse algo que no le gustaba, pero necesitaba.

- Bien - dice- . Ellos pueden sacarte del mapa de Harrow. Y Harrow cree que te está sacando del tablero de riesgo. Vamos a aprovechar eso. Pero hay una condición.

- ¿Cuál? - pregunto.

- Yo me quedo - responde.

El suelo desaparece un segundo.

- No - digo- . Ese no era el trato. El plan era que saliéramos juntos. Que tú fueras el que me sacara de allí.

- El plan era que no nos siguiera nadie - responde, con una media sonrisa amarga- . Ese plan se rompió en la curva. Ahora estamos en otro: tú desapareces viva. Yo me quedo pegado al monstruo.

Marta frunce el ceño.

- ¿Y qué ganas quedándote? - pregunta.

- Ser el blanco visible - dice Daniel- . Que cuando preguntan "quién sabía de este programa raro", digan mi nombre. Que se concentren en mí. Que crean que tú ya no tienes voz. Si desaparecemos los dos, van a buscarte hasta debajo de las piedras. Si desapareces tú sola y yo sigo aquí, hablarán conmigo antes. Y me usarán para contar su versión.

- ¿Y cuál vas a contar tú? - pregunto, con un hilo de voz.

Me mira.

Hay muchas cosas en esa mirada: culpa, miedo, algo que parece amor pero está tan contaminado que no sé si aceptarlo.

- La justa para que no te busquen - dice- . No voy a taparlo todo, pero tampoco voy a poner tu nombre en la diana. Haré el trabajo sucio que debí negarme a hacer hace años. Me toca ahora.

La frase cae pesada entre nosotros.

- No tienes por qué aceptar - añade- . Puedes decir que no, que prefieres quedarte, denunciar, ir a la policía local, plantarte en la puerta de la parroquia y gritar. Es tu derecho. Pero si lo haces… vas a tener a Tom, a Elías y a los abogados de Harrow soplándote en la nuca antes de que acabe el día.

Vuelvo a sentir el aire denso de la carretera secundaria.

El "veinticuatro horas" de Tom.

Las tumbas.

La fosa.

- Marta - susurro- . ¿Tú qué harías?

Ella se pasa la mano por la cara.

- Yo tengo un piso alquilado, un jefe cabrón y muchas menos cosas que perder - dice- . No soy parámetro. Pero si fuera tú… si supiera que ahí fuera hay un cura dispuesto a enterrarme en nombre del amor y un millonario que cree que soy un experimento, elegiría estar viva y furiosa antes que muerta con razón.

Me sale una carcajada rota.

Tenso y triste.

- Viva y furiosa - repito.

Miro a Javier y a Clara.

Miro a Daniel.

Miro a Marta, que tiene los ojos brillantes y los puños cerrados.

Siento dentro de mí una mezcla rara de terror y decisión.

- Vale - digo- . Me voy.

Las palabras me saben a tierra seca y a aire nuevo a la vez.

- Pero que quede claro una cosa - añado, mirando a los tres- : si todo esto es otra mentira, si esta "casa tranquila" es otro Saint Mary's con otro nombre, si descubro que solo queríais silenciarme… lo contaré igual. Como pueda. A quien sea. Aunque sea a las paredes.

Javier asiente, serio.

- Es lo mínimo que mereces - dice.

Clara recoge sus cosas.

- Nos moveremos rápido - añade- . Un vehículo, sin logos. Nada de ambulancias. Cuanto menos ruido, mejor.

Daniel baja la mirada.

Yo siento algo romperse por dentro.

Marta me aprieta la pierna debajo de la mesa.

- Vámonos antes de que Tom se aburra ahí abajo - murmura- . El tiempo, querida, no está de nuestra parte.

Y pienso que nadie que no haya tenido una fosa con su inicial puede entender tan bien lo que significa esa frase.

CAPÍTULO 24 - SACRIFICIO

(Epílogo de la Trilogía El pueblo invisible · I)

Bajamos otra vez al parking de **Los Raíles** como si fuéramos a hacer unas compras más.

Marta va delante, apretando la correa de la mochila. Daniel y yo detrás, más despacio. Cada paso suena demasiado alto en el hormigón.

Pienso en la frase de Tom:

> "Hoy la lleva. Hoy vuelve.
> Si mañana a esta hora no ha cruzado la entrada del pueblo…"

No vamos a cruzar ninguna entrada del pueblo.

Vamos a desaparecer.

La pregunta es quién se queda en el tablero cuando yo no esté.

◆ ◆ ◆

El monovolumen oscuro nos espera en una plaza apartada.

No tiene logos, ni luces especiales. Solo un coche más en un parking lleno de coches más.

Junto a la puerta del conductor, un hombre corpulento, chaleco con bolsillos, cara de pocas palabras.

- Sara - dice Javier, señalándolo- , él es Luis. Se encargará del traslado inicial.

Luis asiente.

- Encantado - dice, como si estuviera hablando del tiempo.

No sonríe.

Marta y yo nos miramos.

La puerta lateral se abre con un clic sordo.

Dentro hay dos filas de asientos, cinturones, nada extraño. Precisamente esa normalidad da miedo.

- Nosotras detrás - dice Marta- . A la vista.

Se sube la primera. Yo la sigo.

El asiento está frío. Luis cierra la puerta desde fuera.

El golpe resuena como un punto final. Aún no arranca.

Javier y Clara se quedan unos pasos más atrás, junto a Daniel. Hablan en voz baja. Mucho gesto contenido, poca emoción.

Luis baja la ventanilla del conductor unos centímetros.

Daniel se acerca a ese hueco.

Se agacha para verme.

Sus ojos parecen dos pozos mal dormidos.

- Voy a decirte algo - dice- , y necesito que me escuches de verdad. No como “caso”. Como tú.

Trago saliva y asiento.

Marta se queda muy quieta a mi lado.

- Ellos - dice, señalando con la barbilla a Javier y Clara- creen que te están sacando del tablero. Que te llevan lejos para neutralizar el riesgo. Que, en una casa tranquila en otro país, vas a dejar de ser un problema. Eso es lo que les he dejado creer.

- ¿Y qué es lo que quieres tú? - pregunto.

- Que sigas viva - responde- . Y que, por primera vez desde hace años, nadie sepa exactamente en qué punto del mapa estás. Ni Elías. Ni Harrow. Ni yo.

Me cuesta tragar.

- ¿Ni tú? - susurro.

- Cuanto menos sepa, menos podré traicionarte - dice, sin rodeos- . Luis conduce este tramo. Otro conductor hará el siguiente. Otro el siguiente. Ninguno ve el mapa entero. Yo tampoco. Es la única forma de que, cuando vengan a apretarme, pueda decir "no sé dónde está" sin mentir del todo.

Luis mira al frente, como si no fuera con él, pero no protesta.

- ¿Y qué ganas quedándote? - pregunto- . Además de un bonito traje de culpable.

Sonríe sin humor.

- Les doy un muñeco al que pegar - dice- . Harrow necesita a alguien a quien colgarle el marrón del "programa desviado". Elías necesita un Judas interno. La fundación necesita demostrar que "no tolera irregularidades" y señalar a un coordinador concreto. Si tú desapareces y yo sigo aquí, tienen a quién señalar.

- Podrían señalaros a todos igual - respondo- . A Harrow, a Elías…

- Lo harán, quizá. Pero antes me apretarán a mí - dice- . Preguntarán qué sabía, desde cuándo, cuántas veces llevé el coche por la curva. Y ahí… - hace una pausa- , es donde tengo que hacer algo que nunca he hecho bien: decir la verdad.

Algo en su tono cambia.

Un peso distinto.

- Cuando hablas de "llevar el coche por la curva" - susurro- , no hablas solo de hoy.

Silencio.

Marta nos mira como si estuviera viendo cómo se abre una trampilla.

Daniel baja la voz.

- Te debía esto desde el principio - dice- . Antes de que subas a ese coche. Antes de que te vayas a cualquier parte.

Se apoya un segundo en el marco de la ventana, como si necesitara sujetarse a algo.

- El día que murió tu hermana - continúa- , no fue "un coche cualquiera". No fue "un conductor distraído". Fue un trabajo. Un encargo. Alguien decidió que eras una candidata perfecta para el programa, pero necesitaba un trauma último para que no te resistieras. Llamaron a coordinación. Coordinación me llamó a mí. Y yo dije que sí.

No hay metáforas ahí.

Solo cuchillos.

El parking desaparece un momento.

Vuelvo a la calle mojada, las luces del coche, la mano de mi hermana soltándose.

- No - susurro- . Era Tom. Yo… yo le vi.

- Viste un todoterreno oscuro, unos faros, unos ojos detrás del cristal - responde, suave- . No viste mi nombre en el volante. Tom entró después a esta fase. Yo fui antes. Fui el que hizo lo que ahora él hace. Y luego me premiaron con un papel nuevo: el marido que te lleva al pueblo para "curarte" del trauma que yo mismo provoqué.

La náusea me sube hasta la boca.

- Yo la maté - dice- . Por obedecer. Por creerme el cuento del bien superior. Por cobardía. Por no decir "no". El motivo que quieras. Pónselo tú. Pero el que iba al volante era yo.

Me tiembla todo el cuerpo.

- Nunca me vas a querer si sabes esto - añade- . Lo sé. Pero prefiero que me odies con toda la información que seguir escondido detrás de un Tom comodísimo.

Marta se pasa la mano por la cara.

- Joder, Daniel - murmura- . Te has lucido.

No puedo hablar.

No puedo respirar.

Pero hay algo, muy al fondo, que agradece que las piezas encajen por fin. Por horribles que sean.

- ¿Y crees que quedándote aquí lo arreglas? - pregunto, al fin- . ¿Que porque ahora te sacrificas… se borra todo?

- No se borra nada - responde- . No hay compensación posible. No quiero redención. No la merezco. Lo único que puedo hacer, lo único que está en mi mano, es dejar de obedecer justo en el punto en el que llevaba toda la vida obedeciendo. Frenar. Poner el cuerpo entre tú y ellos. Contar lo que sé. Y dejar que tú vivas lo suficiente como para contar lo que quieres.

Las lágrimas me caen sin permiso.

- Ven conmigo - le suplico- . Aunque te odie, ven. Ya veremos qué hacemos luego con eso, pero ven.

Niega despacio.

- Si subo a ese coche, te convierto en cómplice - dice- . Seremos dos fugitivos. Serás "la paciente que se ha ido con el coordinador desviado". Te perseguirán hasta el fin del mundo. Si me quedo, al menos hay una narrativa posible en la que tú eres "derivada a un

retiro", tranquila, neutralizada. Y yo, el que la lió. Es una mierda, pero es la mejor mierda disponible.

Miro a Luis.

- ¿De verdad vas a llevarnos a un sitio donde no nos maten? - pregunto.

Él me sostiene la mirada un segundo.

No tiene ojos de santo. Tampoco de asesino. Tiene ojos de alguien que ha visto demasiadas cosas y cobra por no preguntarlas.

- Voy a llevarte lejos de Saint Mary's - dice- . Más allá de donde llega el coche de Tom. Más allá de donde llega el señor del pueblo y sus rezos. Más allá de donde llega el logo de la fundación. Lo demás… no es asunto mío.

En su forma torcida, es lo más parecido a una promesa que voy a obtener hoy.

Daniel se endereza.

Apoya la mano abierta sobre el cristal, a la altura de mi cara.

Yo levanto la mía desde dentro.

Nuestras palmas se alinean, separadas por unos milímetros de vidrio.

- Te he querido de la peor manera posible - dice- . Mezclado con culpa, con cobardías, con mentiras. Eso no lo hace más bonito. Pero es verdad. Y si algún día escribes esto, ponme donde corresponda: con los que te destrozaron. Y con los que, al final, decidieron dejar de empujar.

- ¿Y si algún día salgo en tus informes? - pregunto.

Sonríe, triste.

- Te prometo que no habrá más informes sobre ti - responde- . Solo palabras tuyas.

Se aparta. Da dos golpecitos suaves en el techo del monovolumen. Es la señal.

Luis sube del todo la ventanilla. Arranca. El coche se pone en marcha.

Marta me agarra la mano. Yo miro por la ventana.

Veo a Daniel hacerse más pequeño.

Javier y Clara se quedan junto a él, como dos perros de caza que por fin han encontrado un hueso al que hincar el diente.

Camino de la rampa, en una de las columnas, creo distinguir una figura con chaqueta oscura, manos en los bolsillos, cuerpo de piedra.

Tom. No se acerca.

No hace ningún gesto.

Solo mira pasar el coche.

Frío.

Calculando.

Le da igual quién conduce.

Lo único que le importa es que el coche vaya por donde le han dicho.

◆ ◆ ◆

Salimos del parking.

La ciudad nos envuelve otra vez. Durante un rato, Marta y yo no hablamos.

Luis conduce con la radio apagada, los ojos en la carretera.

Cambio de autovía, cambio de salida, túneles, puentes. Dejamos atrás carteles que conozco y nombres que no he visto nunca.

En una gasolinera, cambiamos de coche. Luego en otra. Otro conductor. Otro tramo.

En algún momento, uno de ellos pide nuestros teléfonos.

- A partir de aquí no os sirven de nada - dice- . Y a nosotras tampoco.

Los mete en una bolsa. Los deja atrás. Pienso en mi madre, en el pueblo, en Daniel.

En Tom. En la fosa.

En el reloj de veinticuatro horas que se deshace sin que nadie en Saint Mary's sepa exactamente cuándo.

◆ ◆ ◆

No sé cuántas horas pasamos en la carretera.

Cuando por fin llegamos, es de noche.

La casa es blanca, de dos plantas, rodeada de árboles y silencio. Podría estar en cualquier país. Podría ser una casa de campo normal. Solo que no lo es.

Nos recibe una mujer de unos cincuenta, ropa cómoda, zapatillas, sonrisa profesional.

- Bienvenidas - dice- . Podéis llamarme Ana. Aquí vais a estar tranquilas. Habitaciones arriba, cocina, salón, un pequeño jardín detrás. No hay prensa, no hay visitas no autorizadas. Solo nosotras.

- ¿Quién sabe que estamos aquí? - pregunto.

Ana se encoge de hombros.

- La gente adecuada - responde- . Nadie más.

◆ ◆ ◆

La habitación que me asignan tiene dos camas simples, una ventana, un armario y un escritorio pequeño.

Marta deja su mochila en la otra cama.

- No es el Ritz - dice- , pero al menos no huele a incienso.

Yo me siento en el borde de la mía.

De repente, el cuerpo me pesa como si hubiera envejecido veinte años en un día.

- ¿Te arrepientes? - pregunta.

La miro.

- Me arrepiento de cosas mucho más viejas - respondo- . Esto… ya lo veremos.

Marta suspira.

- Te han robado media vida - dice- . Pero la otra media, aunque esté rota, sigue siendo tuya. Aprovéchala.

Apaga la luz.

Se tumba.

Tarda un minuto en quedarse dormida.

Yo no.

Me levanto.

Hay un cuaderno en blanco y un bolígrafo sobre el escritorio, como si esta casa tuviera protocolo para almas en tránsito.

Me siento.

Abro en la primera página.

Escribo:

> *"Me llamo Sara.*
>
> *Durante años me llamaron Margaret.*
>
> *Antes de eso, alguien decidió que yo solo cambiaría si me rompían. Condujo un coche demasiado rápido por una calle mojada. Yo iba con mi hermana. Solo una de las dos cruzó al otro lado.*

Después, me llevaron a un pueblo que no sale en los mapas. Me dieron un papel, un nombre, una historia. Cavaron una fosa con mi inicial. Y me dijeron que eso era curarme.

Este no es un informe clínico.

Es mi declaración de guerra.

Si estás leyendo esto, quizá Saint Mary's ya no exista. O quizá sigue ahí, esperando a la siguiente.

Dijeron que yo sería la última Margaret. No lo seré. Pero seré la primera en contarlo."

La frase final no me convence.

La tacho.

La reescribo.

*"Dijeron que yo era **la última Margaret**.*

Yo digo que me llamo Sara.
Y esta es mi historia."

Cierro el cuaderno.

Lo escondo debajo del colchón.

Apago la luz.

En la oscuridad, veo el pueblo invisible, la parroquia, el cementerio, la fosa con la M, el coche en la curva, los ojos de Daniel, la mirada de Tom, la voz de Elías.

Todos creen que, por fin, he desaparecido del tablero.

No saben que, en alguna parte del mundo, una mujer que ya no se llama Margaret ha empezado a escribir.

AVANCE · DANIEL

El pueblo invisible · II

No le dicen “interrogatorio”. Lo llaman “entrevista de aclaración”.

La sala no es una comisaría, pero podría serlo: mesa metálica, paredes desnudas, una cámara discreta en una esquina, una carpeta gruesa delante de mí.

Ya está, es el fin.

Escribo en mi mente tratando de recordarte para siempre:

Si te hubiera dicho la verdad, habrías querido salvarme.

Y yo necesitaba que me odiaras para que te salvaras tú.

No fui yo quien mató a tu hermana.

Ahora me toca a mí, Sara, mi Margaret. Te quiero.

Hasta siempre.

La luz roja de la cámara parpadea. La grabadora empieza a rodar.

-Bien - dice el padre Elías-. Podemos empezar.